



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

La mujer entre las mujeres: el personaje femenino en los cuentos y relatos de Ana María Navales.

Autor/es

Nerea Jiménez Pérez

Director/es

Antonio Pérez Lasheras

Facultad / Escuela: Facultad de Filosofía y Letras

Año: 2016/2017

RESUMEN

Ana María Navales ha sido una de las autoras aragonesas más importantes del siglo XX y principios del XXI. En este trabajo, veremos cómo trató a las mujeres como personajes en sus cuentos y relatos. De esta forma, tendremos una pequeña idea de su idea sobre la mujer y cómo le influyó enormemente el feminismo de Virginia Woolf en sus escritos. Aunque, no cabe duda alguna de que era, sobre todo, creadora de historias.

PALABRAS CLAVE: Ana María Navales, Aragón, cuento, literatura, mujeres.

ABSTRACT

Ana María Navales has been one of the most important Aragonese authors of the twentieth and early twenty-first centuries. In this work, we will see how she treated women as characters in her stories. In this way, we will have a small idea of her concept of women and how Virginia Woolf's feminism influenced her enormously in her writings. But there is no doubt that she was, above all, a creator of stories.

KEY WORDS: Ana María Navales, Aragón, tale, literature, women.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN DEL TRABAJO FIN DE GRADO	3
1. INTRODUCCIÓN	5
1.1. BIOGRAFÍA DE ANA MARÍA NAVALES	5
1.2. SU TRAYECTORIA LITERARIA	5
2. CUENTOS Y RELATOS DE ANA MARÍA NAVALES	8
2.1. DEFINICIÓN DE SUS CUENTOS Y RELATOS DENTRO DE LOS ESCRITOS DE ANA MARÍA NAVALES	9
2.2. SUS CUENTOS Y RELATOS MÁS CARACTERÍSTICOS	10
2.3. LA MUJER EN LOS CUENTOS Y RELATOS DE ANA MARÍA NAVALES	14
3. ELECCIÓN DE VARIOS RELATOS Y CUENTOS	19
3.1. LAS HISTORIAS: DIFERENCIAS Y SIMILITUDES	20
3.2. ANÁLISIS DE LOS PERSONAJES FEMENINOS	25
3.3. CONCLUSIONES DEL ANÁLISIS	37
4. CONCLUSIÓN Y REFLEXIÓN PERSONAL	38
5. BIBLIOGRAFÍA	39
ANEXO I: CUENTOS Y RELATOS ANALIZADOS	40

PRESENTACIÓN DEL TRABAJO FIN DE GRADO

En las siguientes páginas, trataré sobre un tema que creo que no tiene el estudio necesario y que debe tenerse en cuenta: cómo una autora es capaz de plasmar sobre sus personajes lo que ella piensa y siente; cómo una autora aragonesa se convierte en un símbolo del feminismo, ese feminismo que vio reflejado en Virginia Woolf; y cómo consigue transformar el mundo literario no solo con sus escritos, sino con sus palabras.

Intentaré rendir un pequeño homenaje a Ana María Navales con este trabajo, tratando un tema que, a lo mejor, ella misma habría hecho: la mujer como personaje principal de sus cuentos y relatos. ¿Es un personaje principal femenino diferente a un personaje principal masculino? ¿Cómo se comporta un personaje femenino? Contestaremos a estas preguntas a lo largo del trabajo en diferentes apartados.

La metodología que se ha llevado a cabo es la de un análisis intratextual y la exhaustiva investigación, buscando libros y artículos que hablarán sobre el tema tratado, alternando entre la búsqueda en internet como en la biblioteca. Los objetivos de este Trabajo Fin de Grado serán el conocer de manera más exhaustiva la vida y obra de Ana María Navales. Además, veremos cómo concebía ella la literatura y la propia escritura, centrándonos en un aspecto de su obra: la mujer en el cuento y en el relato. Con ello, intentaremos conocer cómo es el personaje femenino que Ana María Navales concibió para sus cuentos y relatos. Otro objetivo es el de mejorar la capacidad crítica a la hora de analizar un cuento o relato, así como conocer en profundidad los personajes femeninos.

El Trabajo Fin de Grado comenzará con una introducción, en la que hablaré sobre la vida y trayectoria de la autora; el segundo apartado tratará sobre el cuento y el relato de Ana María Navales, y cómo lo enfoca ella, además de tratar mínimamente el tema de la mujer en sus cuentos; después, analizaré las historias y los personajes femeninos en una selección de nueve cuentos y relatos, y procederé a una conclusión de este análisis; tras esto, redactaré una conclusión final y una reflexión personal acerca del tema. Finalmente, aparecerá el apartado bibliográfico y un anexo con los cuentos y relatos analizados.

No cabe duda de que Ana María Navales ha sido una de las autoras aragonesas más importantes del pasado siglo. Por ello, estudiosas como Isabel Carabantes y Marta Agudo, entre otros, han ido aportando diferentes estudios sobre la autora aragonesa,

para acercarnos más al mundo que quería crear Ana María Navales. Hablan sobre su papel de autora y escritora, de sus escritos más importantes y del propio estudio que realizó Ana María Navales sobre Virginia Woolf. Porque Virginia Woolf forma parte del mundo de Ana María Navales, y le proporciona gran parte de la concepción que tenía de la mujer y del mundo. Por tanto, la mujer está muy presente dentro de los escritos de Ana María Navales, porque quiere darles el espacio importante que se merece.

Por último, las principales conclusiones de este Trabajo Fin de Grado es el gran esfuerzo que puso Ana María Navales en la concepción de sus personajes femeninos, otorgándoles un carácter más independiente y fuerte. Estos personajes femeninos siempre se ven privados de un desarrollo pleno a causa de diferentes personajes de su entorno, pero también consiguen aquello que se proponen con esfuerzo. Y su gran admiración y estudio por la escritora Virginia Woolf se refleja también en sus cuentos. Luchó por hacerse oír en el mundo literario y lo consiguió con creces.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. BIOGRAFÍA DE ANA MARÍA NAVALES

La autora aragonesa de la que vamos a tratar en este Trabajo Fin de Grado es Ana María Navales, que nació en Zaragoza en marzo de 1939, estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza, doctorándose en la misma con una tesis sobre la novela epistolar medieval, y que se convirtió años después en profesora de esta institución, en concreto impartiendo las clases de Literatura Hispanoamericana.

No hay muchos datos sobre su biografía, dado que era muy reacia a proporcionarlos. Conocemos que fue criada solamente por su madre, Laura Viruete, a causa de que su padre estaba ausente y, además, perdió a su hermano en la Guerra Civil. Fue su madre la que se encargó fervientemente en su educación y en recoger todo lo que su hija escribía.

Entre los pocos datos que conocemos está su matrimonio con el periodista cultural Juan Domínguez Lasierra, que ha dirigido durante muchos años el suplemento *Artes y Letras* del periódico *Heraldo de Aragón*.

Dedicó su vida a la literatura y a las letras, convirtiéndose en un referente en la literatura aragonesa y española, que se le vio recompensado con un premio, el Premio de las Letras Aragonesas, en el año 2001. Ana María Navales murió el 11 de marzo de 2009 en Borja (Zaragoza), dejando tras de sí una estela, una luz en la literatura.

1.2. SU TRAYECTORIA LITERARIA

Si analizamos toda su trayectoria literaria, podemos comprobar que es incansable. En setenta años (casi cuarenta desde su primera publicación), publicó once novelas, siete libros de cuentos, ciento cincuenta y cuatro relatos, poemas, ensayos, artículos de opinión... y así podríamos seguir hasta el final del trabajo. Vemos cómo su vida fue pura dedicación a la transformación del mundo con su pasión por las letras, por las palabras. Como bien dice Isabel Carabantes en el prólogo de *Cuentos y relatos*:

Su trayectoria refleja un recorrido ecuánime y pragmático. Coherente con su forma de entender la vida como una proyección literaria, como un avance en la búsqueda de ese entusiasmo que realimenta a partes iguales vida y trabajo, porque en este caso ambos van de la mano. Navales siempre escribió, en algunos momentos por una necesidad económica, en la mayoría por una

necesidad vital, pero es a través de sus escritos, de sus millones de palabras, de sus números plenos, de lo que ella contó, la mejor manera de recorrer su vida.¹

Por tanto, es imposible hablar de la vida de Ana María Navales si no hacemos una referencia constante a sus textos, a sus palabras. Esto es muy cierto, porque escribió y publicó tanto que no hay muchos datos sobre su vida privada, que todo lo que conocemos sobre ella era lo que publicaba, aunque también era muy reacia a dar datos sobre su vida. Vivía exclusivamente para la escritura, algo que ella misma afirmaba. Si por algo se caracteriza Ana María Navales es por su versatilidad en el mundo de las letras. Por ello, a continuación, diferenciaremos su trayectoria literaria por géneros.

Comienza a publicar en el año 1970, con su primer libro de poesía, titulado *En las palabras*.² Siguiendo con la poesía, publicó en 1975 *Restos de lacre y restos de vigiliás*, y en 1977 fundó la revista *Albaida*, junto al poeta y profesor Rosendo Tello, que dedica sus páginas a la poesía, pero solo se editará hasta el año 1979. Con su obra poética *Del fuego secreto* (1978) consigue el Premio San Jorge, y con *Mester de amor*, publicado en 1979, le lleva a conseguir el Accésit del Premio Adonis. Entre 1981 y 1989, publica *Los espías de Sísifo; Nueva, vieja estancia*, con el que consigue el Premio José Luis Hidalgo; y, por último, *Los labios de la luna*. Finalmente, en 1991, publica su primera antología poética, que se titula *Los espejos de la palabra. Antología personal*, aunque después seguirá publicando poesía: *Hallarás otro mar* (1993), *Escrito en el silencio* (1999), *Lo que la vida oculta* (2004) y *Travesía del viento (Poesía 1978-2005)* (2006).

Continuando por lo más amplio de su trayectoria literaria, la narrativa, donde se hará una pequeña selección de lo más característico. Con su narrativa, tanto breve como extensa, consigue trasportarnos a un mundo nuevo, un mundo de letras y personajes del día a día, pero que son, a su vez, maravillosos y capaces de enseñarnos lecciones que no creíamos posibles. Encontramos novelas, colección de cuentos y relatos publicados en revistas y periódicos.

Las novelas más destacadas son: *El regreso de Julieta Always* (1981), *La tarde de las gaviotas* (1981), *El laberinto del quetzal* (1985)³ y *La amante del mandarín* (2002). Cabe destacar que, a la hora de recontar sus novelas, se publicó de manera póstuma *El final de una pasión* (2012), cerrando sus escritos de manera repentina por su

¹ Isabel Carabantes, en Ana María Navales, *Cuentos y relatos*, Zaragoza, Larumbe. Textos aragoneses, 2014, pp. IX-X.

² En el año 1973, con la segunda edición, la autora cambia el título y se pasa a titular *Junto a la última piel*.

³ Consiguió con esta novela el Premio Antonio Camuñas 1984.

fallecimiento. Como dice Marta Agudo en el prólogo, cierra así su curiosidad, su pasión por todo el mundo de Bloomsbury, sobre todo su interés por Virginia Woolf.⁴

Para hablar de su narrativa breve, debemos tener en cuenta que la gran mayoría de sus relatos y cuentos fueron publicados en revistas y periódicos. Aunque, también publicó varias colecciones de cuentos, como las siguientes: *Dos muchachos metidos en un sobre azul* (1976), *Paseo por la íntima ciudad y otros encuentros* (1987), *Cuentos de Bloomsbury* (1991),⁵ *Zacarías, rey* (1992), *Tres mujeres* (1995) y *Cuentos de las dos orillas* (2001).

No solo publicó poesía y narrativa, sino que se coronó como una de las mayores estudiosas de la literatura femenina, en especial sobre Virginia Woolf, y realizó algún que otro ensayo sobre ella. Además, adquirió algunas de sus ideas, dotando a la mujer de un lugar privilegiado, el que realmente se merece. También plasmó sus opiniones en artículos de distintos periódicos, como el *Heraldo de Aragón* o el *Periódico de Aragón*, fue la codirectora de la revista *Turia* (junto a Raúl-Carlos Maicas), dirigió la Sección de Creación Literaria del Instituto de Estudios Turolenses (CSIC), y fundó la revista de poesía *Albaida*. Colaboró durante diez años en *Amanecer*, donde tenía una sección dedicada a escribir cuentos, llamada «Chicos y chicas». Además, participó durante años en la organización y el jurado del premio de la Crítica.

Estamos ante una de las mayores autoras aragonesas y españolas del siglo XX y principios del siglo XXI, y su trayectoria ha dejado una huella imborrable en toda una generación, tanto en la crítica como en los lectores. No cabe duda de que Navales ha conseguido que su literatura traspase fronteras, cautivando a todo el que leía sus escritos.

⁴ Marta Agudo, en Ana María Navales, *El final de una pasión*, Madrid, Bartbely, 2012, p. 7.

⁵ Ha sido traducido al inglés, al búlgaro y al francés. Se ha reeditado en dos ocasiones.

2. CUENTOS Y RELATOS DE ANA MARÍA NAVALES

Para comenzar este apartado, haremos una pequeña introducción al género, para luego centrarnos de lleno en la contribución de Ana María Navales al mismo.

Muchos estudiosos han comentado la difícil categorización y la poca valorización del cuento como un género autónomo. Luis Beltrán Almería afirma que hay tres problemas: el problema de la teoría de los géneros literarios, el olvido frecuente del género del cuento y la supremacía de la teoría de la novela sobre el dominio teórico cuentístico.⁶

Además, Ana Luisa Baquero Escudero realiza una buena crítica sobre el género del cuento de la posguerra hasta la actualidad. Afirma que los cuentos se limitaban a publicarse en revistas y periódicos, a veces controlados por los propios editores, que estaban ligados con el régimen. Pero esto no conlleva que el cuento tenga menor calidad que la novela o que otros géneros. No se publicaban apenas libros de cuentos y el cuento estaba presente gracias a los periódicos o revistas, a los concursos y a las antologías. Aun así, parece ser que ya a principios del siglo XX hay un deseo de desvincularse de los modelos novelescos decimonónicos, recurriendo a una fragmentación de la trama.⁷

Podemos vincular estas afirmaciones al caso de Ana María Navales, porque la gran mayoría de sus cuentos y relatos fueron publicados en revistas o periódicos, y contamos con apenas unos pocos libros de cuentos. También vemos cómo la autora es capaz de vincular algunos de sus relatos a sus novelas, como «Julieta de los espíritus», que sería una continuación de *El regreso de Julieta Always*, y cómo es capaz de crear con un relato una novela corta, como es el caso de *Zacarías, rey*.

Por tanto, estamos ante una autora en la que los cuentos y relatos están muy presentes en su vida diaria. Siempre se está actualizando a la hora de escribir y cualquier situación es capaz de convertirla en un cuento maravilloso. En este punto del Trabajo Fin de Grado, veremos los cuentos dentro de la producción literaria de Ana María Navales y lo importante que son a la hora de hacer un estudio sobre ella.

⁶ Luis Beltrán, «El cuento como género literario», en Peter Fröhlicher y Georges Güntert (eds.), *Teoría e interpretación del cuento*, Bern [etc.], Peter Lang S.A., 1995, p. 15.

⁷ Ana Luisa Baquero, *El cuento en la historia literaria: la difícil autonomía de un género*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2011, p. 87.

2.1. DEFINICIÓN DE SUS CUENTOS Y RELATOS DENTRO DE LOS ESCRITOS DE ANA MARÍA NAVALES

Dentro de sus cuentos, Ana María Navales trató temas de todo tipo: biográficos, fantásticos, realistas, etc. En mi opinión, Ana María Navales transmitía con sus cuentos lo que no llegaba a transmitir con sus otros escritos. Además, gran parte de la bibliografía que he encontrado trata sobre sus cuentos y qué lograba transmitir con ellos, usando la magia de las palabras y creando un universo único.

Isabel Carabantes ha sido una gran estudiosa de la obra de Ana María Navales, publicando algún artículo sobre ella. Podemos destacar la siguiente cita:

Algunas veces la lectura completa de todos los relatos de un autor da lugar al hallazgo de repeticiones, restos, descartes. No es el caso de Ana María Navales. Recopilar, desde el primero de ellos, arrumbado en las páginas de un diario, hasta el último, antesala de lo que sería su novela póstuma, convierte al lector en testigo de la evolución completa de una carrera literaria. La fabricación de esa primera forma, el proceso hasta encontrar la palabra exacta, la búsqueda de fuentes, el encuentro de autores y obras que la acompañarían de por vida, la asimilación de vida y literatura es lo que ofrecen la totalidad de sus relatos. [...] Y es como autora de relatos donde podía fundir todas estas necesidades y lograr su mejor medio de expresión.⁸

Por tanto, y como he afirmado anteriormente, Ana María Navales es capaz de transportar a sus lectores de cuentos y relatos a un mundo donde la palabra es mágica, y su mejor modo de expresión. Con sus cuentos y relatos, busca encontrar un cierto equilibrio y un modo de organizar su vida. Son el reflejo de su camino, al mismo tiempo que pueden ayudar a comprender sus poemas o novelas, donde al fin y al cabo son el hilo conductor de su vida, pues reflejan por todo lo que luchó la autora.

Si hay algo que distingue a Ana María Navales de muchos autores es su constante escritura y que no era capaz de vivir sin las letras o la literatura. Era, como se dice en expresión moderna, una letraherida. No encontramos ningún espacio de tiempo en el que la autora no dejara de escribir. Por eso, la mayor parte de sus textos son cuentos, dado que casi siempre aparecía en un periódico o revista un cuento o relato. Sí, tiene poemas, tiene novelas, pero si algo la caracteriza es esa pasión por escribir cuentos, para niños o para adultos, intentando mostrar al público su faceta más sentimental y creativa.

⁸ Isabel Carabantes, «La forja de una escritura rebelde: sus relatos», *Turia*, 108 (2013), p. 161.

2.2. SUS CUENTOS Y RELATOS MÁS CARACTERÍSTICOS

Al haber un número importante de cuentos, en este apartado hablaremos de los más característicos de su producción: aquellos que han dado mayor juego a la hora de estudiarlos o los que simplemente cuentan con unas características bastante importantes como para destacarlos. Es importante saber que Ana María Navales publicó sus cuentos y relatos en revistas y periódicos, pero que muchos de ellos se pueden encontrar en colecciones de cuentos o en antologías, así como que podemos seguir encontrando cuentos inéditos.

En el prólogo de la recopilación, *Relatos y cuentos*, que aún está por publicar, encontramos lo siguiente:

Ya hablábamos en la primera de cómo en la obra navaliana no queda fijada la terminología de cuento y relato. [...] Aquí como allí, las historias, los mitos y las leyendas vuelven a aparecer. Las *nouvelles* de *Tres mujeres* (1991) se reformulan como un relato corto, mientras que el cuento *Zacarías, rey* se convirtió en una novela breve. No hay una extensión máxima ni mínima para trazar la línea entre uno y otro y Navales nos descubre así la versatilidad de sus textos, las costuras de las que está hecha su narrativa.⁹

Nos encontramos ante un problema de definición del término: ¿qué es relato y qué es cuento? Parece que no hay una diferencia clara, y lleva a confusión. Aunque, quizás una manera clara de definir los términos es el de la extensión, siendo el cuento más extenso que el relato.

Pero, volviendo a lo que se dice en el prólogo de *Relatos y cuentos*, y no solo en este prólogo, sino a lo largo de otros artículos, uno de los cuentos más importantes de la producción de Ana María Navales es *Zacarías, rey* (1992), que también da título a su tercer libro de cuentos. Se compone de algunos relatos ya publicados, pero comentaremos los que aparecen en *Relatos y cuentos*: «Los portadores del rayo», «El otro paraíso» y «Zacarías Escobedo». Todos los relatos tienen en común la travesía hacia el Nuevo Mundo, pero cada uno de ellos cuenta una historia distinta, aunque tengan esa misma línea temática. Cabe destacar también que en los relatos aparece bastante el tema de las riquezas y cómo los navegantes sueñan con convertirse en ricos, algo que en su lugar de origen no eran, sobre todo es interesante ver el caso de Zacarías Escobedo. «Los portadores del rayo» habla del inicio de la aventura, se cuenta una leyenda sobre la Fuente de la Juventud y llegan a la conclusión de que la juventud es breve, pero que el motor del mundo es el dinero. En el siguiente, se habla sobre la

⁹ Isabel Carabantes, en Ana María Navales, *Relatos y cuentos*, Zaragoza, Larumbe, (en prensa), p. I.

locura que produce el estar tantos días en altamar y cómo se obsesionan los marineros con la juventud eterna que proporciona la Fuente. Continúa el relato de «Zacarías Escobedo», que ya se nos presenta en el relato de «El otro paraíso». Zacarías Escobedo es un hombre que proviene de Castilla y que sueña con ser un hombre rico, que huye de la pobreza extrema de Castilla y nos cuenta sus aventuras y sueños.

Estos relatos parecen formar entre sí una novela corta, como ya hemos citado anteriormente. Aunque se nos presente a lo largo de historias distintas, la línea temática es la misma: la travesía hacia el Nuevo Mundo. Estos relatos nos recuerdan a los antiguos libros de naufragios de la Antigua América, como el que escribió Alvar Núñez Cabeza de Vaca o los *Comentarios reales* de Inca Garcilaso de la Vega. Contienen cierto tono mágico, ya que se cuenta la leyenda de la Fuente de la Juventud, y también un carácter onírico, por el sueño de Zacarías de convertirse en un hombre rico, y en cierto modo, convertirse en rey. Estos cuentos de Ana María Navales han sido bastante estudiados por Isabel Carabantes o Marta Agudo, quizás por ese carácter histórico que presentan. En mi opinión, también encuentro un acercamiento a la picaresca, pero en menor medida que el ya comentado.

A continuación, pasaremos a hablar de otra colección de cuentos, que también servirá de ayuda a la hora de retratar el tema del trabajo: *Tres mujeres* (1995), que se compone de tres relatos: «Regreso a Monk's House», «La dama escritora» y «Julieta de los espíritus». Ana María Navales advierte en el prólogo de la obra que cada protagonista está basado en una persona real, desentramando su carácter más íntimo. «Regreso a Monk's House» cuenta como protagonista con Virginia Woolf, que regresa, después de su muerte, a la casa donde vivió con su esposo. La casa ha sido convertida en una especie de mausoleo, un museo, y recuerda las experiencias que vivió como escritora. «Julieta de los espíritus» es concebida por algunos estudiosos como una novela corta. Su protagonista es Julieta Aguilar, una pintora desconocida para la mayoría, y la autora inventa su vida, ya que faltan muchísimos datos sobre ella. Por último, «La dama escritora» cuenta la historia de María, que se presenta como la nieta de María del Pilar Sinués,¹⁰ y que busca refugio en el hogar de sus antepasados porque

¹⁰ María del Pilar Sinués fue una escritora que nació en 1835 en Zaragoza y murió en 1893 en Madrid. Aportó grandes escritos a la literatura del momento, y colaboró en diversas revistas. Fue conocida por su matrimonio por poderes con José Marco Sanchís, dramaturgo y amigo de Gustavo Adolfo Bécquer, que se enamoró de Pilar por un poema publicado en una revista. Se declaró con otro poema (ayudado por sus amigos) y se casaron, pero duró poco el matrimonio. En todo caso, Pilar Sinués puede considerarse como

ha sido abandonada por su marido. Combina, además, dos planos temporales: el mundo contemporáneo de María y el del romanticismo del siglo XIX, retratado por una vieja criada que vive en el antiguo palacete.

No es de extrañar que estos cuentos se recojan bajo el título de *Tres mujeres*. Los tres ya habían aparecido anteriormente en otras colecciones: «La dama escritora» apareció en *Zacarías, rey*; «Regreso a Monk's House» en *Cuentos de Bloomsbury* y «Julieta de los espíritus» es una versión corta de la novela de la autora *El regreso de Julieta Always*. Pero, si algo tienen en común es el carácter femenino y su problemática, así como el componente artístico, puesto que todas las protagonistas han contribuido con sus escritos o sus cuadros al mundo del arte. Además, también presenta como temas en común la frustración de las protagonistas en el amor y la muerte como una angustia existencial.

La autora ha conseguido con estos relatos demostrar un talento innato hacia la narrativa. Ha hecho posible que se cree un mundo donde se reivindique la figura femenina, que siempre se ha visto obligada a estar a la sombra. Quiere que estas mujeres sean visibles para el mundo y que se sepa sobre ellas.

Para finalizar, pasaremos a hablar de una de sus colecciones de cuentos más importante, *Cuentos de Bloomsbury*. En esta colección, Ana María Navales se acerca al mundo fascinante de Bloomsbury, empapándose de su gente y, sobre todo, de su gran aliada durante tantísimos años, Virginia Woolf. Cuenta con cuentos inéditos y con cuentos ya publicados. Los más relevantes son los siguientes: «El retrato de Lady Wyndham», «Walter no ha muerto», y «La dama del narciso».¹¹

El primer relato, «El retrato de Lady Wyndham», nos presenta a Mark, un escritor que crea a un personaje femenino, llamado Eleanor Wyndham. Retrata su vida, y se centra en la liberación de la mujer, de cómo esta puede escribir y enseñárselo a los demás, sin temor a que la juzguen. «Walter no ha muerto» vuelve a presentarnos a una protagonista femenina que relata sus pequeños escauceos en el amor: sus amantes y los que casi se convierten en su propio marido. Pero, destaca Walter, que sigue vivo de alguna manera y apoya a la protagonista. Por último, «La dama del narciso» está

una de las primeras mujeres que vivió de la literatura, para lo que tuvo que escribir sin cesar: poemas, novelas y, sobre todo, revistas dedicadas a las mujeres de clase media.

¹¹ Primero fue publicado en *Heraldo de Aragón* (1989), posteriormente apareció en la revista *Blanco y negro* (1991), y fue incluido finalmente en *Cuentos de Bloomsbury* en 1991.

protagonizado por la propia Virginia Woolf, que relata los momentos en los que su locura estaba comenzando a surgir.

Como ya hemos advertido anteriormente, *Cuentos de Bloomsbury* recorre la vida de algunos miembros del grupo de Bloomsbury. No solo eso, sino que Navales consigue otorgar a cada uno de sus cuentos un aura victoriana, que nos transporta a la época en la que vivió Virginia Woolf y sus compañeros del grupo de Bloomsbury. Destaca sobre todo Virginia Woolf, porque Navales la llegó a considerar una compañera más en la vida, y quería retratar su vida, e incluso inventa algún acontecimiento, que nosotros podemos llegar a pensar que ocurrió de verdad.

Hemos visto algunos de sus cuentos más característicos, que muchos de ellos fueron publicados en periódicos y luego recogidos en los libros de cuentos que hemos nombrado anteriormente. Hay dos recopilaciones de cuentos de la colección Larumbe, que recoge la totalidad de sus cuentos y relatos publicados en la prensa, en dos volúmenes preparados por Isabel Carabantes. A continuación, nombraré los que más han llamado la atención: «Un paseo por Santander» apareció publicado en el suplemento *Porque hoy es domingo* del diario *Amanecer* en 1957 (con apenas dieciocho años); «El hombre que quería ir a la luna», también publicado en el suplemento *Porque hoy es domingo* del diario *Amanecer* en 1959; «La gaviota que no podía volar» se publicó en 1959 en el periódico *Amanecer*; «El niño, los zapatos y el hombre» publicado en la revista *Azor* en 1972; y, por último, «Al día siguiente» se publicó en 1965 en la revista *Contraluz*.

Por último, y a modo de conclusión de este apartado, Ana María Navales ha conseguido transportarnos con sus cuentos y relatos a un mundo repleto de magia, en el que podemos ver que los que son más menospreciados, a veces pueden llegar a convertirse en personas respetadas, y que lo que importa al final son las palabras. Palabras capaces de transformar el mundo, el universo. No queremos decir con esto que el resto de escritos de Ana María Navales no sean importantes, sino que supo llevarlos por buen camino: fue capaz de convertir una novela en relato, y un relato en una novela, como ya hemos dicho anteriormente. Ese intercambio convierte a Ana María Navales en una gran escritora, consiguiendo cautivar y enganchar a sus lectores a las páginas de los libros.

2.3. LA MUJER EN LOS CUENTOS Y RELATOS DE ANA MARÍA NAVALES

Aunque en el apartado anterior hemos tratado algunos cuentos con personajes femeninos, aquí trataremos con mayor relevancia la figura femenina en sus cuentos, pero de manera general, porque en el punto tres analizaremos unos cuantos personajes femeninos de un número de cuentos y relatos. Sus cuentos tratan sobre personajes de todo tipo: hombres, mujeres, niños, ancianos, etc. Pero, la mayoría de los protagonistas de sus cuentos y relatos son mujeres.

Para comenzar el apartado y enlazándolo con lo anterior, podemos recurrir a unas palabras que dedica Isabel Carabantes en *Cuentos y relatos*:

Niñas, adolescentes, adultas y ancianas. Locas y cuerdas, enfermas y sanas, reales y fantásticas, dignas de alabanza y de desprecio. Todos los ángulos son tenidos en cuenta, todas las voces son oídas. En algunos casos, de manera precisa y académica, como en sus ensayos *La lady y su abanico* (2000) y *Mujeres de palabra* (2006). Aquí, en sus relatos, dejando volar la imaginación, abriendo estas vidas a todas las posibilidades, a todas las pasiones.¹²

Es decir, Ana María Navales no excluirá de sus escritos a ninguna mujer, no se decidirá por la condición de la mujer. Quiere dar voz a toda y cada una de ellas, para que así sea más fuerte la impresión en el público, porque cada mujer es importante para ella y se merece ser retratada como tal. A continuación, veremos características comunes en los relatos. Es decir, a través de sus cuentos, hablaremos en general de algunas características encontradas en los personajes femeninos.

Si algo caracteriza a los personajes femeninos de Ana María Navales es la manera que tienen de tratar la vida. Son personajes fuertes, independientes, que no se dejan intimidar por las adversidades. Normalmente tienen que ver con el mundo del arte, sobre todo con el arte de la escritura. Quizás podamos pensar que esto se debe a la influencia de grandes escritoras, como lo fue Virginia Woolf o María del Pilar Sinués, que aparecen en algunos de sus relatos.

Es destacable hablar de la figura de Virginia Woolf en la autora, ya que fue muy importante en su vida. No solo estudió sobre ella, sino que Ana María Navales se tomó la molestia de hacer ficción sobre ella. Esto denota una gran admiración hacia Woolf y una aspiración a impactar en la literatura como lo hizo ella. Navales quiso transportar muchas de las características de Woolf a sus personajes femeninos, debido que, como hemos advertido, las mujeres en sus cuentos y relatos quieren ser algo más que de lo

¹² Carabantes, en Navales, *Cuentos y relatos*, ed. cit., p. LIV.

que suelen ser consideradas, quieren impresionar al mundo con su fuerza abrumadora. Quieren que el mundo deje de estar dominado por el hombre y ser importantes, no solo en el ámbito artístico. Es decir, reivindican sus derechos, como ya hizo Virginia Woolf con su ensayo *Una habitación propia*, que recalca la independencia femenina y quiere que la mujer tenga independencia económica y personal.

Si volvemos a los personajes femeninos, es preciso destacar cómo María José Gámez Fuentes habla sobre los relatos de *Tres mujeres* en su artículo de la revista *Letras Femeninas*, titulado «La subjetividad femenina en *Tres mujeres* de Ana María Navales», y podemos citar lo siguiente:

Su discurso tampoco es desconocido, especialmente en el campo de la literatura femenina, ya que, como todo discurso, forma parte de la red de voces y espacios, femeninos en este caso, que se han construido a través de la dialéctica entre el lenguaje y la experiencia femenina. Sin embargo, la importancia de esa nueva aportación reside en haber reunido precisamente esas tres voces de mujer(es) profesionales, esos tres espacios creadores aparentemente diferentes, con otra voz y otro espacio, el suyo propio, el de Ana María Navales, quien adopta la primera persona narrativa para dirigirse al lector/a, desde su posición de escritora, al comienzo del libro. De esta forma la Navales se convierte en un elemento textual más, integrante de esa red de voces y espacios singulares, mediante la que se nos invita a la exploración de la subjetividad y los condicionamientos sociales de la mujer artista.¹³

Por tanto, estamos ante un gran ejemplo de cómo Ana María Navales se entremezcla con sus relatos y con sus protagonistas. De cómo le da importancia a un tipo de personaje que no se le suele tener en cuenta como es el caso de la mujer. Navales traspasa a sus personajes aspectos de su propia personalidad y quiere que estas sean fuertes, libres y que se amen a ellas mismas, sin importarles lo que piensen los demás. Además, algunos cuentos son narrados con la voz de la propia autora.

También es notable que en muchos de los cuentos y relatos que están protagonizados por mujeres hay casi siempre un personaje masculino que la trastoca de alguna manera. Uno de los mejores ejemplos de este hecho es el que aparece en el cuento «Séfora», cuando ella se compra una pecera y teme la reacción de su pareja:

—¿Por qué has comprado esa pecera?
—Simple capricho... [...] Soy egoísta con mi felicidad
—Siempre has de decir algo que no sea sencillo. ¿Te hace feliz una pecera? Valía la pena que lo hubieses averiguado antes.

Y Alfredo trató de explicarle que aquella pecera era como una mujer en el mundo de las cosas. Todo estaba desquiciado y se había vuelto al revés. ¿Enamorarse los hombres de las mujeres? ¡Qué barbaridad! Tan insólito como la idea de que un pez amase su pecera, una

¹³ María José Gámez Fuentes, «La subjetividad femenina en *Tres mujeres* de Ana María Navales», *Letras femeninas*, 25 (1999), p. 185.

especie de prisión, pero también lo que le permitía vivir una vez que le privaron de su libertad.¹⁴

Vemos con este ejemplo cómo el hombre no concibe que la mujer tenga independencia, o que sea el hombre quién se enamora de la mujer, sino que esta es la que debe enamorarse del hombre. Quizás esto esté motivado por la idea de que la mujer siempre es más sensible y romántica que el hombre. Aun así, la protagonista no deja que su compañero rompa su sueño de ser pintora.

En ocasiones, la mujer se ve acompañada por personajes infantiles, y suelen tener un cierto toque fantástico. El que haya cuentos con personajes infantiles no es algo casual, puesto que Ana María Navales trabajó durante una década en el periódico *Amanecer*, en la sección que se llamaba «Chicos y chicas», y como dice Isabel Carabantes, es un espacio más bien simbólico al que los lectores pueden siempre regresar, porque la niñez es una etapa por la que todo el mundo ha pasado y parece que es la más feliz de la vida de una persona.¹⁵

Si retornamos al tema femenino, encontramos protagonistas que se enmarcan dentro de estos cuentos para niños, que muestran parte de una realidad, como es el caso de «Un paseo por Santander». La protagonista recrea las conversaciones de los niños con sus padres o tutores, algo que se considera muy cotidiano. Pero, si pasamos al relato de «La Magdalena, playa de niños y sueños», el relato se tiñe de fantasía, porque hay una mujer mayor que se considera un hada buena y es simplemente una mujer llamada Margot, que juega con los niños. Después, nos cuenta la historia de un niño que quiere ser torero, y para ello quiere ir a la playa de la Magdalena, como si ella pudiera concederle ese sueño.

También hay relatos en los que la protagonista es una niña, como es el caso de «Los patines de Susana». La protagonista desea tener unos patines, pero su madre no quiere que los tenga por si se cae y se hace daño, incluso se los pide a los Reyes Magos. Cuando ya cumple diecisiete años, una amiga suya le enseña los zapatos de tacón y Susana, por fin, ha conseguido sus patines. El final del relato nos muestra el carácter de la muchacha:

Y Susana cogió sus patines y, en la puerta, sin que nadie le viese, volvió a andar sobre ruedas hacia el fin desconocido. Sentía vértigo por la rapidez, le pareció que iba montada en un caballo desbocado, pero luego, serenamente, entró en su casa con la sonrisa

¹⁴ Navales, «Séfora», en *Cuentos y relatos*, ed. cit., p. 11.

¹⁵ Carabantes, en Navales, *Cuentos y relatos*, ed. cit., p. XXVI.

en los labios. Estuvo tentada de guardar los patines junto a sus muñecas ya olvidadas, pero los colgó en su habitación junto al calendario, para verlos mejor. Y de vez en cuando, Susana se pone los patines para andar por casa.¹⁶

Es un claro ejemplo de cómo los personajes femeninos son perseverantes en aquello que ansían, no importa la edad que tengan y el tiempo que haya pasado: si quieren algo con fervor, lo consiguen, sin importar lo que digan ni lo que piensen los demás.

Hay una característica bastante notable en los personajes femeninos de Ana María Navales y es su implicación con el mundo de la literatura y el arte. Ya hemos comentado anteriormente algún ejemplo, como es el caso de los relatos que componen *Tres mujeres*, pero es curioso que casi todos tengan una implicación tan directa. Por ejemplo, «Las tardes de Celina» cuenta la historia de una niña de siete años que lee cuentos a sus amigos, y mientras sus amigos se duermen, ella encuentra pasión en las letras. Pero, al sentirse marcada como diferente para los niños, aprenderá a jugar y sentirse rebelde, porque realmente ansía poder leer los cuentos que ella considera fascinantes.

A lo largo del apartado, hemos visto una característica común muy notable, y es el caso de la rebeldía. Cuando las protagonistas femeninas quieren algo o pretenden realizar algo que está fuera de la convención social, ellas mismas se describen como rebeldes. Porque no es lo que está establecido, no hacen lo que los demás esperan de ellas. Puede que la propia autora, como ya hemos señalado, quiera transmitir a sus personajes sus propias características. Esa rebeldía innata de la autora se encuentra en todas y cada una de las protagonistas, ya sea escribiendo, ya sea intentando conseguir algo impensable para una mujer, pero habitual en un hombre.

Isabel Carabantes comenta en el prólogo de su edición de *Cuentos y relatos* que, además de los temas tratados, hay una serie de símbolos que caracterizan a estos relatos, dado que acompañan a las protagonistas. A continuación, nombraremos algunos de estos símbolos. Comenzaremos con los pájaros, que, dependiendo del relato, tendrán un simbolismo u otro, aunque comúnmente representa la libertad, el peregrinaje de un lugar frío a un lugar cálido, pero el simple mover de las alas puede ser símbolo de inestabilidad y locura. También pueden ser símbolo de rutina por sus cantos matutinos y diurnos. Y otro símbolo que localiza Carabantes es el tren, que se asemeja a los pájaros en el sentido del peregrinaje, de marcharse de tu lugar de nacimiento a un nuevo

¹⁶ Navales, *Cuentos y relatos*, ed. cit., p. 32.

destino, donde comenzar una nueva vida. Es momento de reflexión, donde viendo los paisajes puedes relajarte.¹⁷

En definitiva, vemos cómo Ana María Navales quiere que las protagonistas sean mujeres que se hagan valer, como ella supo hacer en su vida. Quiere que las mujeres sean rebeldes, como lo fue ella; dueñas de su propia vida, de tener su independencia, como también lo quería Virginia Woolf. Son cuentos que quieren impresionar al lector, mostrando su total belleza al público. Quiere que sus personajes femeninos se tomen como modelo de vida, que las mujeres del mundo real sean capaces de tomar las riendas de sus propias vidas y demostrar que somos capaces de todo aquello que nos proponemos, de alcanzar sueños inalcanzables, y de tener una vida plena, como la tuvo Ana María Navales y como lo tuvieron las mujeres que ella misma representa.

¹⁷ Carabantes, en Navales, *Cuentos y Relatos*, ed. cit, pp. LV-LVI.

3. ELECCIÓN DE VARIOS RELATOS Y CUENTOS

Para completar este Trabajo de Fin de Grado, realizaremos un análisis de algunos relatos, debido a que hay una gran cantidad considerable de cuentos y relatos. Primero, analizaremos las historias que se cuentan en ellos, para luego analizar exhaustivamente los personajes femeninos. Los relatos escogidos son los siguientes: «La dama escritora», «Adiós... Bernardette», «Victoria y Alberto», «La ninfa errante», «El retrato de Lady Wyndham», «Séfora», «Mi corazón está contigo», «La niña frente al mar» y «Al día siguiente». Dentro de los cuentos escogidos, hay algunos más importantes que otros, puesto que muchos aparecen en sus colecciones de cuentos, pero otros simplemente han aparecido en periódicos y revistas. Por ello, darle importancia a unos cuentos y relatos que normalmente no han sido tan estudiados como otros, es bastante relevante.

¿Por qué hemos escogido estos cuentos y no otros? «La dama escritora» por el carácter histórico y el hecho de que la protagonista quiera ser escritora, como la propia Ana María Navales; «Adiós... Bernardette» porque es diferente, un cuento dentro de un cuento, que puede ser una historia real, vivida por la propia autora; «Séfora» por el propio carácter de la protagonista, que tiene una idea bastante abstracta del amor y es interesante ver la búsqueda de su abstracción a la hora de pintar; «Mi corazón está contigo» ha sido elegido por su carácter epistolar y, también, porque la carta fue escrita por Virginia Woolf, días antes de su muerte, pero no tenemos constancia de que sea real o no; «Victoria y Alberto» es un buen ejemplo de la imaginación que atribuye a la autora a ciertos aspectos de la vida, y la narradora se convierte en un aspecto fundamental del relato por la fantasía que otorga a una situación cotidiana; «La ninfa errante» tiene un tono fantástico muy interesante y la protagonista del relato realiza varias acciones dignas de comentario; «El retrato de Lady Wyndham», que cuenta la historia de la creación de un personaje femenino y, por el carácter del trabajo, puede ser interesante su análisis; «La niña frente al mar» es casi un microrrelato, pero muestra el carácter que Ana María Navales quiere atribuir a sus personajes femeninos, aunque sean niños; y «Al día siguiente» donde podemos analizar el personaje de Ángela, una universitaria, que a lo largo del relato reflexionara sobre la vida y sobre los problemas que conlleva el día a día.

Primero, analizaremos las historias, para ver qué diferencias tienen entre sí y en qué se parecen, porque, como hemos advertido, hay varias similitudes entre las historias que tienen como protagonista a una mujer. Después, analizaremos exhaustivamente los

personajes femeninos que aparecen en las historias, para finalmente hacer una comparación entre ellas.

3.1. LAS HISTORIAS: DIFERENCIAS Y SIMILITUDES

Para comenzar el desarrollo de este apartado, es importante ver las historias que vamos a analizar, para que veamos qué diferencias y qué semejanzas hay entre ellas. Además, puede que, gracias al análisis de las historias, seamos capaces de ver más allá en los personajes femeninos. ¿Por qué? Porque a veces las circunstancias en las que se desarrollan las historias, los personajes pueden actuar de un modo u otro. Primero, conoceremos las historias una a una y luego las compararemos.

El primer relato del que vamos a hablar es «Al día siguiente», en el que se nos presenta a Ricardo y Ángela, dos jóvenes universitarios, que quedan para tomar copas, mientras hablan de todo lo que les rodea. Comienza la historia con la búsqueda de una casa para Ángela y, gracias a ello, pueden ver qué tipo de lugares de encuentro hay cerca de su nueva casa. Conversarán con otros universitarios y tendrán conversaciones bastante trascendentes.

El título del relato «Victoria y Alberto» puede llevar a confusión, puesto que podemos pensar que es el nombre de los protagonistas del relato. Pero, en verdad es en parte cierto, aunque creemos que el título es por el lugar dónde se desarrollan los hechos, porque la narradora se encuentra en un banco de Londres, enfrente del Victoria and Albert Museum. La narradora describe lo que ve alrededor: una mujer un poco extraña, casi vagabunda, y un hombre vagabundo. Se imagina que esas dos personas en realidad están enamoradas, aunque apenas se conozcan, como si fueran los reyes Victoria y Alberto, que son los que dan nombre al museo.

«La ninfa errante» es un relato que se acerca casi al mito o leyenda, pues la protagonista es una ninfa que va de aquí para allá, buscando su razón de ser. Este continuo peregrinaje hace que viva, que sienta cosas que nunca ha podido realizar o hacer. La búsqueda constante es interesante de analizar, porque dota a la protagonista de ciertos aspectos, que analizaremos más adelante.

Para ver cómo es capaz la autora de retratar a los niños en sus relatos, hemos escogido el relato de «La niña frente al mar». La protagonista desea tanto ver el mar, que cuando está enfrente de este, se olvida completamente de él, preocupándose por

otras cosas que en verdad son más importantes en el comportamiento de un niño. Este relato podemos considerarlo un microrrelato.

«La dama escritora» es, en mi opinión, uno de los relatos más importantes que escribió Ana María Navales. Es un buen ejemplo en el que la autora llega a fundirse en uno con la protagonista de la historia. En este caso, se nos presenta a María Sinués, nieta de la escritora María del Pilar Sinués, que vuelve a la casa de su abuela para conocer más sobre su historia, y también para huir del abandono de su marido. Allí conoce a la Gálvez, que fue criada de sus antepasados. Mantienen una buena relación y juntas descubren más de sí mismas. La protagonista descubrirá cómo era su abuela, a la que estima bastante, y llegará a conocer tantas cosas de María del Pilar Sinués que terminará atormentada.

Con «Mi corazón está contigo», Ana María Navales se acerca al relato epistolar, puesto que nos presenta una carta de Virginia Woolf, dirigida a Ethel Smyth.¹⁸ Según la fecha, la carta se escribe unos días antes de que Woolf muriera, y gracias a este relato, podemos vislumbrar cómo fueron los últimos días de la enfermedad de Virginia Woolf. En la carta, se muestra el rechazo hacia Ethel, que está enamorada, casi podemos decir que estaba obsesionada, por Virginia Woolf. La escritora inglesa le dice qué le gusta de ella, pero también qué odia de ella.

«Adiós... Bernardette» nos presenta a tres hermanos, Máximo, José e Isabel, que están de viaje por Europa. En Francia, tienen que parar porque se les pincha una rueda, y a la hora de pedir ayuda, los chicos conocen a Bernardette, que consigue enamorarles simplemente con su mirada. «Séfora» es la protagonista de este relato: es una mujer que desea ser pintora, pero su pareja siempre le está recordando que su generación está perdida, y más si eres mujer. De todas maneras, ella lucha por su sueño de ser pintora, dejará a Alfredo y comenzará a pintar, pero no querrá perder a su amado.

Y el último relato que vamos a analizar es «El retrato de Lady Wyndham», donde el protagonista, Mark, comienza el proceso de realización de una novela, y elige como protagonista de su novela a Eleanor Wyndham. El relato nos muestra el carácter del

¹⁸ Ethel Mary Smyth fue una de las líderes del movimiento sufragista y una compositora inglesa, que nació el 23 de abril de 1858 en Londres. Siempre estuvo comprometida por la lucha de la igualdad en los derechos de las mujeres, pero también en otras causas sociales, puesto que ejerció de asistente de radiología en la Primera Guerra Mundial. Este hecho le produjo severos problemas auditivos y una doble neumonía. En 1922 fue condecorada por la Orden del Imperio Británico. Con 71 años, se enamoró de Virginia Woolf, siendo muy insistente en conseguir su amor, aunque finalmente se hicieron amigas.

personaje que quiere retratar Mark, y por ello es bastante interesante someterlo a análisis.

Tras analizar de qué tratan las historias, procedemos a describir qué concordancias y similitudes tienen entre sí. En una cita anterior de la *Turia*, donde Isabel Carabantes habla de los relatos de la autora,¹⁹ veíamos que afirmaba que Ana María Navales no repetía a la hora de formar sus historias, sino que recopilaba y creaba siempre material nuevo. Pero, hemos podido observar que sí que existen algunas similitudes en las historias y también en los personajes femeninos.

Vemos que en casi todas las historias hay un motivo por el que luchan casi todas las protagonistas: algo que verdaderamente les importa, ya sea un logro en su carrera como que se les reconozca en un mundo que se pensaba que solo podía haber hombres. Este hecho lo encontramos en historias como «La dama escritora» o «Al día siguiente». En la primera historia, María Sinués quiere ser escritora y no parará hasta conseguirlo, aunque esto le cueste la vida; en «Al día siguiente», Ángela quiere comprender el mundo que le rodea, buscando explicaciones a diferentes problemas que ella se plantea o las que se plantea Ricardo. Con «Séfora» también ocurre, porque la protagonista quiere convertirse en una pintora reconocida y no parará hasta conseguirlo, aun sabiendo que puede que fracase. «La ninfa errante» plantea esta situación en la búsqueda constante de una motivación en la vida, puesto que la protagonista quiere ser algo que realmente le guste, sin importarle lo que piensen los demás.

Otro hecho constante en las historias es el tema del amor. No estamos hablando de un amor convencional, quizás algo más espiritual, en el caso de que exista sentimiento amoroso, como es el caso del relato «Victoria y Alberto», donde la narradora inventa una historia de amor entre dos transeúntes. Aunque sea una historia inventada por la narradora, el amor que sienten esos dos espectros es a primera vista y que durará para siempre.

Bien es cierto que sí existe amor en las historias, las protagonistas sufrirán. Un buen ejemplo de ello es «Séfora», donde la protagonista afirma lo siguiente:

Fiel a su idea de abstracción, la unió mentalmente a su fantasía. Puso en los peces rostros de mujer, alas de ángel y quiso alzar la pecera sobre las manos fuertes de Alfredo. Nadie la hubiese comprendido en aquel momento, Séfora tampoco veía muy claro, pero

¹⁹ Carabantes, «La forja de una escritura rebelde: sus relatos», *Turia: Revista cultural*, 108 (2013), p. 161.

recordó algo que debía de haber oído en el colegio o quizá lo leyera en la hojita de un calendario, una vieja filosofía que no se había repetido hasta ahora: «Soportando a otro, se le vence». [...]

Y Alfredo, contemplando el dibujo, respondió a algo distinto:

—Verás como la obra es genial.

Séfora se convenció de que no triunfaría. ¡Una mujer haciendo grandes cosas en pintura! ¡Ella misma! No.

Pero valía la pena triunfar para un solo hombre. Y empezar a pintar, segura de su íntimo fracaso.²⁰

Vemos que Séfora quiere ser pintora, pero también sufre porque ya no está con su amado. Ella sabe perfectamente que, si sigue con él, sus constantes ataques hacia su pintura, hacia su inminente fracaso, acabaran por desquiciarla del todo. Aun así, quiere fracasar para él, pintar para él.

Otro ejemplo lo encontramos en el relato «Mi corazón está contigo», donde seremos testigos del rechazo de Virginia Woolf a Ethel Smyth. Aunque Woolf no esté enamorada de Ethel, y se empeñe en insultarla, Virginia realmente sufre haciendo esas declaraciones. Puede que se sienta así por su enfermedad, pero estima a su amiga y no quiere hacerle daño y sabe perfectamente que tiene que hacerlo, para que Ethel la deje vivir y así sentirse mejor.

La muerte también está presente en algunas de las historias que estamos analizando, hecho comentado con anterioridad. Virginia Woolf, en «Mi corazón está contigo», le dice a Ethel que lo primero que le fascino de ella fueron sus declaraciones hacia la muerte. Piensa con mucha constancia en la muerte y esto la atormenta: «Cuántas veces no he podido dormir de noche y he tenido que tomar cloral para no pensar en el deterioro y la muerte».²¹

Por último, veremos qué diferencias existen entre los relatos. En las similitudes, hemos tratado diferentes cuentos, pero hay tres historias que no entrarían dentro de estos aspectos, como es el caso de «El retrato de Lady Wyndham», «Adiós... Bernardette», y «La niña frente al mar».

En la historia de «El retrato de Lady Wyndham» estamos ante la creación de un personaje femenino dentro de la cabeza de un autor, que se llama Mark. Vemos cómo quiere adjudicar una historia real a ese personaje, para que sea auténtica y se aleje de los

²⁰ Navales, *Cuentos y relatos*, ed.cit., p. 12.

²¹ Navales, *Cuentos de Bloomsbury*, Madrid, Calambur, 2003, p. 125.

cánones. Pero, cabe destacar que sí algo está presente, es el amor que siente Mark hacia Lady Wyndham, y puede que se trata de una mujer que ha conocido en la vida real.

Por otra parte, la historia de «Adiós... Bernardette» tiene la constante del viaje, pero también un carácter real, ya que la autora avisa al principio del relato que «Esto es mitad cuento, mitad relato de la vida. A mí me lo contaron y era un día en que la polémica había surgido en torno a si es beneficioso o no que los niños lean cuentos de hadas o de guerreros fantásticos».²² Es decir, estamos ante un posible caso real, pero Navales ha hecho de él un cuento, así que puede que se haya inventado alguna cosa. Hay amor, debido a que los hermanos de Isabel se obsesionan con la joven francesa, pero estamos ante un amor efímero, porque no la volverán a ver.

Para acabar, «La niña frente al mar» es un microrrelato, y, por tanto, no lo podemos analizar con tanto detalle frente a los relatos que son más largos. Se trata de una historia de decepciones, puesto que la protagonista desea ver el mar, pero finalmente cae en los instintos infantiles: en los juegos con otros niños. De todas maneras, la protagonista muestra un interés, por lo menos al principio, de ver al mar. Quiere ver el mar por encima de todo, y hasta que no lo consigue, no dejará de pensar en ello. Podemos relacionarlo con lo dicho previamente, con el carácter fuerte de las mujeres, en su deseo de conseguir aquello que anhelan. Como hemos advertido anteriormente, es un relato que ejemplifica el trato que Ana María Navales otorgaba a los niños, no solo haciéndolos protagonistas, sino participes de las historias, porque la autora colaboró en una sección de la revista *Amanecer*, titulada «Chicos y chicas». En definitiva, es una historia caracterizada por el comportamiento de los niños, por el carácter efímero, porque los niños quieren una cosa y al segundo quieren otra.

A modo de conclusión, advertimos que sí que hay similitudes entre los relatos escogidos, como el amor, la muerte o el carácter decidido de las protagonistas. Pero, aunque hay escasas diferencias, podemos asegurar que Ana María Navales es creadora de historias, y con cada una de ellas nos transporta a un mundo nuevo, sin importar si hay parecidos o no.

²² Navales, *Cuentos y relatos*, ed. cit., p. 26.

3.2. ANÁLISIS DE LOS PERSONAJES FEMENINOS

A continuación, veremos cómo retrata a la mujer en sus cuentos y relatos. Antes de comenzar con el análisis, debemos advertir que, en algunos de los relatos escogidos, aparecen varios personajes femeninos. Así que analizaremos todos los personajes femeninos que aparezcan, sin importar la relevancia que tengan dentro de la historia.

Comenzaremos el análisis con los personajes que aparecen en «Victoria y Alberto». Tenemos a la narradora de la historia, y su manera de narrar, nos hace pensar que se trata de la autora, que está contando una situación que le pudo ocurrir. Al comienzo del relato, encontramos lo siguiente: «vi de nuevo a la mujer de la pamelita negra que arrastraba uno de esos carritos de supermercado donde parecía amontonarse todo cuanto había podido salvar del naufragio de su vida»,²³ en el que nos presenta a la mujer que encarnará a la reina Victoria de sus fantasías.

La narradora parece ser una mujer culta, puesto que la manera que ha tenido de conocer Londres ha sido gracias a las librerías que visita a diario, para comprar libros. Gracias a ello, dice de Londres lo siguiente:

Ahora que no necesito plano para ir de un punto a otros, creo que he perdido mi condición de turista y Londres me ofrece su cara más amable. La veo amistosa y juguetona como un animal de compañía y no salvaje como una fiera en una selva llena de trampas de caza.²⁴

Por tanto, la narradora está en Londres, pero no ha nacido allí y se lo conoce tan bien gracias a las librerías que visita día a día. Ese día se cruza en varias ocasiones con la mujer de la pamelita negra, y ambas se sientan en lados opuestos enfrente del Victoria and Albert Museum. La narradora cree que la mujer de la pamelita negra le sigue, e incluso se plantea en hacer lo mismo que está haciendo ella, que es retocar su maquillaje.

Después de esto, un hombre aparece en la escena, y es ahí cuando la narradora empieza a fantasear con los dos personajes:

Me gusta pensar que es el caballero para el que ha estado acicalándose la mujer, pero no se saludan, ni siquiera un cruce de miradas entre ellos. Son dos vagabundos sin perro, sin alcohol, sin palabras, con vidas anteriores que no es fácil imaginar. Quizá hayan sido una corista y un pintor mediocre a los que sólo les queda un cierto orgullo y un aguijón de libertad.²⁵

²³ Navales, *Relatos y cuentos*, ed. cit., p. 149.

²⁴ *Ibíd.*, p. 149.

²⁵ *Ibíd.*, p. 150.

Estamos ante una mujer con gran capacidad para la imaginación, puede que motivada por la cantidad de libros que compra y devora. Es una mujer que quiere escapar de la realidad, imaginándose historias que probablemente pueda escribir en un libro. Por tanto, vemos cómo Ana María Navales traspasa a la narradora sus capacidades de escritora, otorgándole también la capacidad de crear mundos imaginarios y maravillosos. Aunque, también hay cierta insistencia por crear una historia:

No. Allí no había historia. Los dos se ignoraban. Pero yo insistía, y aún me quedé un cierto tiempo a la puerta del Victoria and Albert, imaginando un relato de corte romántico en el que pudiera unir a esos dos vagabundos, la vieja corista de la pamelita negra y el anciano lord de instinto asesino.²⁶

Después de esto, su historia se vuelve mucho más fantástica, como un intento de exprimir por completo su creatividad, y la narradora comienza a fantasear con que son los reyes Victoria y Alberto. Esto puede que esté motivado por el simple hecho de que están enfrente al museo al que los reyes dan nombre. Ocurre lo siguiente:

Andaba yo en estas absurdas reflexiones cuando observé que la mujer de la pamelita negra había recogido su espejo, y en los ojos del hombre de la barba había entrado una luz rara que envolvía como un foco ambarino el cuerpo de la mujer. Los dos se miraron como si el mundo hubiera desaparecido y no quedase nada más allá de aquel espacio, a la puerta del museo, al pie de sus estatuas.

Así que el reloj había marcado, en esta primera oscuridad, la hora de su cita. La noche empezaba a envolver a los espíritus, Victoria, Alberto, y había que respetar su incorpórea intimidad.²⁷

Y, al final, la historia imaginaria de la narradora parece hacerse realidad, cuando el hombre y la mujer se miran y parece que se atraen. La narradora ha conseguido con sus imágenes, con sus palabras, crear la realidad. Como hemos dicho anteriormente, Ana María Navales consigue traspasar a su personaje, a su narradora, su capacidad de crear con las palabras mundos imaginarios, pero reales a la vez.

Por otra parte, tenemos el personaje de la mujer de la pamelita negra. No es muy relevante, porque no habla en ningún momento y simplemente está ahí, sentada en un banco, esperando que ocurra algo. La narradora la describe como una mujer con apariencia de vagabunda, pero a la vez arreglada, puesto que se retoca el maquillaje cuando consigue sentarse en el banco. No podemos detallar muchas más cosas sobre ella, pero parece una mujer cansada de la vida, aunque se arregle y se maquille, tiene

²⁶ *Ibíd.*, p. 150.

²⁷ *Ibíd.*, p. 151.

pintas de haber abandonado la vida. Claro que esto solo podemos afirmarlo por lo que dice la narradora.

En «La dama escritora», tenemos dos personajes muy importantes: María Sinués, nieta de la escritora María del Pilar Sinués, y la Gálvez, criada de la casa, que ha servido en ella durante muchos años. Para comenzar, hablaremos de cada personaje por separado, para luego tratar la relación que las une.

María Sinués, que es la protagonista de esta historia, huye de la cotidianidad por el abandono de su marido, al que parece aún amar, para ir a la casa de su abuela y poder revivir las historias que esta vivió. Se obsesiona con la historia y la grandeza de su abuela, quizás porque quiere ser como ella. Además, quiere ser escritora, como lo fue María del Pilar Sinués. Es una constante búsqueda, que se suma a la posible depresión tras el fracaso de su matrimonio.

Aún con el abandono de su marido y mostrarse perdida sin él, se muestra fuerte y segura por una vez en su vida. Parece que lo deseara desde hace tiempo, para poder desarrollarse personalmente como ella siempre ha querido: mediante la escritura. En el relato, encontramos lo siguiente:

Y escribía con el dedo el nombre de Enrique en el espejo, mientras recordaba sus primeros engaños y sus confesiones, arrepentido. [...] ¿Por qué esos recuerdos? Era increíble. Cuando se separaron, por primera vez desde hacía muchos años, se sintió fuerte, cálida, alegre. Respiró hondo, como si estuviese en un pinar una mañana brillante de primavera. Pero, en seguida llegó el otoño con sus ocres y grises y sus hojas caídas.²⁸

Vemos como la protagonista se siente libre de las mentiras y los engaños de su marido, pero también deprimida. ¿Por qué? En la sociedad en la que está ambientado el relato, la mujer dependía del hombre. Por ello, María Sinués está bien por el abandono, pero también se encuentra perdida, por no saber cómo actuar. El narrador del relato dice lo siguiente sobre este hecho:

María Sinués, que se había considerado siempre una mujer fuerte y dinámica hasta aquel inesperado abandono de Enrique, un amante zafio y rutinario que no merecía su recuerdo, se asombraba ahora de su desgana, de su encierro voluntario, de su ir y venir por la casa, sola en el refugio elegido contra las tormentas que afuera, en la calle, podían desencadenarse en cualquier momento.²⁹

Después de este párrafo, comienza a describirse la pasión de María Sinués desde siempre: el ser escritora, como lo fue su abuela. Se dice sobre esto lo siguiente:

²⁸ Navales, *Relatos y cuentos*, ed. cit., p. 92.

²⁹ *Ibíd.*, p. 94.

Desde niña, María Sinués había querido ser escritora, igual que la abuela, pero nunca tuvo una vida intensa, una imaginación fecunda, el talento necesario para iluminar sus palabras, ni la voluntad para entregarse horas y horas a un trabajo que, sin duda, amaba de un modo insuficiente.

Ahora no estaba más segura de sus posibilidades. Creía que para llegar al arte por alguno de sus caminos era necesario un estado febril, estar poseída por un impulso invencible, por una fuerza desconocida que la arrastra más allá de sí misma, algo incontrolado en lo que podía pensar, pero que nunca llegaría a sentir.³⁰

Vemos cómo desea ser escritora, pero que la sombra de su abuela está presente. También la inseguridad que le ha producido el abandono de su marido. Todo esto convierten a María Sinués en alguien inseguro de sus posibilidades y se obsesiona con todo lo relacionado con María del Pilar Sinués, que quiere realizar lo que hizo su abuela: vivir intensamente y escribir sobre ello.

Si algo tiene que ver con esa imposibilidad de escribir es por el abandono de su marido, pues en el relato se dice lo siguiente: «Estaba segura de que su verdadera personalidad se había ocultado tan dentro de ella misma, en aquellos años de mansa docilidad a Enrique, que ya no iba a saber cómo sacarla a flote».³¹ Ella creía que podría hacerlo, pero el abandono la ha convertido en un ser sin vida, deprimida e insegura de sus capacidades. Aunque, finalmente muere, logrará escribir un escrito titulado *La abuela, el ángel del hogar*, que seguramente tratará sobre la sombra que le ha producido el ser nieta de María del Pilar Sinués. El título de la supuesta nieta hace referencia a una de las revistas que fundó y dirigió su abuela.

Después, tenemos a la Gálvez, que parece un personaje fantasma, puesto que aparece y desaparece cuando ella quiere. De todas maneras, Ana María Navales quiere otorgarle importancia y también cuenta su historia, gracias a que su personaje María Sinués la escucha hablar mientras la Gálvez duerme. A su vez, es parca en palabras, pero se convierte en una persona muy importante para María Sinués, siendo este el único contacto humano de la protagonista.

En el relato, se cuenta la rutina de la criada, y cómo la protagonista la escucha mientras duerme. En sus sueños, cuenta cómo se quedó viuda y cuáles son sus pertenencias más queridas. El narrador describe que, además, cuando se tumbaba, parecía que la Gálvez estuviera en una consulta psiquiátrica. Podemos pensar que sus sueños, su momento de descanso, era parecido a contárselo a un psiquiatra, aunque este fuera la propia María Sinués. Es como una terapia, donde puede contar sus secretos y

³⁰ *Ibíd.*, p. 94.

³¹ *Ibíd.*, p. 97.

sus inquietudes. También, insiste a la protagonista de que tiene que escribir para olvidarse de sus propias penurias. Se nos cuenta lo siguiente:

La criada hubiera escrito esa historia si alguien le hubiese enseñado lo justo, a reconocer las palabras que dibujan cada objeto y cada pensamiento, a aprisionar los sonidos en la escritura. Si pudiera dar nombre a las letras y reunir las para que fijasen exactamente sus ideas, ya haría tiempo que hubiese llenado de vida, para devolvérsela a su señora, aquellas hojas de papel en blanco que amarilleaban en los cajones de su antiguo escritorio.³²

Por tanto, estamos ante el pensamiento de la protagonista de que, si la Gálvez supiera escribir, podría escribir algo maravilloso sobre su vida, convirtiéndose en lo que era la dueña de la cosa. Tiene toda una vida que contar y nadie le ha dado nunca esa oportunidad.

Es importante ver que entre las dos hay una cosa en común, y es el tema de la muerte. La Gálvez está sorprendida de que haya vivido tantos años y cómo ha esquivado a la muerte. Mientras que la protagonista se obsesiona con ella, sueña con ella y tenía que buscar distracciones para no pensar en ella.

Estamos ante dos personajes muy importantes, quizás los más importantes que vayamos a ver, debido a la relevancia que le dio Ana María Navales a este cuento y a los dos restantes que aparecen en *Tres mujeres*. Son mujeres atípicas de su época, con ganas de vivir y con ganas de demostrar al mundo cómo son en realidad.

Continuamos con «Al día siguiente», donde nos encontramos con Ángela y Ricardo, dos jóvenes universitarios. En este caso, analizaremos a Ángela, que es una mujer que busca casa junto a Ricardo, y después van a un club con otros amigos. Ángela escucha las penurias de Ricardo, y para este es una vía de escape. Cabe destacar que entre ellos dos simplemente existe amistad, a pesar de que, a lo largo del relato, Ricardo parece sentir algo más por Ángela.

Isabel Carabantes describe a Ángela en el prólogo de *Cuentos y relatos*, y dice de ella lo siguiente: «Que aspira a dar vida a sus sueños y ser una fuente inagotable de alegría, pero por el momento no está segura de sí misma y, cuando intenta aclarar sus ideas, se sume todavía en mayores confusiones».³³ Estamos de acuerdo con lo que dice Carabantes, ya que Ángela muestra sus opiniones, pero al minuto parece arrepentirse de esto, y desea marcharse, aunque no sabemos si es por sus pensamientos o por huir de una realidad latente.

³² *Ibíd.*, p. 93.

³³ Carabantes, en Navales, *Cuentos y relatos*, ed. cit., p. LIII.

Ricardo es su amigo y pasa tiempo con él, pero no quiere nada más que una amistad. De todas formas, Ricardo pasa tiempo con ella y se preocupa por lo que la protagonista piensa. Un día le pregunta qué espera en la vida y Ángela le responde: «Espero que lleguen días claros, llenos de esplendor; días en que lo más insignificante adquiera para mí un encanto particular. Espero ¡tantas cosas!...».³⁴ Vemos cómo quiere seguir avanzando en su vida, quiere ser algo importante, quiere cumplir sus sueños. Pero, Ricardo lo destruye todo con una simple oración: «Soñar despierta es una mala costumbre».³⁵ Esto hace que Ángela siga pensando que quiere cumplir sus sueños, pero comience a mostrarse fría e insegura ante Ricardo. Es una especie de quedarse para sí lo que realmente piensa, no puede expresar lo que siente.

Finalmente, tiene una discusión con Ricardo y ella se siente continuamente incómoda. Puede que sea por su decepción con Ricardo y por lo que realmente quiere ella, que es cumplir todo lo que se ha propuesto. Ricardo no deja que esta se realice personalmente, por lo que Ángela se plantea no volver a quedar con él. Pero, al final, le da esperanzas a una nueva reunión, aunque no sea lo que ella desea. Ángela ha hecho que su vida sea una continua rutina y, al final del relato, nos encontramos:

Ya en su habitación, vio que tampoco se sentía segura en aquel espacio íntimo, del que podía describir, con los ojos cerrados, hasta la más ligera imperfección de la pintura de sus paredes. Fue a llorar, pero se contuvo al pensar que la señal inequívoca de que su espíritu no estaba anquilosado era precisamente no estar segura de sí misma, ni de algo que formase parte de su mundo. Intentando aclarar sus ideas, se sumía todavía en mayores confusiones. [...] Y soñó con el mar y con una casita blanca, y una felicidad conseguida, que llenó su alma de ternura.³⁶

Es decir, se da cuenta de que su inseguridad es su némesis, su peor enemigo. Debe comenzar a realizar aquello que más desea: la libertad, tanto propia como la de su expresión. Quiere ser una mujer libre de ataduras, en definitiva, un alma libre, sin importarle lo que piensen o digan los demás.

«Séfora» es otro de los relatos que podemos encontrar en la antología de *Cuentos y relatos*. Trata sobre el sueño de Séfora, la protagonista, en convertirse en pintora. A lo largo del cuento, vemos cómo su sueño es truncado por su pareja y analizaremos cómo se siente la protagonista ante esta situación.

³⁴ Navales, *Cuentos y relatos*, ed. cit., p. 107.

³⁵ *Ibíd.*, p. 107.

³⁶ *Ibíd.*, p.110.

Ya al comienzo del relato, Séfora se muestra molesta con la actitud de su compañero, Alfredo, que no cree en las aptitudes de Séfora como pintora. Esta se muestra entusiasmada con su deseo de pintar, pero todo el rato vemos cómo Alfredo intenta frustrar el sueño de la artista.

Ella no quiere ser lo que quiere que sea Alfredo: una mujer que solo se dedica a servir a su marido. Quiere realizarse personal y artísticamente. Quiere que la recuerden como pintora y quiere pintar, aunque sea simples flores y peces. Tras una pequeña discusión, Séfora decide dejar todo, incluso a Alfredo, para así cumplir su sueño.

Comienza entonces su época independiente, pudiendo comenzar a pintar abstracciones. Pero, cuando pinta sus ideas, pintará también a Alfredo. Quizás una parte de sus sueños vayan dirigidos a Alfredo, que podrá interrumpir sus sueños con sus descalificaciones, pero sigue formando parte de ellos.

Estamos de nuevo ante una mujer segura de sí misma y de lo que desea, pero cohibida por el amor que siente. Llega a pensar en su fracaso, pero que, si fracasa por él, no es un fracaso, sino quizás un logro.

El siguiente relato en el que vamos a analizar el personaje femenino es «Mi corazón está contigo». Ana María Navales convierte este relato en un relato epistolar, donde Virginia Woolf escribe una carta a su admiradora Ethel Smyth. Vemos cómo Ana María Navales da la palabra a su alter ego, quién muestra sus inquietudes, sus frustraciones y su pensamiento de la muerte.

Lo primero que nos llama la atención es la fecha de la carta: 12 de marzo de 1941, pues son varios días antes de la decisión de Woolf de suicidarse. Vemos cómo se siente Virginia Woolf días antes de morir, cómo ha avanzado su enfermedad y cómo se siente ante la presión de Ethel Smyth, la cual está enamorada de ella.

Woolf se muestra dolida por la actitud que ha tenido Ethel con ella, ya que ésta demuestra su amor de manera constante y obsesivamente. Virginia Woolf la quiere, pero como amiga, y no sabe cómo hacer que Ethel encaje su rechazo. La elogia, comprende las frustraciones de Ethel, pero también le recrimina su actitud, mostrando también lo que piensa negativamente sobre ella. Bien es cierto que muestra más la cara negativa de Ethel que la positiva, pero comprende que el rechazo de la sociedad hacia Ethel es masivo, que no se le ha dado el suficiente reconocimiento. Aun así, eso no

justifica los medios a los que recurre esta Ethel ficticia.³⁷ De todas maneras, Woolf admira a Ethel, diciendo lo siguiente: «Te admiraba por haber estado en prisión por defender con valentía tus causas».³⁸ Cabe destacar que Virginia Woolf retrata que su marido no está contento con la amistad de la escritora con Ethel, pues seguramente vea cómo esta relación afecta en la enfermedad de su mujer.

Estamos ante una última versión de la escritora, una versión enferma y cansada de vivir. Su vida estuvo llena de emociones, haciendo lo que más le gustaba, pero la constante insistencia de Ethel hace que Woolf se replantee muchísimas cosas sobre su amistad, y quiere acabar una vez por todas, con su propio sufrimiento y con el sufrimiento del desamor de Ethel.

Cabe destacar que, aunque Ethel no aparezca físicamente en el relato, podemos atribuirle un análisis gracias a la descripción que hace Virginia Woolf sobre ella. Estamos ante una mujer que, por la descripción que nos ofrece la escritora, está obsesionada con conseguir, sea como sea, a Virginia Woolf. Es insistente en que Woolf la quiera, no solo como amiga, sino como amante. Esto se observa en el siguiente párrafo:

Aquel aluvión de preguntas, ¿me amas?, ¿qué sientes?, ¿por qué me odias?, ¿queda algo que te atraiga de mí?, y otras que, entre lágrimas, enfrentaban tu resentimiento a la culpa que imaginabas en mí, te convertían en una anciana patética, devorada por pasiones ya imposibles.³⁹

Además, Ethel no está frustrada por el rechazo de Virginia Woolf, sino por el propio fracaso de su carrera musical, porque no se siente valorada por los demás y tampoco recibe el reconocimiento suficiente. Esto puede llegar a acentuar su obsesión por la escritora, llegando a provocar que Woolf se agobie y quiera cortar toda relación con ella.

Estamos ante dos personajes que luchan por su propio reconocimiento, pero también por el reconocimiento global de la mujer. Y, no debemos olvidar, que ambas fueron luchadoras por los derechos de la mujer, y quizás esto las uniera, pero todo se rompe por el amor obsesivo de Ethel, haciendo que Virginia se plantee su existencia y agravando su propia enfermedad.

³⁷ Recordemos que finalmente se hicieron amigas y pensamos que Ana María Navales llevó al extremo este hecho.

³⁸ Navales, *Cuentos de Bloomsbury*, ed. cit., p. 123.

³⁹ *Ibíd.*, p. 120.

Continuamos con el análisis de los personajes femeninos con el relato de «Adiós... Bernardette», en el que contamos con una de las protagonistas, Isabel, y una muchacha francesa que se encuentran los protagonistas en el transcurso de viaje, llamada Bernardette.

El viaje le sirve a Isabel para escapar de su vida, de la rutina. Gracias a él, consigue ver cosas que nunca había visto y que nunca olvidará. También vemos cómo admira el trabajo de sus hermanos, Máximo y José, quizás por ser la hermana pequeña. Tras arreglar una rueda del coche, Isabel se percató de que las manos de su hermano Máximo están manchadas y piensa que simplemente con mostrar sus manos, los dueños de la casa a la que va Máximo, conseguirá agua y un sitio para asearse. Por tanto, vemos cómo Isabel se siente orgullosa de sus hermanos, simplemente por el hecho de la suciedad de sus manos.

Se nos presenta mínimamente a Bernardette, la muchacha que estaba en la casa a la que van los hermanos para conseguir agua. Podemos pensar que todavía es una niña, por el simple hecho de que se ríe tontamente cuando José baja de un salto del alfeizar de la ventana. Y también por lo que dice José: «Esa chica —decía José en el coche— tenía cara de virgencita».⁴⁰ Además, consigue en esos pocos minutos, encandilar a todos los hermanos, pues Isabel piensa esto sobre ella:

La vio todavía en la puerta de su casa, junto a la anciana, y el contraste le hizo creer que aún era más niña. Para ella, la rápida visita habría sido un incidente que le había permitido conocer a otras personas... Lo habitual se convertía para la francesita en aventura. Viviría unos días soñando en la casa, junto a la carretera. Quizá le pediría a la abuela que no le contase más cuentos de niña, o tal vez... sí.⁴¹

Con esto, vemos que Bernardette puede que consiga con el encuentro un cambio en su vida, el de niña a mujer, pero también viviendo sus propias aventuras, quizás con más encuentros casuales como el que ha ocurrido con los hermanos.

A continuación, hablaremos del cuento titulado «El retrato de Lady Wyndham», publicado en *Cuentos de Bloomsbury*, en 1991. Es un cuento bastante importante, porque se ha realizado una traducción al francés, llevada a cabo por Isabelle Lemire.

Este relato cuenta cómo Mark crea a su personaje Eleanor Wyndham. Aunque, en un primer momento pensemos que el protagonista es Mark, vemos cómo Lady Wyndham se convierte poco a poco en la protagonista. Además, debemos pensar cómo

⁴⁰ Navales, *Cuentos y relatos*, ed. cit., p. 27.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 27.

es Eleanor Wyndham por las descripciones que hace el propio Mark. Se la describe como una mujer hermosa, de origen noble, que ha vivido con todos los lujos que podamos imaginar: de pequeña, recorría el Sherwood Forest a lomos de su poney blanco y, cuando creció, cuidaba los crisantemos amarillos de su casa en Londres o los jardines que un lord consorte había adquirido para ella.

También vemos que es gentil y se preocupa por los que no han podido recibir una educación adecuada, debido a que les explicaba la Biblia a los granjeros o enseña a leer y escribir a los gitanos.

Después el relato funde en dos a lady Wyndham y a lady Equis, que podemos pensar que es la esposa de Mark, que está celosa de lo que su marido ha sido capaz de escribir, ya que parece que Mark se está enamorando de su propio personaje. Se la describe como una mujer envidiosa y celosa. Pero, cabe destacar que el final nos deja un poco confusos por el siguiente hecho:

Lady Equis se retiró a su gabinete privado y se sumergió en la lectura del Kempis. Al año siguiente, cuando se publicó la novela de Mark y empezó a leerla ávidamente, comprobó con sorpresa que el retrato de lady Wyndham había sido sustituido por una carta de amor.⁴²

¿Mark escribió una carta de amor a su esposa o a lady Wyndham? Ahora podemos afirmar que ambas se funden en una, pero que Mark ama lo que ha creado, y por eso, en vez de ser un retrato, se ha convertido en una bellísima carta de amor, y, quizás, en un pequeño homenaje a su mujer.

Por último, analizaremos las protagonistas que aparecen en los relatos «La ninfa errante» y «La niña frente al mar». Son relatos cortos, casi podríamos considerarlos microrrelatos, pero tienen bastante relevancia, porque podemos ver otra visión de cómo Ana María Navales quiere retratar al personaje femenino. No obstante, mantienen ciertas características que ya hemos visto anteriormente.

Por una parte, tenemos el relato de «La niña frente al mar», en el que la protagonista es una niña que realiza un viaje para poder ver el mar y, además, es lo que más desea en el mundo. Es una niña bastante curiosa, porque realiza varias preguntas seguidas a su madre. Se la describe de la siguiente manera: «No había manera de llevar una conversación normal con la chiquilla; a todo le daba cien vueltas y buscaba una

⁴² Navales, *Cuentos de Bloomsbury*, ed. cit., p. 19.

explicación hasta agotar el tema o una cadena de porqués». ⁴³ Es decir, es una niña normal y corriente, porque es común que los niños realicen todo tipo de preguntas. Quiere conocer todo acerca del mar, porque su sueño desde siempre era ver el mar.

Después, vemos cómo desprecia al mar, dándole la espalda, porque se entretiene con unos cangrejos, incluso parece que los cangrejos y la niña juegan. Más tarde, aparecen unos niños y jugará con ellos, olvidándose por completo de su sueño máspreciado hasta la fecha. Este comportamiento también es normal en los niños, porque de repente desean fervientemente una cosa y al minuto quieren otra. El último párrafo dice así:

La niña se olvidó del mar metida de lleno en sus juegos; el nerviosismo y la impresión del primer momento habían desaparecido. La pequeña tendría unas vacaciones felices, frente al mar, desconocido hasta entonces, y con aquellos amiguitos que tampoco antes había visto. ⁴⁴

Aunque sea un relato corto, podemos vislumbrar ciertas características que Ana María Navales quería adjudicar a sus personajes femeninos. Estamos ante una niña, por tanto, no ha desarrollado completamente su personalidad, tal y como lo puede hacer una mujer ya adulta. Pero, la insistencia de la niña es notable y su anhelo por ver el mar es innegable. Recordamos que al fin y al cabo es una niña y es normal que finalmente se olvide de su sueño de ver el mar. Quizás se esperaba otra cosa o quizás el mar le asustó, pero estamos ante una niña que cree en sus sueños, aunque estos sean efímeros.

Para terminar el análisis, pasaremos a ver el personaje femenino protagonista de «La ninfa errante». Ana María Navales se acerca con este relato a la mitología, otorgándole a su personaje ese aspecto de ninfa. Es un relato bastante importante, dado que aparece en varias colecciones de la autora y en dos antologías.

Se nos presenta una versión de la historia de la ninfa Salmacis, ⁴⁵ que parece que está esperando a su amado, a las orillas del mar. A lo largo del relato, se nos cuenta todas las cosas que ha vivido y las que le quedarán por vivir.

Nos volvemos a topar con el deseo de la muerte, porque la ninfa no quiere vivir más, porque ella piensa que ha vivido suficiente y no quiere esperar más a su amado. Cuando se le niega la muerte, se le recomienda que cambie de forma, y que viva siendo

⁴³ Navales, *Cuentos y relatos*, ed. cit., p. 50.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 51.

⁴⁵ Salmacis, en la mitología griega, era una ninfa que amaba a Hermafrodito. Un día, se abrazó a él y rogó a los dioses para que no los separaran nunca, y fundieron los dos cuerpos en uno.

hombre, pues la visión de la vida cambiará para ella. Finalmente, la ninfa morirá cuando su amado regrese a tierra.

Estamos ante un personaje deprimido con su vida, quizás a causa del abandono de su amante. Aunque quiera morir, ella no deja de vivir todo lo que va sucediendo a lo largo de las épocas. Está deseosa de la muerte, como en otros personajes que hemos visto, pero al negársele, tiene que vivir, aunque sea con resignación. De todas maneras, consigue su deseo, que es la muerte, porque ha vivido todo lo que se puede esperar, aunque fuera creada para la tarea de cambiar de forma y vivir lo máximo posible todas las épocas de la historia.

3.3. CONCLUSIONES DEL ANÁLISIS

Este análisis de los personajes femeninos en nueve relatos de Ana María Navales, lleva a que planteemos varias conclusiones. La autora quiere que sus personajes sean reflejo de lo que ella siente, de lo que ella ha deseado fervientemente toda su vida. Estamos ante una escritora que quiere que sus personajes sean fuertes, imbatibles a la hora de conseguir sus más profundos deseos.

Son mujeres fuertes, con ambiciones de convertirse en algo más allá de lo que está estrictamente establecido: quieren ocuparse de los trabajos que se pensaban que eran de hombres. Además, cabe destacar que a lo que se quieren dedicar son trabajos relacionados con el mundo del arte. Por ejemplo, María Sinués quiere ser escritora, Séfora quiere ser pintora, etc.

Al margen de esto, son mujeres que quieren que se les reconozca en el mundo, no quieren ser mujeres de a pie. Quieren que sus ideas trastocuen el mundo, quieren transformar el mundo al que están acostumbradas a vivir. Pero, de todas maneras, hay personajes que están anclados al pasado y no quieren salir de esa zona de confort, como es el caso de la Gálvez o de Bernardette, que actúa de la manera que cabe esperar de una muchacha.

Algunos de estos personajes están obsesionados con la muerte, no solo lo que acarrea esta, sino de qué hay más allá. Es el caso de Virginia Woolf o de la protagonista de «La ninfa errante». Hemos visto cómo en varios relatos se toca el tema trascendente de la muerte y no llegamos a una respuesta clara de porqué algunos personajes femeninos tienen dicha obsesión con la muerte.

En definitiva, son mujeres fuertes e independientes, a su manera. Porque, al fin y al cabo, a veces, no son capaces de vivir al máximo si no hay un hombre detrás que las impulse a ello. Pero, no cabe la mayor duda de que Ana María Navales quiere transformar el mundo con estos personajes, al igual que estos personajes quieren transformar el mundo con sus acciones.

4. CONCLUSIÓN Y REFLEXIÓN PERSONAL

A modo de conclusión y para cerrar este Trabajo Fin de Grado, podemos decir que estudiar la figura de Ana María Navales ha supuesto un reto, ya sea por la falta de bibliografía o porque no hay muchos datos biográficos sobre la autora. Estamos ante una autora de armas tomar, que no se rindió a la hora de conseguir todas sus metas, y, como hemos dicho anteriormente, de transformar el mundo con las letras y con sus escritos. Su estudio sobre Virginia Woolf y su capacidad de crear mundos en el que la escritora inglesa es la protagonista es bastante interesante, porque le dio voz a aquello que Woolf no fue capaz de hacer, como hemos visto en «Mi corazón está contigo» o en «Regreso a Monk's House».

No solo está Virginia Woolf, sino que el resto de personajes femeninos sirven de inspiración a lectores y lectoras, para que se cambie el pensamiento acerca de la mujer. De que somos capaces de conseguir todo aquello que nos proponemos.

Realizar este Trabajo Fin de Grado sobre esta autora también ha supuesto un orgullo para mí, ya sea por el tema que se ha tratado, como estudiar una autora aragonesa, que no es lo que típicamente se suele hacer. Ana María Navales es fantástica y capaz de conseguir que el mundo se transforme y que la balanza se equilibre hacia los más débiles. Sus cuentos y relatos, al igual que el resto de sus escritos, son magníficos, con una tonalidad fuera de lo común. Estamos ante una de las mayores escritoras aragonesas del siglo XX y XXI, por ello, y como ella hizo con sus personajes, hemos querido darle voz a lo que ella quería y por lo que ella luchaba.

5. BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON IMBERT, Enrique, *Teoría y técnica del cuento*, Barcelona, Ariel, 1979.

BAQUERO ESCUDERO, Ana Luisa, *El cuento en la historia literaria: la difícil autonomía de un género*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2011 (Biblioteca de Escrituras Profanas, 29).

CARABANTES, Isabel, «La forja de una escritura rebelde: sus relatos», *Turia: Revista cultural*, 108 (2013), pp. 161-169.

DÍAZ NAVARRO, Epicteto, y José Ramón González, *El cuento español en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 2002.

FRÖHLICHER, Peter, y Georges Güntert, *Teoría e interpretación del cuento*, Bern [etc.], Peter Lang S.A., 1995 (Perspectivas Hispánicas).

GÁMEZ FUENTES, María José, «La subjetividad femenina en *Tres mujeres* de Ana María Navales», *Letras femeninas*, 25 (1999), pp. 185-198.

NAVALES, Ana María, *Cuentos y relatos*, Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Prensas de la Universidad de Zaragoza-Instituto de Estudios Turolenses, colec. Larumbe. Textos aragoneses, 2014.

—, *Cuentos de Bloomsbury*, Madrid, Calambur, 2003.

—, *El final de una pasión*, Madrid, Bartbely, 2012.

—, *Tres mujeres*, Murcia, Huerga y Fierro, 1995.

—, *Zacarías, rey*, Huelva, Diputación Provincial de Huelva, 1992.

PÉREZ LASHERAS, Antonio, *Poesía aragonesa contemporánea (Antología consultada)*, Zaragoza, Mira editores, 1996.

ANEXO I: CUENTOS Y RELATOS ANALIZADOS

La dama escritora⁴⁶

El griterío de la calle le había despertado. Al principio tuvo la sensación de que abría los ojos dentro de su sueño y nada de lo que veía era real: la cama de caoba con dosel, los cortinajes de seda recogidos a los lados con palomas de alabastro, los viejos muebles, los espejos grises y sin brillo. Volvió a cerrar y a abrir los ojos. Era como si alguien tirase de ella hacia otra época, hacia un mundo desconocido y oscuro.

Lo único que recordaba de la casa era el salón vestido de raso verde, con sus sillones de flecos y borlas de plata, las mesas de té, la sillería de nogal tallado y las ventanas cubiertas de yedra que nacía de grandes macetas de loza colocadas en los antepechos. Aquellas ventanas con sus gruesas cortinas que se cerraban en el interior para un mayor aislamiento, como si la luz estuviese prohibida y también el vocerío de la calle a la que sólo, muy temprano, se abrían para renovar el aire, antes de que los vendedores ambulantes pregonaran su mercancía, fósforos y calendarios, café, librillos de papel de Alcoy, agua y panales, luchando porque sus voces no se apagaran al paso de los carruajes, carretas y recuas que transportaban víveres y carbón, galeras y diligencias que se dirigían a los Reales Sitios y a otras poblaciones cercanas.

Ahora lo que oía eran los cláxones de los coches y el acordeón eléctrico de un hombre que había dejado el estuche de su instrumento abierto sobre la calzada para que la gente, al pasar, se lo fuese llenando de monedas. Miró hacia el reloj sin saetas sobre la chimenea de la alcoba y buscó el suyo en la mesita, junto a la jarra de agua. Ya en mediodía. Le dolía la cabeza y tenía la boca seca.

La noche anterior había estado bebiendo demasiado, mano a mano con la Gálvez, la anciana sirvienta que durante años había vivido sola en aquel caserón, paseando como un fantasma de luto por sus salones, contagiándose de su ambiente recargado y algo siniestro, encorvada, pálida, con su abundante cabellera blanca que parecía retener todos los inviernos. La Gálvez, silenciosa, le había acompañado en su desesperado deseo de olvidar; bebía agua, acaso teñida débilmente con unas gotas de jarabe de fresa, chocando el vaso con el suyo de whisky, y eran de agradecer su silencio y su compañía, su manera de quedarse junto a ella, incansable y plazeramente. La Gálvez, que no sabía leer, había escuchado atenta aquel mensaje que la joven señora leía y releía entre lágrimas y extrañas carcajadas, moviendo la cabeza de un lado a otro con gesto grave, preguntándose si eran necesarias tantas palabras para decir adiós o hasta nunca.

Abrió las ventanas, y el sol, la música y el ruido de las calles invadieron la estancia y se apoderaron del polvo, del frío y la oscuridad que sugerían la ruina de una vida anterior que aún latía en el viejo palacio, envuelta en una vaga niebla de misterio; la vida de alguno de sus antepasados que ella podía descubrir como si iniciase un juego, sin más reglas que dejar caer la imaginación por la pendiente de la nostalgia.

⁴⁶ Publicado en el volumen *Zacarías, rey*, 1992, pp.9-21 y en *Tres mujeres*, 1994, pp. 55-79.

La idea de encerrarse en aquel refugio heredado, lejos de su ciudad, de las personas y los objetos que habitualmente la rodeaban, con el único fin de resignarse al abandono del marido, le pareció entonces estúpida y desmesurada. Cualquiera con más sentido común hubiese cogido las maletas y, olvidándose de que ahora tenía que enfrentarse a la vida con poco dinero, y residir allí era la solución más cómoda de todas las que se le habían ocurrido hasta el momento, había salido huyendo del destartado palacio. Pero María Sinués pensaba que la costumbre suaviza las primeras impresiones y, por otra parte, confiaba aún en descubrir algún atractivo oculto entre aquellas antiguallas.

Entró en el gabinete de baño y se dirigió al tocador, en una de cuyas paredes había un espejo de cuerpo entero, velado y con marco de flores recortadas en nácar. Abrió el armario de bronce y no pudo ocultar su sorpresa al verlo lleno de amarillentos trajes, que descolgó y fue repartiendo sin orden por las otomanas. Vestidos de moaré, de encaje, de seda blanca, pañolones de merino y mantillas de raso, sombreros y cofias de terciopelo..., todo quedó esparcido por la habitación como si alguien hubiese intentado desvalijar el armario. Después, con un impulso nervioso, María Sinués cruzó deprisa hacia la alcoba, se detuvo frente a las ventanas y empezó a contar los hombres con gabardina y las mujeres con traje sastre que pasaban por la calle. Cuando llegó a la docena comenzó a vestirse con un pantalón y un jersey de cuello alto. En sus idas y venidas tropezó con el mensaje de Enrique que la noche anterior había tirado al suelo hecho una bola de papel, estrujado como si quisiera ahogar al hombre que lo había escrito. Desarrugó la hoja y volvió a leer por última vez su corta y agresiva despedida. Es un loco y un vanidoso, pensó María Sinués mientras rompía el papel.

Le pareció oír un crujido leve, que se hizo después un poco más fuerte y cercano, pasos quizá sobre el viejo suelo de madera. Un gato, la Gálvez, nadie. Podía ser que sólo ella oyese el confuso ruido de las tablas, como si involuntariamente quisiera que se moviesen, hacerlas despertar. Pisó fuerte, saltó, y no volvió a oírse el crujido de la madera.

La Gálvez estaba ordenando el tocador. Había colgado los vestidos y trataba de quitar el polvo almacenado sobre una multitud de objetos que cubrían el tablero de la mesa. Pasaba el plumero con parsimonia por los joyeros de laca y los cofres de madera de sándalo, estuches de piel de Rusia que seguramente contenían cintas, lazos y flores, frascos con tapones de nácar, cajas que su abuela o bisabuela se habrían entretenido en fabricar forrando cartones con telas de terciopelo. Toda una dinastía de mujeres de la familia habían trabajado con las agujas o el ganchillo, incluida su madre, pero de la bisabuela se contaba que había decorado con sus manos una habitación completa que luego usó como tocador. Cortinas, tapicería de las sillas y el sofá, cojines, alfombras... Bien podría ser aquella la habitación en la que había enterrado tanto tiempo.

María Sinués iba a preguntarle a la Gálvez si aquel era el primitivo rocadador, el que la bisabuela había vestido de pies a cabeza, cuando observó que la sirvienta se había puesto un raro uniforme, un vestido de alepín gris, con el cuello y los puños

de encaje, al que medio ocultaba un delantal de seda negro. El pelo se lo había recogido bajo una papalina blanca.

—¿De qué te has disfrazado, Gálvez? —preguntó sonriente—. No me digas que mi madre, te obligaba a vestir así.

—No. Fue la anciana señora la que eligió mi uniforme ¿Qué tiene de malo? —dijo la criada mirándose en el espejo del armario. Y luego, como si se justificase:

—Qué quiere, señorita, una ya es muy vieja.

—Ni que estuviéramos en carnaval...

—¡Ay!, si fuera carnaval yo no me perdería el baile de la Zarzuela.

—No digas tonterías, tú te has perdido ya todos los bailes... Perdona, Gálvez, no quiero decir que estés fuera del mundo.

—Pero si no me ofende —dijo mirándola ahora mansamente—, la señorita tiene razón.

La Gálvez era de naturaleza dócil, completamente incapaz de resentimiento. Cuando, cada vez más de tarde en tarde, aparecía por la casa alguno de sus dueños, se desvivía por complacerle. Estaba agradecida a la familia que, durante toda su vida, le había permitido cobijarse en aquel palacio en el que más que criada se sentía dueña y donde, aunque resultase bastante extraño, nunca había estado sola. Ellos podían dudarle y quizá compadecerla por vivir allí oscuramente, con tanto trabajo por hacer, aislada, sin hablar con nadie. Se equivocaban.

Al cruzar por la casa, la Gálvez oía el latido de las personas que, en otro tiempo, la habían habitado, sus conversaciones cuando se sentaban a la mesa, o formaban tertulias, o cuando las señoras se preparaban para dar largos paseos hasta el Prado o las alamedas de la Fuente Castellana y discutían sobre el vestido que iban a ponerse. Era importante poseer ese toque de elegancia que imponía usar el traje más conveniente. No confundir el vestido de mañana con el de visita, el de paseo con el de las reuniones de confianza en la casa o con el que debían llevar para ir al teatro.

Sí, la Gálvez oía las voces de los que, en la sobremesa, jugaban a la aduana o a la lotería, el ruido de los dados, los cartones, el roce de los naipes sobre el tapete del mus, el golfo y las nueve y media. Oía las vibraciones de las paredes, su queja silenciosa al recibir las palabras como proyectiles que no podían desviar, que les llegaban de frente, de perfil, por todos los lados, arañando su piel, traspasando sus vestidos. ¿Quién si no ella se había dado cuenta de que aquellas pobres paredes llevaban más de un siglo heridas, sucias, incómodas, sin cambiarse de ropa, acariciadas sólo por la humedad y el polvo, molestas por el tapizado ruinoso? Muros que murmuraban todo el día, como un eco apagado, sobre su desgracia. Sí, ella sabía muy bien lo difícil que podía resultar allí la vida si no se oían las voces. Y aunque quería agrandar a la joven señora, no iba a permitir que le hiciese cambiar sus costumbres, que le quitase su uniforme.

A María Sinués le pareció ver una expresión extraviada en los ojos de la Gálvez y dejó para mejor ocasión comunicarle alguno de los cambios que deseaba

establecer en la casa, clausurar gran parte de las habitaciones y convertir las más próximas a la cocina y el gabinete de baño en un pequeño apartamento, un espacio habitable dotado de una atmósfera propia, que se pudiera mantener limpio con poco trabajo. No quería polvo ni penumbras. Ventanas abiertas, luz, sol contra la humedad.

Recorrió llena de curiosidad la casa, una larga serie de habitaciones a las que daban acceso altas puertas de madera invadidas por la carcoma, algunas de ellas coronadas por deslustrados escudos de armas o iniciales entrelazadas entre arabescos maltrechos que, algún día, habían formado cenefas continuas sobre el tapizado de las paredes. Se detuvo en el comedor y contemplo las pinturas agrietadas del techo, los chineros de nogal en las cuatro esquinas, y la gran mesa redonda en el centro sobre la que descansaba una jaula vacía de marfil calado. A uno y otro lado de la habitación, cuadros oscuros con enormes pescados, gallos, pavos y frutas, con marcos demasiado ostentosos para la escasa calidad de los lienzos. La estancia era excesivamente grande para su propósito. Cruzó el salón particular, el de visitas, el cuarto de estudio y labor, la salita de recreo, las antecámaras y un corredor con sillas de alto respaldo adosadas a la pared. Comprobó que todas las habitaciones tenían chimenea.

Al entrar en la última de las salas, tapizada de raso azul con dibujos de flores, le sacudió un ligero estremecimiento. No sólo recordaba las mesitas de pórfido y concha, con las copas de plata para quemar perfumes, los grandes sillones, las estatuillas sobre las columnas egipcias, y el biombo que ocultaba el piano, y que solía plegarse durante las veladas musicales, o en las reuniones de confianza, si alguna dama insistía en que la abuela tocase alguna pieza y ella accedía, más para satisfacer su vanidad que para complacer a la amiga. No, no era el salón verde lo único que recordaba de la casa. Al recorrerla ahora, como si pasease por otro mundo, en un tiempo muy distinto al suyo, sintió que aquella decoración decadente, suntuosa y desolada, le era demasiado familiar y que algo indefinido y extraño parecía unirle a una realidad escondida, a otra vida que latía entre objetos aún valiosos, entre sedas y encajes que la protegían del mundo dejándola fuera de su alcance. Y ya dudaba de si los recuerdos eran suyos o recuerdos de recuerdos transmitidos por su madre, de si había visto alguna vez cada una de las cosas que reconocía o si solamente las había imaginado.

Dio media vuelta y vio a la Gálvez que seguía sus pasos en silencio. Se excusó la anciana, sorprendida en su curiosa vigilancia, pero María Sinués pareció no advertirlo mientras le comunicaba la posibilidad de convertir en estudio la sala de raso azul, después de arrancar la tela de las paredes y de pintarla y amueblarla con un aire más moderno. Quizá eso bastaría en principio, disponer de un cuarto propio, y no sería demasiado costoso. Había tenido la idea de transformar parte del piso en un pequeño apartamento, renunciando al resto de las habitaciones, pero habría que hacer obras y no se encontraba con ánimos para afrontarlas.

La Gálvez, sin atender sus palabras, anunció con frialdad:

—Aquí encontré muerta a la anciana señora.

Resultaba desconcertante la vaguedad con que aludía al pasado. Que ella supiera, la abuela había muerto un verano en su casa de San Sebastián. Iba a preguntarle a la Gálvez, pero se detuvo... No sabía si con lo de la anciana señora se refería a su abuela o a aquella dama contradictoria y extravagante, con aires de grandeza, que compró el palacio en una subasta para vivir allí como una reina, cuando el viejo edificio aún estaba en casi todo su esplendor. La abuela apenas la conoció, pero, durante mucho tiempo, aquella mosquita muerta, como ella decía, había zumbado insistentemente sobre el aburrimiento de la familia, inclinada a las murmuraciones, dando interés a más de una tertulia cuando se cansaban de jugar a la canasta o hacía un tiempo tan espantoso que ni en coche apetecía ir a ninguna parte.

—¿Cuántos años tienes, Gálvez?

—Todos, señorita —murmuró esforzándose por sonreír.

—Déjalo, no debí hacerte esa pregunta —dijo acercándose a la ventana.

La habitación daba a un patio interior de tierra árida. Ni una sola flor, ni un árbol donde antes hubo abetos y tilos, tomillo y reseda, violetas y rosas. Ni sombra del jardín con el que contaba para contrarrestar la asfixia de aquel espacio cerrado en el que tantas horas tendría que pasar frente a su escritorio si llevaba adelante sus proyectos.

—¿Qué ha sido del jardín?

—Hacía falta un hombre para cuidarlo y ya ve que no hay servicio —dijo fríamente.

Y se sintió en la obligación de añadir:

—Si la señorita quiere, pondremos maceras, como antes.

Otra vez la mujer se refería a un pasado impreciso. Y ella volvía a tener la sensación de que el tiempo era como un tapiz muy viejo con escenas de caza y tan agujereado por el olvido que no era posible reconstruir el dibujo, las escopetas, los caballos, los perros... Quizá la Gálvez, idiotizada por la vejez, demente por su prolongada soledad, veía claramente el dibujo, la otra cara de la vida. *Parecía que flotaba entre palacios y sombras como un espíritu que no produce inquietud.*

María Sinués preguntó bruscamente:

—Gálvez, ¿había estado yo alguna vez en esta casa?

La criada negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—Entonces, ¿cómo me reconociste?

—Por la fotografía —contestó señalando el cuadro que colgaba sobre la chimenea.

María Sinués salió de la habitación sin darle tiempo a añadir nada más. Crujió la madera y no tardó en advertir que la Gálvez le seguía.

—No camines como una idiota detrás de mí —protestó agriamente.

Y se alejó por uno de los salones del palacio silencioso y sombrío.

La Gálvez madrugaba mucho y tenía la costumbre de acostarse después de comer. Hablaba entonces medio en sueños, a ratos de un modo ininteligible. María Sinués solía espiar estos descansos porque el discurso disparatado de la Gálvez, real o aparentemente dormida, le servía para reconstruir la brumosa historia de tres generaciones de su familia. Y no era fácil descifrar su enmarañado monólogo, no sólo lo que la Gálvez había querido decir sino lo que ocultaba. María Sinués trataba de suplir las lagunas de aquel dislocado parlamento, pero siempre quedaban cosas que no podía comprender. La Gálvez gesticulaba y se reía durante esos soliloquios en los que también iba contando su propia vida. Viéndola así, en el lecho, parecía que estaba enferma de recuerdos.⁴⁷

De este modo supo María Sinués que la sirvienta era viuda de un soldado muerto de pulmonía nerviosa, y no en acción de guerra fuera de su patria, como dijo al entrar al servicio de la casa. La Gálvez no había estado ni un año casada y aquello debió de ser hacía siglos, a juzgar por los comentarios sobre sus noches de amor, breves y agitadas, en las que ella fingía dormir mientras el encendido soldado buscaba con ansia el ojal marital de su áspera camisa. También supo que la Gálvez escondía un joyero de raso, con un cordón dorado alrededor de la tapa, donde guardaba una boquilla de ámbar que perteneció a la condesa de Valmaseda, un recogedor de lágrimas, algunos botones de perlas, monedas de oro, ahorradas de la pensión para alfileres que se le señaló al entrar en la casa, un reloj esmaltado y guarnecido de ópalos y rubíes, un abanico con varillaje de plata, y cartas, muchas cartas, que para ella valían más que todo aquel tesoro.

A veces tenía la impresión de que la Gálvez se tendía en la cama como si fuese el sofá de un psiquiatra, igual que había visto en alguna de aquellas viejas películas norteamericanas que, con cierta frecuencia, reponían en la televisión. Sólo que ella no hacía el papel de doctor sino de espectadora impasible, incapacitada para dirigir los desórdenes mentales de la Gálvez y extraer alguna conclusión acerca de la cual pudiera estar medianamente segura. La criada mezclaba nombres y situaciones difíciles de relacionar, Watea, Luisa La Vallière, amante de Luis XIV; Puig Molió, favorito de la reina; Zoé, la bailarina francesa; la noche de San Daniel; Rizzi; los piratas de las islas Balanguingui; los filibusteros americanos que desembarcaron en Cuba al mando de Narciso López, condenado a muerte; el duque de Morella; el rey Abam de la Cochinchina..., y no sabía qué le irritaba más, si aquel olor a naftalina y alcanfor que, en ocasiones, parecía desprenderse de la Gálvez o las extravagancias hazañas que le sugerían algunos nombres que ella lanzaba al vacío y que hubieran podido ser héroes de historietas de aventuras, protagonistas de novelas de acción que la Gálvez, en su pertinaz analfabetismo, nunca había leído.

Algunas tardes, después de haber reposado un rato sin que se le hubiese oído ni una palabra, la vieja criada se levantaba con gesto duro, el entrecejo fruncido, y no

⁴⁷ Con este párrafo da comienzo el relato titulado "La Gálvez" que vio la luz en la revista *Rolde*, octubre-diciembre 1983, pp. 12-13.

se sabía si le dolía la cabeza o se había enfadado con su memoria. María Sinués, acostumbrada ya a sus parlamentos, se sentía contrariada los días en que la Gálvez permanecía muda. Creía entonces que la mujer hablaba impulsada por una fuerza oscura, al dictado de alguien que no siempre se presentaba a la hora conveniente. Pero, también pensaba que aquellos monólogos podían ser un truco de la sirvienta para que estuviese pendiente de ella, y hacerle creer que era muy importante, un documento vivo de la historia de su familia, que sabía muchas cosas y que, por muy vieja que fuera, no podría encerrarla bajo llave o en algún asilo porque más que una mala acción aquello sería un tremendo error.

La Gálvez se defendía de su miedo, y sus silencios eran para María Sinués una especie de castigo, un asalto al sistema de vida que se había impuesto, jornadas llenas de trampas, de pequeñas cosas por hacer que se sucedían según el horario previsto, sin más objeto que mantenerse ocupada para olvidar sus problemas. Si la criada se resistía a hablar, quedaba un espacio en blanco en aquella serie de actividades inútiles, y aparecía la angustia. Agonizaba, porque en toda la casa, desde su escritorio de ébano a la cama con vaporosas colgaduras que velaban su soledad, no había una presencia real a su lado, o, lo que era particularmente horrible si pensaba en Enrique, tan lejos, al parecer, tan feliz de no verla ni tener noticias de ella.

La Gálvez, muda, parecía más viva en su silencio, con el asombro de verse entera, traicionando a la muerte. Entonces, María Sinués se entretenía hojeando viejos libros o se encerraba en el tocador, a la espera aún de oírla, iluminando artificialmente su rostro. Debajo de cada ceja brillaba una media luna verde, en los pómulos destacaban dos círculos rojizos, y volvía a pintarse los labios y era como si aquello formase parte de la magia amorosa. Hundir el pulgar en aceite sagrado, dar tres vueltas alrededor de la verbena antes de arrancarla y machacarla en el almirez, sacrificar un gallo negro a los poderes infernales, o mirar con malicia a la luna hasta oscurecerla.

Y escribía con el dedo el nombre de Enrique en el espejo, mientras recordaba sus primeros engaños y sus confesiones, arrepentido. «Tuve una experiencia con Mercedes (él le llamaba a todo experiencia) en los lavabos de una cafetería. A ella no le importó lo de mis manos. Tú ya sabes, empiezan a moverse húmedas de ansiedad, y cuando se es consciente de ello, llegan a estar tan mojadas que se pegan como ventosas a la piel que quisieran recorrer, se paralizan, y el deseo se agarrota ante la imposibilidad de seguir adelante». ¿Por qué esos recuerdos? Era increíble. Cuando se separaron, por primera vez desde hacía muchos años, se sintió fuerte, cálida, alegre. Respiró hondo, como si estuviese en un pinar una mañana brillante de primavera. Pero, en seguida llegó el otoño con sus ocres y grises y sus hojas caídas.

Lo que le extrañaba de la Gálvez, aún más que la imprevisible alternancia de sus disparatadas charlas y silencios, era el exacto conocimiento que demostraba de su vida, sin causa que lo justificase. En sus desiguales monólogos, se refería con frecuencia a ella, María Sinués, contando hechos y situaciones que rememoraba al oírla y que no tenía más remedio que admitir. Se adelantaba al futuro y le contaba

incluso el final de la historia, de su huida hacia una libertad lejana, después de haber transitado torpemente por caminos cerrados. Un final terrible.

La Gálvez le devolvía su imagen con todos sus rostros y máscaras, desde el cuadro limpio y restaurado de su niñez hasta su muerte solitaria. Y hablaba como si fuera capaz de dirigir serenamente y sin error su marcha imparable hacia un destino trágico que conocía de antemano. María Sinués se sentía entonces la sombra de alguien que acudía a su encuentro.

Aquella extraña mujer también le entregaba sus juegos. El grillo que encerró de niña en una jaula, el gato de angora, sus flores secas entre las hojas de un devocionario, el caracol que salía de su concha para ver el mundo, estirándose lentamente, como si quisiera mostrarse desnudo a la luz del sol. La perdiz para la que desmigajaba el pan que luego le robaban las hormigas. Las moscas. La humedad de su cuarto con el suelo de yeso resquebrajado. Una pobreza que no parecía suya y que, sin embargo, alguna vez había vivido.

Y se dejaba llevar por oscuros pasadizos, galerías subterráneas y salas vacías y, entre polvo y telarañas, algo le hacía retroceder en el tiempo hasta verse sentada en uno de aquellos canapés junto a un elegante velador de palo rosa, vestida igual que la mujer del cuadro, traje malva con grandes lazos de terciopelo negro y hebillas de azabache, allí, mirando como ella, respirando con ella. La sirvienta insistía en que eran iguales, dos gotas de agua, bastaba con que se esforzase en imitar su sonrisa y el peinado, recogerse el pelo con unas trenzas a modo de diadema, para adquirir su expresión inocente y recatada. La veía ya acostumbrada a vivir en aquel mundo de pergaminos y blasones, recluida con sus libros, estatuas y lienzos, en el decoro aristocrático de su estirpe.

María Sinués no podía borrar de su rostro la sonrisa burlona al acercarse al insulso gesto de la dama que la Gálvez le proponía como modelo, aquella antepasada suya que aparecía en los discursos de la vieja criada como la escritora más popular de su tiempo. Escribir, a eso tenía que dedicarse, le animaba la Gálvez. Piedra a piedra se construyen las casas, palabra a palabra se hacen los libros. Debía de ser como bordar en un cañamazo sin dibujo, cuestión sólo de cierta habilidad y mucha paciencia.⁴⁸

—No he bordado ni una flor ni una inicial en mi vida. Y no pienso hacerlo ahora —protestó María Sinués, horrorizada ante la idea de iniciar cualquier trabajo.

—Pero si lo que yo trataba de decir...

—No insistas. Es inútil. Gálvez. No habrá ni primera piedra ni primera palabra. ¿Por qué te empeñas? —preguntó nerviosa, y volvió la espalda sin esperar ninguna respuesta.

La Gálvez hubiera querido convencerla de que le estaba proponiendo algo necesario y muy sencillo. Alguien tenía que contar la historia de la anciana señora que se encerró en aquel viejo palacio para calmar su desasosiego y combatir el aburrimiento de otras mujeres con dulces historias de amor, donde la resignación y

⁴⁸ Aquí termina el relato publicado en la revista *Rolde*.

la virtud triunfaban sobre el placer y la fugacidad de los amoríos galantes. Una vida perdida en tan noble y difícil empeño exigía una revancha.

La criada hubiera escrito esa historia si alguien le hubiese enseñado lo justo, a reconocer las palabras que dibujan cada objeto y cada pensamiento, a aprisionar los sonidos en la escritura. Si pudiera dar nombre a las letras y reunir las para que fijasen exactamente sus ideas, ya haría tiempo que hubiese llenado de vida, para devolvérsela a su señora, aquellas hojas de papel en blanco que amarilleaban en los cajones de su antiguo escritorio. Allí estarían también los libros que había amado y que, de vez en cuando, aún le leía. Porque ella la seguía oyendo en cada rincón de la casa, cuando le hablaba con el cariño con que nadie lo había hecho, o le leía en alta voz algún párrafo de sus novelas y leyendas.

Así había aprendido muchas palabras extrañas que sólo su memoria guardaba, sin que fuera capaz de entregárselas a nadie, una después de otra, encuadernadas en piel y plata para que no se perdieran. Y le oyó otra vez leer a Jules Janin y un trozo de aquella Carta a una danza de Silvio Pellico, «escucha, Gálvez, cuánta belleza», y sus ojos se llenaron de lágrimas, y se quedó en silencio, y un ejército de criados, carruajes y caballos la siguieron a todas partes, como si ella fuese un personaje de sus historias, aquellas novelas que escribía para consuelo de las mujeres de su época. Y la Gálvez era entonces una dama elegante, un alma enferma, el ángel de los tristes, la amiga íntima que leía, a la luz de la lámpara en las veladas de invierno, cuentos de color de cielo' verdades dulces y amargas, dramas de familia pan hijas, esposas y madres que vivían entre bastidores su inconforme docilidad. La Gálvez era, entonces, su señora y su espíritu quedaba traspasado por su palabra.

La Gálvez había aprendido a no hacerse notar en la casa y, a veces, durante días, o incluso semanas, María Sinués tenía la sensación de vivir sola, de que la criada, sin previo aviso, la había abandonado. No se tropezaba con ella en ninguna habitación, pero todo estaba limpio, en orden, aunque el silencio era molesto porque hasta la distracción de escuchar a la Gálvez durante la hora de la siesta, hablando no se sabía si en sueños o con sus fantasmas, se había desvanecido.

María Sinués pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca, hojeando libros, revisando papeles de épocas pasadas, iniciando, más con curiosidad que con entusiasmo, la paciente investigación de las vidas de aquellas mujeres de su familia que, antes que ella, habían habitado el palacete.

Por las mañanas, al salir del sueño, María Sinués caminaba por las habitaciones despertando también al perfume de la casa, hecho de humedad y polvo invisible, pero que ya formaba parte de la tapicería, que se había incrustado en los poros de la madera, en los pequeñísimos agujeros que la carcoma había horadado en los muebles. A los pocos minutos, el olor desaparecía, era ya incapaz de notarlo, saturada de él por entero.

Antes de ponerse a trabajar entre los libros y viejos papeles, después de llamar a la Gálvez y comprobar que no acudía por ningún lado, se apoderaba de ella una sensación molesta, entre la soledad y el miedo, y la idea de huir de allí crecía, segura de que la muerte se había escondido en la casa, agazapada en un rincón,

oculta detrás de una vieja cortina, sin rostro, sin forma, como una fiera salvaje, silenciosa, al acecho, dispuesta a saltar sobre ella en algún corredor, al abrir una puerta, mientras se detenía a mirar fijamente un cuadro, un libro, un viejo retrato. Cualquiera día, en cualquier momento, iba a devorarla, porque la muerte se palpaba, no sabía cuándo había entrado, pero se había hecho dueña del lugar. Quizá siempre estuvo allí, en la casa, ensimismada como la Gálvez, casi dormida.

María Sinués, que se había considerado siempre una mujer fuerte y dinámica hasta aquel inesperado abandono de Enrique, un amante zafio y rutinario que no merecía su recuerdo, se asombraba ahora de su desgana, de su encierro voluntario, de su ir y venir por la casa, sola en el refugio elegido contra las tormentas que afuera, en la calle, podían desencadenarse en cualquier momento. Cuando se miraba en los opacos espejos de los salones, no se reconocía, extrañada de lo rápidamente que toda ella, hasta el brillo de sus ojos, había pasado a formar parte de esas ruinas palaciegas, de ese apagado y casi siniestro ambiente que le rodeaba.

Desde niña, María Sinués había querido ser escritora, igual que la abuela, pero nunca tuvo una vida intensa, una imaginación fecunda, el talento necesario para iluminar sus palabras, ni la voluntad para entregarse horas y horas a un trabajo que, sin duda, amaba de un modo insuficiente.

Ahora no estaba más segura de sus posibilidades. Creía que para llegar al arte por alguno de sus caminos era necesario un estado febril, estar poseída por un impulso invencible, por una fuerza desconocida que la arrastra más allá de sí misma, algo incontrolado en lo que podía pensar, pero que nunca llegaría a sentir.

Si había comenzado a hurgar en los papeles de las melosas y sensibleras que encontraba en los amarillentos abuela, movido por la insistencia de la Gálvez, y a leer y tomar notas, intentando descubrir la mentira de aquellas historias melosas y sensibleras que encontramos en los amarillentos folios y en los cuadernos apilados en la biblioteca era para entretener su tiempo, para adormecer en su espíritu el abandono, la traición de Enrique, al que, inexplicablemente, en su ánimo aún estaba atada.

El Madrid que ahora conocía María Sinués, a través de los libros y los manuscritos de la abuela, era una urbe pequeña, rodeada por una endeble muralla, con tres puertas y nueve portillos que se cerraban por noche, rodeada de una serie de arrabales, extramuros de la ciudad, como el barrio de e Pozas, o el de Salamanca, al otro lado de la puerta de Alcalá. Un Madrid que pronto cambiaría de rostro, que se agigantaría, y que habría de perder la torre de Santacruz, atalaya de la Corte, iglesias, estatuas y monumentos, y calles que dejaron su nombre en el olvido para dar paso a los nuevos trazados de plazas y avenidas. Los grandes cafés ya iban sustituyendo a las antiguas tabernas y botillerías, el Imperial, el de las Columnas o el Brillante, cuyo sólo rótulo sugería luces de gas esparciendo sus fulgores por amplios salones donde canapés, bronces y gramolas recordaban la elegancia de los palacios y las mansiones de la aristocracia.

Volver a épocas pasadas, entrar en el secreto distante de un tiempo ya extinguido, le producía una turbadora sensación, una idea de falsa inmortalidad, un

extraño dominio, como si se hallara a las puertas de algo maravilloso, profundo y claro, cercano al poder de los dioses. Era capaz de comunicarse con un mundo que ya se había ido y de creerlo suyo.

En aquella entrega al pasado, recuperado también en la lectura de periódicos y revistas, tropezaba con recetas curiosas, con anuncios que testimoniaban otra clase de vida a la que le hubiera gustado pertenecer. Profesor de baile, de redowas y sicilianas; profesor de caligrafía, abre un nuevo curso de letra inglesa en veinte lecciones; se vende estufa con dieciséis palmos de cañón; carbón de canutillo y coscojo; fórmula de la leche virginal...

María Sinués encendió un cigarrillo y fue consumiéndolo mientras releía lentamente, tratando de comprender la receta de aquella leche virginal y su ignorado vocabulario: adarme, estofaque, árbol ebenáceo... Lo copió todo en perfecta caligrafía inglesa; no necesitaba aquel cursillo que anunciaban. Se mezclan dos adarmes de espíritu de rosa con una onza de benjuí y de estoraque; y se echa esta mezcla gota a gota en ocho onzas de agua doble de rosa. La leche virginal comunica al agua un perfume agradable, pero su frecuente empleo irrita la piel. Peor el remedio que la enfermedad, se dijo, y trasladó el dicho vulgar a su vida privada, meditó si no sería peor el aburrimiento de roer viejos papeles que la amargura de admitir plenamente el más grande y el más gratuito de sus fracasos sentimentales. La huida de Enrique, sin una señal que lo delatase, dejándola enfrecidamente enamorada, desorientada y sin orden su pasión.

Ahí estaba también la relación de muebles que la abuela había querido comprar para su capricho o para embellecer o hacer más confortables algunas habitaciones de la casa. Una mesa de pórfido y una sillería de terciopelo y raso; cuatro chineros para colocar en los cuatro ángulos del comedor y exponer allí el servicio de porcelana de Sévres, cristal de roca y plata cincelada; dos sillones con respaldo de marfil calado; una docena de macetas de porcelana de Japón; una mesa-altar y una hamaca de plumas, de colores vivos, como las de los papagayos y colibríes de América, con gruesos cordones de seda y oro, para colgarla junto al balcón principal; un velador de jaspe y una escribanía de plata. Acaso la abuela escribía y publicaba sin cesar aquellos libros sentimentaloides y educativos, al parecer muy del gusto de la época, para ganar dinero y poder permitirse esos lujos principescos. O quizás porque nunca los tuvo, los añoraba.

Se la imaginaba vestida de seda hasta el cuello. Un traje negro con una gola de blonda y encaje, con una rosa blanca en el cabello recogido en trenzas que formaban un moño en la nuca, y otra rosa en el pecho o en la cintura. Un maquillaje de polvos de arroz o blanquete para acentuar la palidez satinada de su rostro y un roque de colorete en las mejillas para resaltar los pómulos y conseguir ese rubor con el que debería enfrentarse a las miradas de admiración.

La abuela erguida majestuosamente, contemplándose en el espejo de cuerpo entero de su gabinete, esperando que enganchasen a la berlina, dorada y azul, dos yeguas blancas normandas. Un lacayo de media gala le abriría la portezuela, y otro viajaría en el estribo para escoltar a la dama ¿Con quién iría la abuela al teatro esa noche? ¿Con un joven seductor y arrebatado o con un hombre maduro, de estudiada

galantería, cuyos gestos halagadores, repetidos a tantas damas, ya habían adquirido en él un aire de naturalidad?

Seguro que la abuela no iría al Variedades, demasiado popular; acaso iba al teatro de la Zarzuela, cuyos ingresos eran para obras benéficas; o pudo salir aquella noche a la inauguración del Novedades, que abrió con una obra de Lope de Vega; o a la Comedia. a ver aquel *Me voy de Madrid*, de Bretón de los Herreros. Probablemente, lo que menos importaba en la obra o el autor. La abuela, siempre más elegante que bella, así se la recordaba en familia, saldría a lucir el porte y el vestido y a presumir cándidamente del hombre que la llevaba del brazo.

Después, el caballero la llevaría a El Gato Negro aquel local tan acogedor donde la gente de teatro tenía su tertulia. La abuela escoltada por el joven, hermoso como un Adonis, o el donjuán maduro, a quienes quizá sólo les atraía de ella su aureola de éxito, aprovecharía para dar muestra de su talento ante dramaturgos y actores. Le gustaba perturbar a los que creían que sólo era capaz de, escribir edulcoradas historias y pamplinas románticas. Algún día iba a asombrarles con una obra realmente cruda, en la que la virtud no triunfaría sobre el vicio y los buenos serían los perdedores los que sufren de verdad o, cuando menos, son arrinconados en el olvido más ingrato.

Ya lo había intentado una vez pero, temerosa de asustar a su público, se quedó a medio camino. La heroína de aquella novela tenía un nombre que evocaba tratos con el diablo, orgías, pecaminosas aventuras y maléficos conjuros. La obra amarga de aquella María Sinués, una escritora hasta entonces sensiblera, dejó sobre todo perplejo al marido. La lectura de la novela le descubrió a una mujer desconocida, con aguda inteligencia; una esposa diferente, con un conocimiento del lado negativo de la vida que él ignoraba.

En aquel matrimonio, la abuela había sido el ángel del hogar. Él lo quería así, melosa y cursi, dedicada pacientemente a las palabras, una tras otra hasta formar un libro, como si fuera un bordado o un cañamazo, una labor de filtriré o encaje que siempre era tan del gusto de las damas. Descubrir un talento masculino bajo la mantilla de blonda que cubría la rubia y rizada cabeza de su mujer le horrorizó. La abuela acabó retirando su novela de las librerías. Demasiado tarde. El matrimonio ya se había deshecho irremediabilmente.

A partir de entonces, empezó a verse con frecuencia en teatros y salones a la escritora melindrosa. A María Sinués le hubiera gustado tener amantes como la abuela, o fingir que los tenía, quizá sólo era eso, y salir cada noche a los estrenos y conciertos, en calesa dorada y vestida como una reina. Pero la mayoría de aquellos teatros, a los que asistió la abuela, habían sido consumidos por el fuego. De la escritora tampoco quedaban ya sino cenizas, recogidas en alguna parte. Ella nunca había visto su nombre en el panteón familiar.

Otra vez la muerte. Desde hacía días era una pesadilla, y más que soñar con la muerte, la percibía en todas partes. Había momentos en que pensaba con tal intensidad en el último instante de su vida que creía que iba a fallarle el corazón. El viejo horror a ser enterrada viva se apoderaba de ella con tal fuerza que prefería ser

quemada y, entonces, la idea de arder como una ascua le hacía sentir un terror inmenso, un miedo que cada célula de su cuerpo absorbía hasta estremecerla de pies a cabeza. La música, el canto, le ayudaban a ahuyentar aquella angustia que sólo sentía desde que el amor le había abandonado.

—Gálvez...Gálvez, ¿dónde estás? —gritaba. Y en la casa sólo había un gran silencio, interrumpido, a veces por el gotear de algún grifo o el ruido del agua bajando por las viejas cañerías.

María Sinués dedicaba también sus horas vacías en el viejo caserón, a la lectura. Pasaba de la *Introducción a la vida devota*, de San Francisco de Sales, a *La cousine Bette*, de Balzac, sin olvidar a Lamartine, Victor Hugo o la Gómez de Avellaneda. Se vestía con alguno de los desempolvados trajes de la abuela y, por las mañanas, ojeaba durante el desayuno algún ejemplar amarillento de La Gaceta de Madrid o El Museo Universal, en un intento de vivir en la mentalidad y la atmósfera de otra época. Le parecía algo necesario para entrar en lo que debía de ser el marco de la historia de su abuela, de la que apenas sabía nada sino lo que iba deduciendo de los libros que ella había escrito, de viejos originales sin concluir, de breves notas que encontraba en algunos cuadernos. Un deliberado silencio, pocas veces roto, había caído sobre ella en su familia. Y no existía, o había desaparecido ese diario que tan útil le hubiera sido.

A veces, María Sinués se detenía a pensar en su propia vida. Empezaba a arrepentirse de su huida, del abandono de todo, como respuesta inútil a la traición de Enrique. Acaso había iniciado un sueño de libertad que sólo era un engaño para adormecer su pena y su orgullo maltratado. Ahora sabía que era débil, que jamás encontraría la fuerza y la astucia necesarias para luchar sola contra el mundo que allá afuera, al otro lado de las puertas y ventanas del viejo caserón, le aguardaba como un felino que entretiene la espera afilando sus uñas.

María Sinués estaba segura de que su verdadera personalidad se había ocultado tan dentro de ella misma, en aquellos años de mansa docilidad a Enrique, que ya no iba a saber cómo sacarla a flote. Se veía sentada en una silla de viejo estilo, mientras manoseaba papeles en busca de secretos que, en el fondo, le eran indiferentes, y no podía sino compadecer a aquella mujer, una sombra de sí misma, que se ocultaba a los demás, sin deseos de vivir. Se miró en un espejo, de pies a cabeza, y hasta pensó en adoptar otro nombre para ese cuerpo que no parecía el suyo, encogido y lleno de abatimiento.

La Gálvez o una mano misteriosa seguía llenando la despensa con lo estrictamente indispensable, mientras el dinero iba disminuyendo a ojos vistas de la gaveta. ¿Qué haría cuando el cajón quedase vacío? Sin duda abrir la puerta de su encierro y volver a la familia de la que había escapado en el inicio de su juventud para eliminar obstáculos en el camino hacia la vida. Y nadie le tendería una mano sin que ella se humillara. Una nueva clase de sometimiento le estaría esperando porque el fracaso conlleva casi siempre un cierto servilismo con el que, de nuevo, tendría que enfrentarse.

Cuando estas cosas elementales estuvieron claras en su cerebro, empezó a sentirse incapaz de aguantar su aislamiento, hundida, desesperada. Abandonaba manuscritos y amarillentos papeles de aquella escritora en la que había deseado refugiarse como en una madre inteligente y silenciosa; desechó todo intento de emularla, y dejó caer su último sueño. Algunas veces se oía hablar sola, se veía dando vueltas sin sentido por la casa, entrar y salir de las habitaciones gritando:

—Gálvez, Gálvez, ¿dónde estás?

Era una llamada a la muerte, una necesidad de terminar con su vida, más que el anhelo de acabar con su soledad, aunque sólo fuese con la lúgubre compañía de aquella sirvienta. La Gálvez quizá supiera mentir, consolarla con algún amable fingimiento, y, probablemente, ya lo había experimentado, podía ser más cálida que un animal doméstico.

No sentía el paso del tiempo. La mayoría de los relojes estaban parados y sólo por costumbre seguía dando cuerda al viejo despertador de campana, torturándose con su tic-tac, como si el tiempo fuera una bomba que en cualquier segundo podía estallar.

En los últimos meses, María Sinués no había hablado con nadie. Ni una sola persona, familia, amigo, o desconocido, había golpeado la aldaba de bronce de la suntuosa y envejecida puerta de madera del caserón. Ella no tenía galanes que la llevaran, como a la abuela, a pasear en coche descubierto por las alamedas del otoño madrileño, ni petimetres o donjuanes que la exhibieran como una luminaria esplendente por los salones nocturnos de la corte. María Sinués estaba completamente sola, entre paredes húmedas y fríos salones con muebles deteriorados que habían perdido su brillo, heridos por el tiempo.

Sin nada que hacer ahora, habiendo desistido de un trabajo que empezó sin fe, pasaba la mayor parte del tiempo sentada en una mecedora, balanceando su cuerpo al compás de sus pensamientos, cada vez más deprimida, descuidando su aspecto, olvidándose de comer, a la espera de algún milagro que le devolviera a la vida que seguía allá afuera, aguardándola como un enemigo que acumula odio y prepara cada día una venganza más refinada. De vez en cuando, parecía despertar de su sopor y clamaba:

—Gálvez, Gálvez, ¿dónde estás?

Apenas algún ruido del bullicio callejero llegaba hasta el interior del caserón a través de los gruesos muros, de las ventanas cerradas, y era un murmullo de vida que María Sinués rechazaba como el revoloteo de una mosca que girase impertinente por la habitación.

Una mañana, cuando la Gálvez entró en la casa, con muy escasas provisiones y dispuesta a hacer una elemental limpieza, encontró a aquella joven señora, pobrecilla, muy pálida, con la cara afilada, en la que ya sólo destacaban sus ojeras violáceas, caída al pie de la cama, como enroscada en sí misma, sin aliento, sin vida.

Una escueta noticia en el periódico, que no era *La Gaceta de Madrid* ni *El Museo Universal*, daba cuenta en la sección de sucesos del hallazgo del cadáver de María Sinués, escritora, cuyo último manuscrito, *La abuela, el ángel del hogar*, se había encontrado sobre la mesa-escritorio del viejo palacio, donde vivía.

La Gálvez abrió todas las ventanas de la casa y dejó entrar el sol y el aire hasta que desapareció el olor a muerte. Después, volvió a cerrarlo todo, y allí se quedó indiferente al extendido rumor de que en aquella casona de piedra gris, por cuya chimenea alguna vez salía un humo denso, habitaba un fantasma.

Mi corazón está contigo⁴⁹

Monk 's House, Rodmell

12 de marzo de 1941.

Querida Ethel: No veo la manera de ser sincera contigo y no ser cruel al mismo tiempo. Estoy aburrida de que me implorés admiración, afecto sin límites y, sobre todo, no puedo soportar ni una más de tus escenas, que me colocan entre la espada y la pared, me desorientan y me llenan de angustia. ¡No sabes de cuántas de mis jaquecas eres culpable!

Sí, estoy nerviosa, necesito tranquilizarme. Levanto la mirada del papel azul de cartas que tanto te gusta y trato de serenarla en el paisaje, en la torre de la iglesia que se alza frente a mi estudio, y un minuto sigo el vuelo de un pájaro que desciende desde un manzano a picotear en el suelo algo invisible.

Quizá para ti nuestra última pelea, que yo no he provocado, no haya sido sino una más, que puede borrarse con docenas de claveles blancos y rosas rojas de tu jardín, pero puedo asegurarte que este es el final, y me duele que, después de más de diez años de intensa relación, los restos del polvillo de oro que un día cubrió tu imagen se hayan desprendido de una forma tan Violenta.

Deberías haberte visto, tu voluminoso cuerpo estallando de celos, insultos, ira..., acusándome, entre lágrimas, de estar ahí como una roca en la que no pueden clavarse los dardos de tu amor, después de que tantas veces me hayas prometido controlarte y comprender que somos irremediamente distintas.

Me queda un poco más de una hora para la comida y voy a tratar de contestarte en esta carta, que será sin duda larga y dolorosa, a todas las preguntas que ayer me lanzaste como disparos contra un muro que no se dejó abatir ¿Qué puedo hacer cuando tu fuego se convierte en la ballesta y me acosas por todos los lados? Mantenerme en silencio y evitar que alguno de tus proyectiles me alcance directamente al corazón, esa piedra dura que según tú dices tengo en su lugar.

Esta mañana no he podido escribir sino media docena de frases sin fuerza de mi nuevo libro. Tú sabes de mi debilidad, acentuada por la tensión y el esfuerzo que me exige la literatura, mi deseo de encontrar algo que no haya sido dicho, o no de ese modo. Es muy distinto a las cartas, a mi diario, donde no necesito utilizar las energías que pongo en mis obras; todo fluye de un modo natural y dejo ir a la pluma, porque no hay un público esperando detrás de mis torpes palabras.

Estoy cansada, pero creo que tu proceder injusto, mi indignación, me da el vigor necesario para decirte lo que, tal vez, tuve que haberte hecho saber hace tiempo. Me vaciaré hasta la última gota y después me tenderé sobre el césped y dejaré que el sol se apodere de mí, entera.

Sí, es cierto, Ethel, que me interesa la amistad con las mujeres, que he amado a más de una, lo que no significa que haya tenido amantes en el más genuino sentido

⁴⁹ Forma parte de la edición de *Cuentos de Bloomsbury* a partir de 1999, pp. 103-112 y del recopilatorio *Cuentos de las dos orillas*, 2001, pp.187-198.

de la palabra. Todo cuanto me ha atraído de las mujeres ha sido de tipo espiritual, emocional, y si me he saltado al algún límite en la frontera de estos sentimientos habrá sido de una manera inconsciente, porque las mujeres estimulan mi imaginación, y me sentirme adorada, recibir esa corriente que da vida a todos mis actos y me ofrece una imagen distinta de mí en el espejo; saber que soy capaz de enamorar a alguien y provocar esas emociones que existen en ese mundo real con el que me resulta tan difícil conectar. No te descubro nada si admito que, en el terreno de la sexualidad, he sido siempre cobarde.

Soy una mujer vanidosa, contradictoria, alguien que critica abiertamente a los que escriben sobre sí mismos, los que no saben salir de su ego, y que cae de bruces en aquello que más odia. Miento sobre mí y sobre los otros, imagino que soy muchas mujeres y utilizo mi fantasía para ver dentro de mí esas mujeres distintas que nunca coinciden con mi propio retrato.

El amor, Ethel, tiene sus fases y sus reglas. Nosotras no podíamos caminar al unísono. Cuando te conocí, tú ya habías atravesado muchas pasiones y más etapas vitales que yo. Te sorprendería saber, tanto me influyen los pequeños detalles, una pequeña historia de aquellos días. Hacía poco tiempo que ya había estrenado unas gafas de mayor graduación. El oculista me hizo ver que estaba dejando de ser joven y, aquella mañana, de vuelta a casa, solo me preguntaba cuál sería el modo de envejecer mejor y cómo morir de una forma digna. Y ahí estabas tú, que casi podías ser mi madre, que andabas por delante de mí y podías facilitarme el camino, señalándome las dificultades que iba a encontrar antes de llegar al final. Tus reflexiones sobre la muerte, aunque solo querías vivir, dirigieron mi pensamiento. Tu fascinación por ese último acto de la existencia fue lo primero que me atrajo de ti y no tu aureola de sufragista, de activa feminista, compositora y escritora, demasiadas cosas para hacerlas todas bien, pensé sin el menor asomo de benevolencia.

Miro al jardín, al lugar donde Leonardo plantara un arriete de narcisos, y ya veo las flores abiertas y me siento feliz con un gozo infantil. Ajusto, de nuevo, sobre mis rodillas el tablero sobre el que escribo y busco una postura mejor porque ha vuelto a contraerse el músculo, el nervio que me agobia en la espalda, y, una vez más, despierta el dolor.

Pero sigo escribiendo, agotada de tu amor tan tenaz, tan asfixiante, de tu avidez de emociones fuertes, de tu ira, de las constantes muestras de ese fuego que, a mi pesar, he encendido en ti. Lo peor es que sabes que esto te ha sucedido quizá por última vez, y acaso por esta razón, porque Ethel está quemando las naves de su pasión, ahoga a Virginia con agravios, con cartas donde la violencia asoma en cada línea, nacida de pormenores estúpidos, de bromas, Ethel, que no has sabido encajar, de esos celos turbios que hacen estallar tu corazón, como si un rayo furioso te hubiera atravesado de arriba abajo. Y qué crueles esas escenas cara a cara, Ethel frente a Virginia, ya no una mujer sino un animal prorrumpiendo en gritos de amor irracional.

Sé que mi carta no tiene demasiada coherencia, que le falta unidad, pero debes pensar, Ethel, ya ves que no puedo escribir querida Ethel, que mi cabeza está

confusa y el desencanto y la irritación que quedan en mí, después de nuestra pelea, en nada contribuyen a poner orden en mi caos interno.

Aquel aluvión de preguntas, ¿me amas?, ¿qué sientes?, ¿por qué me odias?, ¿queda algo que te atraiga de mí?, y otras que, entre lágrimas, enfrentaban tu resentimiento a la culpa que imaginabas en mí, te convertían en una anciana patética, devorada por pasiones ya imposibles.

Debes saber que no solo no eres atractiva, Ethel, sino que tu apariencia, tu manera de vestir tus modales rudos, tus manías, tu excentricidad provocan risa en la gente. Claro que tú no oyes sus carcajadas a causa de tu sordera y a pesar de esa horrible trompetilla que acercas a tu oído y que no hace más que acentuar tu extravagante vejez.

Hay muchas cosas en ti que me desagradan. Ese corpachón que viene hacia mí como un elefante en celo; tu cabeza de estatua castrense; tu peluca de absurdos rizos, como el peinado antiguo de una niña, que cubres con tu risible sombrero de tres o cuatro picos...Y tus trajes de tweed raídos, arrugados, llenos de pelusas, tu corbata de lazo; y esa forma tuya de comer igual que un animal que mastica con ruido, rebaña el plato, y almacena, bajo sus mejillas coloradas por el vino, los alimentos aún no triturados.

También odio en ti esa manera enfática de hablar, de autocondolerte porque no has logrado el reconocimiento que tu talento merecía, tu carácter dominante, la soberbia que emana por todos los poros de tu piel y esa cháchara imparable, de vieja loca, en la que no dejas encajar ni un monosílabo. Ethel hablando de sí misma hasta el aburrimiento, que pone tan frenético a Leonardo.

¿Te has detenido a escuchar alguna vez los ruidos del campo? Esa música diversa que no es sino la manifestación de tanta vida, insectos, pájaros, vientos, flores que se abren a nuestro alrededor. Y el sol suave que acaricia, casi estamos en primavera todo cuanto alegremente respira bajo esta bóveda protectora en la que nos encontramos, y que hoy ha amanecido sin ninguna nube, clara y limpia.

Me he parado un momento a gozar de este día y a reunir todas las cosas que de ti me gustan, las que produjeron intensas vibraciones en mi espíritu, ese cosquilleo en el alma que también Leonardo me provoca, aunque sea de naturaleza distinta.

Adoro tus ojos azules, tu sonrisa infantil, tu vitalidad, tu carácter indomable, tu energía, tu equilibrio, tu generosidad, tu apoyo constante, todo lo que eres cuando no te transformas en un animal que ataca; cuando eres, Ethel, un ángel, sin peleas y sin escenas. Entonces puedes darme algo que considero de gran valor, una intensa amistad, libre de hipocresía, de vulgaridades, una relación íntima, cálida, apasionada, llena de interés, que enciende el fuego de la vida y que solo una sensibilidad de mujer sería capaz de comprender y abarcar.

Y tú me has dado eso y mucho más, porque también tienes instinto maternal. Eres capaz de esa tierna protección que me inclina a apoyar mi cabeza en tu pecho, ese sentimiento fuerte y generoso que tanto necesito. Me dejas jugar como a una niña y muestras, cuando te olvidas de tu extravagancia externa, una cordura que es

lo que más quiero, yo que tanto temo la vida real y, a veces, creo que aquí, en Rodmell, con mi estudio frente a la iglesia, vivo en un convento.

La paz del día se ha roto con el sonido de los aviones alemanes que sobrevuelan las colinas de Sussex, o quizá solo están en mi cabeza, donde todas las batallas tienen su sitio, incluida la tuya, la apoteosis de una serie de peleas que han bombardeado mi ánimo en los últimos años, hasta destruir todas mis defensas. Tal vez solo sea una falsa alarma porque Leonardo no viene a alertarme y los pájaros no se han alborotado en los nidos.

Recupero la calma. De ti, Ethel, no me quedará solo el recuerdo. La dulce excitación de los primeros tiempos, cuando me enviabas dos o tres cartas diarias, divertidas, interesantes, que yo recibía encantada, llena de de afecto. Aún no me sentía ahogada por tu amor, como si me apretaran todos los tentáculos de un pulpo gigante. Entonces, tu rudeza me parecía espontaneidad, y tu aspecto de rinoceronte una muestra de esa fortaleza necesaria para la lucha abierta que mantenías, en favor de los derechos de las mujeres. Te admiraba por haber estado en prisión por defender con valentía tus causas.

No solo tengo que agradecerte, Ethel, ese estado especial de ánimo que procede de sentirse amada, cómo te echaba de menos cuando nuestra relación estuvo en su mejor momento, ¿recuerdas? Yo siempre uniré tu nombre a Los años, pues a la vez que se gestaba mi novela, con la que tanto sufría, se iba fortaleciendo nuestra amistad. Pero ya los celos eran la carcoma de tu alma, y de nada servía que yo te asegurase que aquella unión con Vita, que alguna vez me llevó al éxtasis, se había marchitado. No había llegado a su final, es verdad, pero estaba muy debilitada.

Vita en Sissinghurst, entregada de lleno al jardín de su castillo, a su nuevo amor, ¿Qué sombra podía proyectar entre nosotras? Pero tú no podías tolerar mi amistad con otras mujeres, y tu envidia, tus sospechas, tu exigencia de amor eterno, nunca he podido imaginarme la eternidad sino como un abismo inmenso que se lo traga todo, te exasperaban, te convenían en otra persona que no eras tú, que nada tenía que ver con Ethel. Al menos con esa Ethel de la que tanto he aprendido.

No me refiero a las enseñanzas que pude extraer del conocimiento de tu vida' cuántas, cuántas veces he oído la historia de la falta de oportunidades, de tu genio musical y de tu reconocimiento muy por debajo de lo que merecías... ¿Quién me repitió hasta la saciedad que la partitura de tu Misa solo se tocó una vez y, en alguna ocasión, tus obras se impusieron a los directores de orquesta porque, si no era a la fuerza, no había otro modo de estrenarlas?

Leonardo cruza el jardín y viene hacia mí con el aceite de hígado de bacalao que debo tomar. Después de la comida beberé malta y leche y me acostaré un poco. Estoy cansada de esta enfermedad. Ahora debo apresurarme a esconder esta carta o mi marido me reñirá por haber escrito más de cien palabras. ¿Imaginas el suplicio? En este momento quisiera arrastrarme como un topo por una larga galería excavada en la tierra y salir a la superficie en las marismas. Y, luego, correr por los campos hasta morir de fatiga.

Ya ha pasado el peligro. Recuerdo el placer de tus cartas que, junto a oleadas de amor, me traían ideas y reflexiones sobre ternas que siempre, me han interesado. No puedo evitarlo, soy una intelectual, ¿lo soy?, ¿o solo una snob que tiene curiosidad por todo? Y contigo, a través de la correspondencia, podía discutir de arte y política, de la sexualidad en relación al poder, del incesto, de los impulsos lesbianos, de la naturaleza de lo femenino que tiende a erotizar la libertad.

Y podía hablar de psicología y sensibilidad en la literatura, de los sistemas simbólicos, de la experimentación formal, de la poesía que debe airear el texto, de todo cuanto me preocupa. Aunque tú, a veces, me abrumaras con la historia de la emancipación de la mujer, me intoxicaras de experiencias poco estéticas y con tu punto de vista del feminismo. Después de conocer las tradiciones conservadoras y radicales de las mujeres reformistas, solo puedo decir que detesto todo lo que se consigue por la fuerza, sea lo que sea, y ante eso siempre preferiré que pintes mi «habitación propia» de rojo y oro, los colores que tanto brillan en los poemas de Safo.

Tengo un sabor amargo en la boca y un tambor en la cabeza que alguien golpea sin piedad, pero reúno mis fuerzas para tratar de terminar esta carta que tendría que estar escribiendo, día a día, tanto tiempo como ha durado nuestra relación que para mí, Ethel, no ha sido una experiencia estética, ni solo intelectual, sino una necesidad de apoyo, de cariño, del que nunca tengo bastante, pero que no ha sido conducido en la dirección acertada.

No creo, como tú alguna vez me has reprochado, que en mí naciera una pasión imaginaria. Nunca me han interesado las amistades irreales; ni siquiera de pequeña, como hacen otros niños, hablaba con mis muñecos o llegué a inventarme un amigo inexistente.

Yo pido, quizá, demasiada atención, porque no sabría vivir sin el amor de mis amigos, y me muero también un poco cuando ellos desaparecen. Tú sabes qué época de constante y aguda tristeza fue esta última década, la que hemos atravesado de la mano con los corazones encendidos, porque murieron Arnold, Lytton, Roger, Birrell..., y todos ellos me han abierto el camino que conduce al fin inevitable.

Cuántas veces no he podido dormir de noche y he tenido que tomar cloral para no pensar en el deterioro y la muerte. Tu vejez tan enérgica, Ethel, tan llena de actividad, es envidiable para mí que puedo resumir mi vida en los libros, la soledad del escritor, y, de vez en cuando, algunos actos sociales, en los que nunca disfruto del todo, y los viajes, con su mezcla de interés y de cansancio. Los amigos, quedan siempre los amigos.

Tú crees que no tengo corazón, pero tal vez sea esta extraña enfermedad que brota y se esconde, burlándose de mí y de mi trabajo, la que me hace parecer fría y distante en muchas ocasiones. Tampoco culpes a Leonardo, aunque más de una vez me he rebelado contra sus cuidados extremos al impedirme recibirte, cuando él creía que tu charla incesante no era conveniente para mi fatiga, y al prohibirme ir a Woking, no, no, no, esas tres negaciones que están fuera de toda discusión, si yo quería pasar dos o tres días contigo. Tu amistad me ha costado más de una pelea

con mi marido, que vigila mis estados de ánimo, mi salud, con la más escrupulosa atención.

Te veo aún echa una furia, con tu traje de tweed y tu sombrero abollado... No, no eres físicamente atractiva, Ethel, y no debe sorprenderte que te diga esto, pero yo he leído tus cartas con emoción, y he aspirado el aroma de las flores que arrancabas para mí de tu jardín, cien veces al día, mientras se mantenían frescas y vivas. Y he valorado todo el amor que supone pasar las horas escribiendo cartas y cartas a Virginia, que, a veces, no estaba lo suficientemente animosa para responderlas.

Y es cierto que Leonardo no te ve con simpatía, que le aburres, pero si es una buena persona que respeta siempre a mis amigos. Y puedes estar segura de que él no tiene nada que ver con mi decisión de cortar las amarras. No dudo de que eres sincera, o crees serlo, cuando escribes que nunca quisiste a nadie como a Virginia, esta escritora que duda siempre de sus obras, pero sé que esa es una frase que, cambiando el nombre, probablemente podrás volver a pronunciar.

Estoy tan agotada como si hubiera subido y bajado a todo correr las colinas de Asham. Mi cerebro está como un soufflé a punto de salir del horno y ya no sé ni lo que escribo. No puedo ni mirar a los pájaros porque me mareo con su vuelo. Oigo la campana de la iglesia y su sonido retumba dentro de mi cabeza.

No voy a volver a leer esta carta antes de enviártela. Creo que la empecé dolorida y ahora la termino con una cierta ternura. Pero no quisiera que la respondieras, que empezasen de nuevo tu acoso, tu acecho, tus escenas cada vez más frecuentes y más violentas. No voy a caer en tu trampa.

Perdóname, Ethel, si te he ofendido al enumerar tantas cosas que de ti me desagradan. Nada de eso es verdad. Lo único que me disgusta es tu manera de hacerme llegar tu amor. Pero, quién sabe si solo has nacido para luchar en favor de las mujeres, para imponerle tu música al mundo. Yo soy una mujer débil y enferma que no es capaz de asumir tus devoradoras pasiones. Que solo le queda la literatura como un refugio que se tambalea y sobre el que cualquier día caerán las bombas de los aviones que cruzan Rodmell hacia Londres.

Leonardo grita algo desde la puerta de la casa, seguramente que la comida hace tiempo que está ya lista. Y voy a recoger las cuartillas para que alguien las lleve al correo y a sentarme a la mesa con una sonrisa dedicada a mi marido.

Es el final, Ethel, pero no puedo decirte que mi corazón no está también contigo.

Virginia

Séfora⁵⁰

Séfora dejó en el suelo la bolsa cargada con los útiles de pintura para abrir la puerta de su estudio. Traía en la mano un ramillete de margaritas frescas y media docena de flores exóticas. Entró en la pequeña habitación y se quedó mirándola como si fuese algo muerto que había que resucitar. Estaba todo ello de polvo; no hacía aún dos semanas que había cerrado aquel cuarto con la idea de no volver más. Ahora tenía deseos de reír, reír de sí misma, de aquello que había llamado siempre «su estudio» dándose cierta importancia, y sobre todo de Alfredo; ¡pues no le había hecho creer...!

Soy un poco entupida —pensó— y débil de carácter. Una mujer con personalidad no se hubiese dejado llevar por las extrañas ideas de un chiquillo histérico.

Empezó a limpiar el caballete y la pequeña mesa donde solía poner sus modelos: el resto de la habitación lo dejó tal como lo había encontrado. Mientras arreglaba las flores que iba a pintar, se persuadió de que estaba ilusionada de nuevo con su trabajo, y ya sacaba los pinceles de la caja cuando se sobresaltó al sentir unas manos fuertes que le tapaban los ojos. Fue tan solo un momento de angustia; enseguida adivinó que se trataba de Alfredo.

—¡Suéltame, ganso!

—Gracias por el piropo —bromeó él dejándola en libertad.

—Pero ¿cómo has sabido...?

—Tu hermano y fiel camarada me ha dicho que venías hacia aquí... ¡Cuidado! No echés por tierra mis peces; creo que solo les gusta el agua.

—Descuida, no los tiraré. ¿Es una nueva extravagancia? —se atrevió a preguntar, mirando la pecera sobre el suelo.

Alfredo no contestó, pero, lejos de lo que ella había supuesto, tampoco adoptó ese aire de incomprendido que era en él tan familiar. Continuó bromeando a costa del polvo de la habitación diciendo:

—No crees, Séfora, que esto es para asustarse. ¿Cómo voy a casarme con una mujer que no limpia ni su propio estudio?

Esta vez fue ella la que calló y no porque se sintiera humillada, Alfredo la conocía bastante como para no ignorar que su impaciencia de artista había superado la monotonía de un trabajo que ellos se empeñaban en hacer exclusivo de la mujer.

Había empezado a ser valiente y no quiso tardar más en plantear la cuestión. Pero antes pensó en el último día que vio a Alfredo, en su rara expresión, sus palabras incomprensibles al principio:

⁵⁰ Publicado en la revista *Proa*, en el número de abril de 1958, pp. 10-13.

—Sí, pequeña —le había dicho—, sigue por tu camino ilusionada y feliz, con esa felicidad que ponen los tontos en todas sus cosas. Y sueña..., sueña con tu ruta de pintora: el inevitable viaje a París, y después a Florencia tal vez... Pensarás que necesitas ver algo nuevo, crearás que aprendes a cada paso y sentirás que muchos no pueden apreciar tanta belleza, ¡pobre niña! Y a la hora de trasladar a una obra todo tu bagaje de conocimientos, ¿qué?, te verás tan pobre como un gusano y no tendrá límites tu tristeza al verte importante. ¿Te das cuenta, Séfora? ¡Im-po-ten-te! Porque nuestra generación está llamada al fracaso; nadie llegará, somos todos unos ilusos al no creer que estamos estigmatizados.

Séfora había dejado los pinceles, se vio a sí misma como a una criatura abandonada, y sin profundizar en lo que Alfredo quería decir, veía más pálida la luz directa que entraba en el estudio por la pequeña ventana. Se sintió en un momento ridiculizada, empequeñecida; dejaron de existir el caballete y sus tarros llenos de pintura; se abandonó a sí misma y, pobremente se le ocurrió una idea vulgar.

—¿Ya no me quieres, Alfredo? No te he comprendido bien, pero todo eso que has dicho, ¿iba quizá a desembocar en una ruptura?

—¡Pobre tonta!

Ya no había escuchado más; humillada y con una falsa sonrisa dejó el estudio, dejó a Alfredo y en crisis lo dejó todo. Pero los días fueron quitando importancia a su problema, que apenas conocía bien, y aquella mañana, radiante, había acudido a su estudio. Compró unas margaritas para empezar pintando algo sencillo; iba a pintar no lo que veía, sino lo que debía de haber aquí, a unos metros del caballete, donde colocaba los modelos. Quitar lo malo y dejar lo bueno; comenzar una difícil tarea de abstracción. Se había estrellado todo con la llegada de Alfredo. ¿Iba a intentar de nuevo sumirla en la desesperanza? Parecía que no, pero cualquier incidente, algo, haría fallar ese clima de falsa cordialidad; lo esperaba y era mejor plantear las cosas con valentía, pero antes preguntó:

—¿Por qué has comprado esa pecera?

—Simple capricho... La tendrás en tu casa; no quiero que mi madre se haga muchas ilusiones con los peces... Soy egoísta con mi felicidad.

—Siempre has de decir algo que no sea sencillo. ¿Te hace feliz una pecera? Valía la pena que lo hubieses averiguado antes.

Y Alfredo trató de explicarle que aquella pecera era como una mujer en el mundo de las cosas. Todo estaba desquiciado y se había vuelto al revés. ¿Enamorarse los hombres de las mujeres? ¡Qué barbaridad! Tan insólito como la idea de que un pez amase su pecera, una especie de prisión, pero también lo que le permitía vivir una vez que le privaron de su libertad.

—Pero yo —concluyó— quiero que tú me guardes este tesoro: una parte de la vida. Déjala en un lugar de tu casa y preocúpate tan solo de dar de comer a los peces.

De pronto, Séfora preguntó:

—¿Se les ha ocurrido a muchas personas pintar una pecera? Si es así, yo la pintaré también.

Fiel a su idea de abstracción, la unió mentalmente a su fantasía. Puso a los peces rostros de mujer, alas de ángel y quiso alzar la pecera sobre las manos fuertes de Alfredo. Nadie le hubiese comprendido en aquel momento, Séfora tampoco veía muy claro, pero recordó algo que debía de haber oído en el colegio o quizá lo leyera en la hojita de un calendario, una vieja filosofía que no se había repetido hasta ahora: «Soportando a otro, se le vence».

—¿De quién será eso? —pensó en voz alta.

Y Alfredo, contemplando el dibujo, respondió a algo distinto:

—Verás como la obra es genial.

Séfora se convenció de que no triunfaría. ¡Una mujer haciendo grandes cosas en pintura! ¡Ella misma! No.

Pero valía la pena triunfar para un solo hombre. Y empezar a pintar, segura de su íntimo fracaso.

Adiós... Bernardette⁵¹

Esto es mitad cuento, mitad relato de la vida. A mí, me lo contaron y era un día en que la polémica había surgido en torno a si es beneficioso o no que los niños lean cuentos de hadas o de guerreros fantásticos. Alguien se pronunció a favor de que también otros relatos (cosas sencillas del vivir diario) serían interesantes para los pequeños, y por si es así y también para que lo contéis a otros niños de vuestras pandillas, voy a repetiros lo que oí.

Más o menos, es un cuento:

«El coche se detuvo en la carretera, junto a unas casas dispersas que miraban hacia el prado. Los turistas bajaron. Eran tres hermanos que se habían propuesto visitar Europa devorando kilómetros a gran velocidad. La chica corrió hacia la hierba para tenderse frente al sol, llevaba pantalón vaquero y un jersey blanco que hacía resaltar su tez bronceada por brisas marinas y aire de montaña.

»Ni ella sabía ahora todos los lugares que había visitado. Se sentía un poco aturdida. Pero en el fondo agradecía que sus hermanos la hubiesen llevado, como en una fuga rápida, a través de Europa. Recordó lo que había visto, y los canales de Venecia, los albergues de Suiza, las casas de Holanda se acumularon ante ella. cambiaban Mientras, en la carretera francesa, los muchachos cambiaban una rueda del coche.

»Tendida en el prado, solo veía un pedazo de cielo, el verde y amarillo de la hierba, según la intensidad de la luz, y a lo lejos, la carretera que se perdía en una curva.

«—¡Ya está, Isabel! —gritó su hermano José.

»Se levantó bruscamente y volvió a cruzar la carretera hacia ellos.

—¡Que manos! —exclamó mirándoles.

»Buscaron agua por allí cerca. Como no había, al fin, Máximo, que era el mayor, se decidió a llamar en una de las casas.

»No sabían hablar francés, pero Isabel pensó que bastaba con que mostrasen sus manos para que aquella gente les entendiese. Les vio desaparecer tras una puerta y marchó, carretera adelante, para explorar mejor aquel camino.

»Detrás de una casa pintada de un rojo que resaltaba sobre los demás colores, descubrió un pequeño jardín. Estaba sin cerca, tal vez provisionalmente o porque en aquel lugar no hacía falta.

»Dio después un largo paseo y, contrariada porque no vio demasiadas cosas desconocidas, marchó hacia Máximo y José, sus hermanos, que esperaban sentados en el alfeizar de una ventana. Parecían los dueños de aquella casa que momentos antes invadieron. Junto a ellos, en pie, había una muchachita rubia, que llevaba un gran pozal apoyado en la cintura.

⁵¹ Publicado en el suplemento de *Amanecer*, el 9 de octubre de 1958, p. 5.

»—Vamos ya —dijo José.

»Bajaron. El salto hizo reír a la francesita, que dejó el pozal en el suelo. Se acomodaron en el coche.

»—Adiós... Bernardette —musitó José.

»Pero el cuadro había desaparecido pronto y Bernardette estaría ahora paseando su mirada limpia por el interior de la casa.

»—Esa chica —decía José en el coche— tenía cara de virgencita.

»Isabel pensó en Bernardette. La vio todavía en la puerta de su casa, junto a la anciana, y el contraste le hizo creer que aún era más niña. Para ella, la rápida visita habría sido un incidente que le había permitido conocer a otras personas... Lo habitual se convertía para la francesita en aventura. Viviría unos días soñando en la casa, junto a la carretera. Quizá le pediría a la abuela que no le contase más cuentos de niña, o tal vez... sí.

»La melena rubia también se enredó en los sueños de José. Pero se incorporó de su asiento para hablar:

»—Si sigues conduciendo a esa velocidad, Máximo, no llegaremos nunca.

»—¿Quieres más deprisa?

»—Quiero más despacio, a menos que pienses quedarte en la carretera para siempre.

»Los tres se pusieron a cantar aires de su tierra, un lugar que no olvidaban, a pesar de su recorrido por Europa.

»—Viaje de encantamiento que luego nos parecerá un sueño.

»—¡Tantos sueños! —exclamó José.

»Y sus frases quedaron mezcladas con las alegres canciones de su hermana Isabel. Aludía a tierras exóticas de vegetación exuberante. José se unió a sus canciones».

Y así fue el cuento o retazo de la existencia. Algo que pudo ocurrir en cualquier lugar, porque no es nada extraordinario. Un encuentro. Pero podéis contárselo a otros niños, como si fuese *Caperucita Roja*. Tal vez les guste variar.

La ninfa errante⁵²

Había cerrado los ojos porque era amor, palabra, mito y leyenda, invadiendo su espacio, y nada debía distraerle en ese encuentro. Ni las olas que cambian de forma para que el mar no se canse de cabalgar sobre su embrujo, ni las rocas que ya olvidaron su aventura de ser trozos de tierra flotante sin destino, ni la arena, dorados átomos de poderosos guerreros, ocres cenizas de los hijos de los dioses, vestidura inmortal del barro que, bajo el cielo, disfraza de oro su infamia. Y cuando despertó tan aligerada del peso del héroe, la playa estaba vacía, y, aunque no había huellas de sus sandalias, ni señales de una embarcación en el horizonte, ningún punto que, cerca o lejos, emergiese del océano, no dudó ni un instante de aquella voz que ahora había huido a través del eco. Quizá se dirigía hacia el límite entre el mundo que se habita y el infierno, al lugar que tiene nombre, pero que ella nunca supo a qué lado de la brisa debía situarlo.

Iba a empezar el invierno y él aún no había regresado. Y salió en su busca, descendiendo el tiempo, al abrigo del engaño con su piel de ninfa, y sembró dientes de dragón en el camino para no extraviarse en el olvido a la vuelta de su espera. Saltó sobre la Medusa que no consiguió atraerle hacia sus ojos muertos para fijar en piedra el comienzo de su hazaña, y deambuló en solitario, sin mayores peligros, hasta las ciudades que erguían sobre velados misterios que nadie recordaba. Se alarmó al comprobar cómo las sombras repetían su propia imagen que también se alzaba sobre los pies en otros hombres y mujeres que cruzaban su silencio con las horas.

Se alojó en palacios cuyos vanos daban al río, se asomó a la ventana del justicia, bailó en la isla de Nakos y se detuvo en Aulida cuando Zeus agitó su escudo y la tempestad apuntaló las naves contra el miedo. Asistió al Concilio donde chocaron las mitras y el abad se desmayó sobre su báculo. Fue testigo del descubrimiento del Aleph que predijo la ceguera de Borges, y supo cómo el escritor volvería a inventar aquella esfera en que también él tendría cabida con todos los espacios posibles, antes o después de nadie, en el ahora del tiempo infinito sin relojes.

Y era su vida tan larga que la voz que perseguía se le hizo cada vez más extraña y lejana, apenas reconocible en los sonidos que la imitaban a lo largo de la historia con su trampa y de recuerdos y poderes. Y ya pedía la muerte a gritos, buscándola en las más necias batallas. Inútil su intento. Logró mayor supervivencia y una fama legendaria cubrió su pecho con las cruces y honores que le otorgaron en sucesivos reinados y gobiernos. Hasta que en la guerra de los cien años, decidió cambiar de siglo y de figura. Céfalo le transmitió el don de variar de forma a su capricho, pero ni invocando la vejez del mundo consiguió verse un rostro distinto en el espejo, un signo exterior que denotara su fatiga en el tiempo.

Convivió con un delfín herido, atrapado en una escollera junto a la isla de Poros. Se dejó encarcelar en la India por haber denunciado una alarmante plaga de

⁵² Publicada en la *Antología de narradores aragoneses contemporáneos*, Heraldo de Aragón, 1980, pp. 249-254, y en los volúmenes *Paseo por la íntima ciudad y otros encuentros*, 1987, pp. 37-40; *Zacarías, rey*, 1992, pp. 53-58; *Cuentos de las dos orillas*, 2001, pp. 59-63, y *Aragón en el país de las maravillas*, 2012, pp. 311-314.

ratones que invadía el país. Y andando tras el bastón alado que convierte en luz lo oscuro, mientras las serpientes del caduceo reconocen sus cabezas, se encontró en el territorio de los yukos que habitan la selva colombiana. Y bebió el jugo de la roja corteza que cae de sus árboles, pero el néctar solo impide el soplo de vidas futuras si no apagar aquel que ya en el aire se sostiene. Y rogó a los dioses de los tamakos, a los dos soles que adoraban los pequeños duendes, uno blanco como la luna porque no cayó en hoguera, y el otro rojo de su fuego, que le clavaran su flecha negra para morir como los pájaros, de frío. Nadie escuchó su ruego.

En Rabat, a la sombra de un gigantesco eucalipto, un anciano marroquí, casi un niño para la ninfa errante y sin edad, pero con el tiempo marcado en las hendiduras de la piel, hinchada bajo los ojos por las lágrimas siempre contenidas, le dijo con palabras simples lo que tal vez había olvidado en su largo peregrinaje. No hay que desvelar el ansia por lo que vivamente se desea. Si descubres tu anhelo, los dioses arrojan tus sueños al infierno. Y porque solo conoces la mitad del mundo, y te fue concedida la gracia de cambiar de figura y traspasar los siglos a tu antojo, prueba a ser hombre y escucharás otras voces. Sabrás, así, que en todas las guerras no se derrama la misma sangre.

Desde entonces, la ninfa nada pidió ni se acercó a la muerte. Cubrió su cabeza con un casco y escondió en él su abundante cabellera. Y vio a Pérez de Arbe arrojar su celada y romperse el cerebro contra un árbol, antes que batir remos y dar la vuelta a la galera, admitiendo la derrota en el encuentro del cabo Orlando. Supo de conjeturas y hogueras, traiciones y venganzas, coronas y patíbulo. Escuchó arengas y discursos, participó en justas y torneos, fue juglar y privado de los reyes, asistió a congresos y asambleas, y a la primera lectura de obras teatrales. Cenó con los genios sin ingenio, oyó cien homilías y sermones fúnebres, leyó la *Cárcel de amor* y consiguió dormirse a los sonos del tambor de hojalata, del tambor de la selva, de las cataratas del Niágara y de los cláxones de la Quinta Avenida. Y no encontraba la voz ni en las oraciones de las mezquitas o los viejos manuscritos, ni en las cajas de los violines de un concierto de gala, o en el monótono rodar de los barriles de petróleo, ni en las nuevas palabras que se dan a luz en el *pub* que recupera escenarios antiguos o bajo los soportales de un mercado. Ni en las oscuras páginas donde el polvo cae sobre los versos que no se cantan.

Hasta que se cansó de recorrer la tierra y sus épocas porque ya le eran familiares los antiguos caminos, los valles y las cumbres de las montañas, el caudal variable de los ríos, los campos y el color distinto de los mares, la lluvia y la fuerza de viento que nada transforma con su ira. Se repetían los paisajes y los hechos, las facciones de los hombres y el timbre de sus voces, en el eco continuado de aquella que era amor, mito y leyenda, y quizá escondía su secreto en desconocidos mundos, paralelos. Y se refugió en una oscura gruta, a orillas de la laguna Estigia, leyendo noche y día, a la luz del caduceo, todo cuanto se conservaba en el universo desde que la palabra fue escrita. Ni un instante apartó la vista de los signos que la boca convertía en sonidos para recordar la voz que ahora iba y persiguiendo en su soledad por el silencio de otras voces.

Y, cuando lo hubo leído todo, se arrancó los ojos y encerró la mirada en el hueco de su mano. De los dientes de dragón que hacía siglos había sembrado en el camino del tiempo, surgieron árboles robustos en los que apoyaba a ciegas la mano libre para llegar sin tropiezo a su origen. No quería admitir su derrota, y reposaba en su memoria sin fondo qué habría dejado de ver, qué propósito cayó en el olvido, en qué espacio o tiempo pudo distraerse cuando el amante cruzó por su lado. Y advirtió que le faltaba desafiar a los dioses en el intento de recrear a aquel y por el que había recorrido las edades, negándose únicamente a ser eco de su palabra porque no deseaba reflejarse a sí mismo, hombre-mujer, ni tenía una época que le representara.

Al llegar al último árbol en el límite de su playa, se resignó a sacrificar su orgullo al hijo de Hermes y Afrodita, y escribió la voz en la primera hoja en blanco, ciprés o fresno que alguien disparó sobre su mano. Y la ninfa Salmacis cayó fulminada en la playa desierta. Acababa de desembarcar su amante, después de vivir toda la historia, acudiendo a su irrenunciable cita con la muerte.

Sobre la arena, dos cuerpos desnudos, un solo cuerpo, se miran sin verse con los ojos vacíos. Un ejército de hombres-pájaro picotea en la oscuridad de sus cuencas sin saber que siguen escribiendo los mismos libros que abandonó Salmacis en la gruta Estigia, cuando buscaba la voz, amor, mito y leyenda, que aún era palabra.

La niña frente al mar⁵³

Era la primera vez que salía de viaje; para la pequeña, aquellas vacaciones tenían un doble aliciente: viajar y además ver el mar.

Cuando llegó a la bahía, sus ojos asombrados se abrieron más que cuando oía a Conchita recitar de memoria la lista de los reyes godos. ¡Qué difícil era aquello! Y ahora, ¡cuánta agua!

—Mamá, ¿y el mar no se acaba nunca?

—Sí, pequeña; si no la tierra sería una balsa llena de agua salada.

Pasearon por el puerto; veían a los pescadores coser las redes y disponer todo en las barcas para salir de noche a pescar.

—¿Lo hacen porque quieren? —preguntó la niña.

—Buscan la comida para sus hijos.

—¿Y siempre comen pescado?

No había manera de llevar una conversación normal con la chiquilla; a todo le daba cien vueltas y buscaba una explicación hasta agotar el tema o una cadena de porqués.

Por la mañana fueron a la playa. Al principio le asustaron las olas; después se refugió en un toldo que tenía los colores del balón de su primito Chemari: rojo, amarillo y azul oscuro.

En la arena levantó castillos, y cuanto más trabajo le costaban, sin saber la causa, se venían abajo con más facilidad.

—¡Caaangrejos! ¡Caaangrejos vivitos!

Se encontró sentada en el suelo, dando la espalda al mar; terminó la papeleta de los cangrejos y comprobó que no la habían sabido a nada: hasta las patas había mascado, pero aun así.

—¿Podemos jugar contigo?

Empezaron a hacer caminos en la arena, jardines y piscinas. El grupo de chiquillos se afanaba trayendo agua de la misma orilla del mar, no fuese que alguna ola les llegase a envolver si de adentraban.

La niña se olvidó del mar metida de lleno en sus juegos; el nerviosismo y la impresión del primer momento habían desaparecido. La pequeña tendría unas vacaciones felices, frente al mar, desconocido hasta entonces, y con aquellos amiguitos que tampoco antes había visto.

⁵³ Publicado en el suplemento *Porque hoy es domingo*, del diario *Amanecer*, el 30 de agosto de 1959, p. 2.

Al día siguiente⁵⁴

Buscaban una casa de piedra gris en la callejuela estrecha, desierta y mal iluminada por faroles, cuyos cristales estaban dañados por las piedras de la chiquillería. La calma lo llenaba todo. Se diría que el silencio solo era interrumpido por algún lejano rumor que se mezclaba con el sordo trajín de los que salían o entraban de aquel caserón, convertido en club, que la pareja iba buscando. Las otras casas mantenían sus puertas cerradas, y los escasos transeúntes se cruzaban en silencio. Unos callaban porque habían agotado sus palabras en la casa de piedra; otros, porque habían gastado ya sus tópicos con los compañeros de trabajo y acudían a refugiarse en aquellos hogares, con aspecto de sueño, con una extraña quietud interrumpida cuando el padre de familia introducía la llave en la cerradura y la puerta se sobresaltaba desperezándose.

Era aquel un barrio triste, viejo, por el que habían diseminado en poco tiempo una media docena de bares cargados de falso tipismo, y que la gente joven escogía preferentemente como puntos de reunión.

Ricardo y Ángela no tardaron en reconocer el nuevo club por sus señales externas. Abrieron la puerta; en el interior, delante de la barra del bar, había esparcidos unos resistentes cajones, con las tablas pintadas de colores vivos, y que, llegado el momento, podían servir de incómodo asiento. De las viejas vigas, pendían luces mortecinas.

Él se fingió distraído contemplando la decoración del lugar. No habló, aunque con frecuencia le hacía a ella depositaria de sus angustias y de sus esperanzas. No mejoraba con esto; no lograba nada, ya que continuaba molesto y resentido, como siempre. Pero le parecía un modo de poder seguir adelante, de tener el derecho de considerarse amigo exclusivo de Ángela. Amigo, y nada más. No quería mezclarse en la intriga amorosa, tener que tratarla con galanteos y decir mentiras... ¡No valía la pena!

Pidieron dos vasos de vino.

—¡Qué aburrimiento! ¡Qué horrible es todo! —dijo la muchacha, mirando a su alrededor; y murmuró en voz alta—: ¡Siempre es lo mismo! ¿No crees, Ricardo?

Le miró de reojo y se preguntó por qué estaría tan pensativo.

—Tal vez no sea el lugar, sino mi compañía, lo que te aburre —le oyó decir.

No contestó.

Los dos eran estudiantes; muchos de los que estaban en la casa gris también lo eran, pero Ángela se sentía diferente. Tenía a veces necesidad de explicarles algo, de hacerles comprender que pertenecía a un ambiente distinto y sin embargo estaba allí, con ellos, aunque aquella masa de chiquillas desmelenadas y muchachos que descuidaban su manera de vestir no eran capaces de producirle nada más que una sensación nauseabunda y un miedo terrible a no conocer otra cosa diferente.

⁵⁴ Publicado en la revista *Contraluz*, 36 (mayo-junio, 1965), pp. 6-7.

Saludaron a Luis, compañero de Ricardo en la universidad. Se había acercado a ellos y empezó a charlar aturdido por el vino y el ruido estridente de la máquina de discos. Su amigo apenas le escuchaba.

De improviso, un tropel de jovencitos entró en el local.

—¿Por qué armarán tanto ruido? —se preguntó Ángela.

Bebió de su vaso y, durante unos minutos, los pensamientos más curiosos asaltaron su imaginación. Oía trozos de la conversación que sostenían los chicos, gritos de algunas mesas. Veía a las chicas sentadas con demasiada coquetería, fumando, sonriendo y accionando, mientras hablaban de cosas insospechadas.

Luis, herido y rencoroso, se desahogaba con Ricardo.

—Quiero pasar un día feliz. Es la mejor ocasión.

—No te preocupes —decía su compañero—. Estas cosas se olvidan pronto y no tienen la menor importancia. Si no hubieses roto con ella, estarías ahora devanándote los sesos, pensando cómo conseguir dinero después de terminar tu carrera. Dinero para casarte y para divertirte, ¿comprendes?

—Y yo estoy seguro —afirmó Luis— de que lo hubiéramos pasado muy bien los dos juntos. Habíamos proyectado hacer muchos viajes, conocer sitios nuevos... Ahora no existe nada de todo aquello.

Ángela se dijo: «Él no ha sido el promotor del altercado; quizá ni sea definitiva la ruptura, y ahora está aquí bebiendo, charlando...».

Se aburría y pensó que deberían irse antes de que todo se le hiciese más insoportable.

Mientras, Ricardo pensaba: «A ver si este pelmazo se va ya a contarle sus cosas a otro; nos va a estropear la tarde».

Pidieron otros vinos. Ricardo encendió un cigarrillo para Ángela, que esta no rechazó. Buscaba la manera de alejarse de Luis, que era ya molesto.

—¡Vino, más vino! —pidió Luis—, es la única manera de sentirse amigo de todos, aunque no sirva de gran cosa.

Seguía oyéndose la música. Continuaban las meditaciones, las fanfarronerías y la marejada de ideas contradictorias, a través de las cuales nadie adelantaba nada en su manera de pensar o de sentir. Ángela, cansada de oír retazos de conversaciones, buscaba con la mirada, entre todos los clientes de la casa de piedra, a alguien distinto, algo nuevo, cualquier accidente fácil, capaz de reanimarle, de hacerle desaparecer ese descontento vago y creciente que la desazonaba.

—¿Qué te sucede? —preguntó Ricardo.

—No, nada; miraba a mi alrededor.

Ocultó la actividad de su meditación, porque estaba pensando que, mirando a unos y a otros, era posible adivinar sus pensamientos, y creía verlos en desacuerdo

con sus propias ideas, convencida de que, como personas, valían mucho más de lo que se podía juzgar por sus palabras. Como consecuencia de sus pensamientos, se vio obligada a añadir, mirando a Ricardo:

—Estoy defraudada; yo esperaba encontrar algo distintito.

Sin consultar con ella, Ricardo pagó las consumiciones y le invitó a salir del local con un ademán. Ángela se sintió arrepentida de haberle contrariado y, ya en la calle, deseosa de reparar su falta, preguntó:

—¿Y Luis, no te preocupa?

—¡Bah...! Pronto perderá la cabeza bajo la influencia del vino y de esa música excitante.

—¿No crees que deberías haberle ayudado?

—¿Para qué? —dijo él, con gesto despectivo—. Cuando menos lo espere, una de esas chicas, entre gritos y risas, se acomodará junto a él y le hará olvidar...

Ricardo permaneció unos instantes callado. Luego, dirigiéndose a la joven, le demostró su incertidumbre:

—Somos amigos y, en realidad, no sé nada de ti. Siempre te muestras inquieta. Estás nerviosa... ¡No debí llevarte a ese club!

—Es igual que otros muchos que conozco —le tranquilizó Ángela.

Caminaban ya por el centro de la ciudad. Ángela miraba maquinalmente a los tranvías que cruzaban llenos de gente, a los escaparates iluminados de las tiendas, a las señales rojas y verdes del tránsito. Iban callados; un silencio que rompió Ricardo preguntando de improviso.

—¿Qué esperas, Ángela, en tu vida?

Ella le miró con ojos desconfiados, antes de responder.

—Espero que lleguen días claros, llenos de esplendor; días en que lo más insignificante adquiera para mí un encanto particular. Espero ¡tantas cosas!...

—Soñar despierta es una mala costumbre —le atajó él.

Alguna vez daré vida a mis sueños; y entonces sentiré dulces vibraciones en mi ser, y yo misma seré una fuente inagotable de alegría. Tendré algo que no puedo decir con palabras; será imposible encontrar en la casa de piedra, o en otro lugar semejante, algo que sé que llegará un día.

—Veo que no te sirvo para nada —dijo Ricardo, con un dejo de amargura.

—No, no es eso —negó ella, débilmente—. La amistad, como yo la entiendo, es difícil de encontrar hoy. Tú eres menos que lo que yo considero un amigo.

Ricardo se preguntaba adónde iría a parar con aquellas alusiones de carácter tan vago y general. «Si se pone trágica, estoy perdido —pensaba—. Ya se sabe lo que pasa si empiezas a salir habitualmente con una chica; al principio se conforma con

tu amistad, pero como sigas así mucho tiempo la cosa estalla un día u otro, porque como amigo no le interesas... Por eso me ha dicho que soy menos que amigo». Daba vueltas en su cabeza a una idea que estuvo a punto de expresar a Ángela en voz alta: «No, no te amo, y date perfecta cuenta de que nadie te ama todavía...».

—Es en extremo complicado —dijo, haciéndose eco de su pensamiento.

Habían llegado a una de las calles más comerciales. En una de las esquinas, llamó su atención un establecimiento poblado de señoras que tomaban su chocolate o un café con leche y bollos. Aquella cafetería parecía el sitio de reunión de gentes sencillas que aparentemente viven sin complicaciones sentimentales. Cuando pasaron por delante, como aún era pronto, Ricardo, con un ademán, acompañó su invitación de que entraran a tomar algo.

—Vamos a sentarnos, y así podremos discutir nuestras diferencias...— comentó—. Ángela le obedeció. Eligieron una mesa junto a la de un hombre solo que se entretenía llenando quinielas. Frente a ellos, una extranjera aprovechaba el ambiente familiar del salón para dar clases de su idioma a dos jovencitas.

—Estos es más tranquilo que el club—dijo él—, aunque mucho más aburrido.

—No creas. Me gusta así; por lo menos es más natural.

Se decidieron a merendar, y él creyó que, pasado el primer momento, todo volvería a ser como antes. No se explicaba la tensión de Ángela, ni por qué las mismas cosas ante las que otras veces había reaccionado con naturalidad ahora quería enfocarla de una manera que él desconocía. Ricardo se acomodó en el sofá.

—Dime —preguntó a su acompañante—, qué es lo que te ha desagradado tanto del club y por qué te ha cambiado el humor.

—No lo sé en realidad. Había una pared pintada de negro, en la que cada nuevo visitante grababa su nombre con un punzón.

—¡Ah! —le interrumpió Ricardo, divertido—, me ha parecido una cosa tonta y por eso ni te he propuesto que lo hiciéramos. Pero, mujer —rio estrepitosamente—, ¡hábermelo dicho!

—No, no —se apresuró a desmentir Ángela—; eso solo me ha hecho recordar El Refugio, el primer club que vi, recién matriculada en la universidad. Allí también algo parecido al inaugurarlo. Yo fui con una pandilla de la facultad, y había entre nosotros un chico de quinto curso que ahora es encargado de cátedra. Han pasado cuatro años, su nombre aún está en la pared de El Refugio, y pienso que él, que está a punto de casarse, cuando vaya a tomar café allí con los amigos hablará de «esta loca juventud», de «¡esos chicos!», mientras nosotros nos esforzamos en eternizar una postura, o una época, que dura solo unos años.

-Eres poco real, Ángela —dijo Ricardo por todo comentario.

—¿Por qué? —se molestó ella--, ¿porque buscó la verdad en todo?

—Porque no se puede obligar a las gentes a ser del todo sinceras. Deja a cada cual con sus evasiones, y procúrate las tuyas.

—¡Vaya! Hay que hacer vagas alusiones a la realidad —dijo Ángela, irónica—, para estar todos contentos; ¿no es así?

Rozaron la frontera de la discusión. Ricardo, buscando una explicación a la actitud de Ángela, recordó cierta anécdota que le habían referido alguna vez: «Una niña se estaba bañando en una playa salvaje. No sabía lo que era una naranja, porque no las había visto nunca, pero dio la coincidencia de que no demasiado lejos de la orilla, aquella noche, un barco mercante, lleno de naranjas, se había hundido, y la marea arrastraba hasta la playa todo el cargamento. La niña, mientras se bañaba, se vio pronto rodeada de naranjas y miró más allá y pudo ver como las olas seguían trayendo más y más de aquellas esferas de color. No lo pudo resistir y se volvió loca de extrañeza». Tal vez lo que le sucede a Ángela tuviese un punto en común con la historia de la niña, y el asombro de encontrarse en todos los sitios idénticas situaciones podía exasperarle hasta el punto de volverla desconocida.

Por su parte, Ángela aquella tarde se sentía continuamente incómoda y solo respiró aliviada cuando salieron de la cafetería y tomaron el camino de su casa. Estaba deprimida; se veía como una mala actriz representando un papel que ni le iba ni lo sabía hacer. Falsa, ridícula y temerosa, era incapaz de decirle a Ricardo lo que estaba pensando: «No vengas a buscarme más; no creo que tú seas mi amigo ni que nuestras salidas conduzcan a nada positivo para alguno de los dos». Pero cuando llegó el momento, le dijo:

—Hasta mañana —y sonrió a Ricardo.

Ella misma se sorprendió de sus palabras. No era eso lo que deseaba hacía un momento, sino una despedida cortante, absolutamente definitiva. Y sin embargo se había mostrado dispuesta a conservar aquella situación, cuando en el fondo seguía esperando un estímulo para reponer su espíritu... Vio alejarse a Ricardo y subió las escaleras de su casa con un sentimiento indefinible de temor al tiempo. Había dicho «hasta mañana», y al día siguiente sucederían, más o menos, las mismas cosas. Era muy fácil que atomizase su vida sin obtener nada concreto, y no sabía hasta qué punto merecería la pena hacer el intento de conseguirlo.

Ya en su habitación, vio que tampoco se sentía segura en aquel espacio íntimo, del que podía describir, con los ojos cerrados, hasta la más ligera imperfección de la pintura de sus paredes. Fue a llorar, pero se contuvo al pensar que la señal inequívoca de que su espíritu no estaba anquilosado era precisamente no estar segura de sí misma, ni de algo que formase parte de su mundo. Intentando aclarar sus ideas, se sumía todavía en mayores confusiones. Al final, se quedó dormida en un sillón de su cuarto. Y soñó con el mar y con una casita blanca, y una felicidad conseguida, que llenó su alma de ternura.

Victoria y Alberto⁵⁵

Al cruzar el semáforo de Cromwell Road, frente al museo, vi de nuevo a la mujer de la pámela negra que arrastraba uno de esos carritos de supermercado donde parecía amontonarse todo cuanto había podido salvar del naufragio de su vida. Por un instante pensé, tantas veces me había tropezado con ella a lo largo del día, que me estaba siguiendo en mi vagabundeo por la ciudad. Era demasiada coincidencia encontrarse por azar a la misma persona y que su presencia no pasara desapercibida en aquel ajetreo de calles, sobre todo a determinadas horas, en las que los turistas se mezclan con sijis, antillanos, patels, mapaches, ejecutivos de maletín negro y teléfono móvil pegado a la oreja, señoras elegantes que caminan con una cierta arrogancia, jóvenes llenos de piercings y con el pelo teñido de colores rabiosos, algún Bobby con su porra, el silbato y un par de esposas colgando del cinturón, y hombres maduros con bombín y paraguas rígidos, almidonados, que entran o salen de un coche o de un club, incapaces de descomponer su figura al atravesar aquel tumulto enloquecido en el que caen como viejas fotografías que se despegan de un antiguo álbum de familia.

Estamos en Londres, es verano, al caer la tarde. La mujer de la pámela negra se dirige a uno de los bancos que hay ante la fachada del Victoria and Albert Museum y yo elijo otro, en el extremo opuesto, para descansar de las fatigas del día. Entre las dos queda su carrito, en el que guarda quién sabe qué objetos insólitos, y un largo banco de madera vacío, como zona de respeto de su intimidad o tierra de nadie. El museo ya hace más de una hora que ha cenado.

Me desprendo de mi mochila llena de libros, que he comprado en las tiendas del Soho, en la Turret Book Shop, de Covert Garden, y en dos o tres librerías que me han asaltado en el camino. Un alivio. Con el rabillo del ojo veo a la mujer maquillándose con la ayuda de un espejito de mano y pienso que mi aspecto debe de ser horrible, después de un día de ir y venir de Dillon's a Waterstones, de Fisher and Sperr a Francis Edwards, pues en Londres, más que por los nombres de las calles, me muevo, desde hace años, por los de las librerías. En uno de mis primeros viajes adquirí *The Bookshops of London*, esa especie de guía intelectual, de Martha Reading, que una vez visitados los lugares que esperan al turista tradicional, fue una gran ayuda para callejear por otras partes de la ciudad, siempre con un destino lleno de sorpresas.

Ahora que no necesito plano para ir de un punto a otros, creo que he perdido mi condición de turista y Londres me ofrece su cara más amable. La veo amistosa y juguetona como un animal de compañía y no salvaje como una fiera en una selva llena de trampas de caza.

La mujer de la pámela se está pintando los labios. En algún lugar de mi mochila guardo un neceser y yo debería también retocar mi rostro, pero si empiezo a enredar con las cosas de maquillaje la mujer puede sentirse incómoda, creer que le estoy haciendo la burla imitando sus gestos para demostrar que, aún en plan calle, yo lo

⁵⁵ Vio la luz en el nº 3 de la revista zaragozana *La duda*, en el año 2000, pp. 17-18 y en el recopilatorio *Cuentos de las dos orillas*, 2001, pp. 269-276.

haría mejor. El carmín no debe desbordar la comisura de los labios, la raya de los ojos no hay que alargarla hasta las sienes y un exceso de polvos apelmazados sobre las mejillas será visible aun a la luz de las farolas que pronto anunciarán la noche.

Me pregunto si, cuando me levante del banco, la mujer va a seguirme hasta el hotel o si toda la toilette en que se ha afanado inútilmente es porque espera a alguien y he sido yo la que me he dejado guiar por ella hasta el lugar de su cita ¿Quién iba delante o detrás en esta persecución silenciosa por las calles de Londres? Allí estamos, la mujer de la pamelita negra y yo, desastrada, sin duda también con pinta de vagabunda, a la puerta del museo en el que, creo recordar, alguna vez vi las pinturas de Constable, algunos cuadros de Gainsborough, Singer Sargent, Millais... ¿O no fue allí? Cuando se han visitado muchos museos, las salas, las obras de arte, se mezclan en la memoria y los cuadros, las joyas barrocas, las cerámicas, las esculturas, los muebles de diseño se superponen unos a otros o se concentran en una especie de esfera brillante que gira lanzándonos los reflejos de tanta belleza que es difícil de asimilar. Pero, si, el ala Henry Cole, a la que se entra por Exhibition Road, pertenece a este museo. ¿Habrá estado alguna vez en su interior la mujer de la pamelita negra?

Él, con aspecto de vagabundo, pelo largo, cutis rojizo, barba entre amarillenta y canosa, llega con las manos en los bolsillos de la chaqueta, estrecha, raída, bamboleando un pequeño macuto apenas abultado. Viene despacio, directo al banco vacío que hay entre los dos. Me gusta pensar que es el caballero para el que ha estado acicalándose la mujer, pero no se saludan, no siquiera hay un cruce de miradas entre ellos. Son dos vagabundos sin perro, sin alcohol, sin palabras, con vidas anteriores que no es fácil imaginar. Quizá hayan sido una corista y un pintor mediocre a los que sólo les queda un cierto orgullo y un aguijón de libertad.

Él podía ser también aquel lord que frecuentaba el Clemont Club, que perdió en el juego toda su fortuna y había desaparecido tras el intento de asesinato de su mujer y la misteriosa muerte de la niñera. Ella, que ahora se depilaba las cejas con unas pinzas oxidadas, podría recordarle a su pintarrajeada esposa y, por eso, intentando borrar aquel pensamiento, giraba la cabeza a derecha e izquierda, con fuerza, repetidamente, como un perro que acabara de cruzar un río y se sacudiera el agua en la orilla. Acaso él fuera un agente secreto disfrazado de vagabundo, de los que dejan en una papelera de un parque o, como en este caso, en un banco, aquí, delante del museo, una bolsa que contiene información secreta y que alguien que, en pocos minutos llegará al lugar acordado, sustituirá por otra igual, pero de contenido más inocente: periódicos viejos, restos de comida, esas cosas inservibles que sólo atesoran los que no tienen nada de valor.

El hombre le daba la espalda a la mujer de la pamelita negra que se había quitado sus viejos zapatos y buscaba en una de las bolsas otro par más elegante. Con parsimonia, como si saborease el momento, inclinada sobre sí misma, se fue poniendo unas sandalias doradas, de tacón alto y punta muy fina, que se abrochó con mimo. Unas sandalias que sólo podía lucir cuando estaba sentada porque ¿quién es capaz de atravesar Londres tirando de un carro, como un caracol que arrastra su casa, con unos tacones de aguja?

No. Allí no había historia. Los dos se ignoraban. Pero yo insistía, y aún me quedé un cierto tiempo a la puerta del Victoria and Albert, imaginando un relato de corte romántico en el que pudiera unir a esos dos vagabundos, la vieja corista de la pámela negra y el anciano lord de instinto asesino.

Había empezado a caer una lluvia fina, una caricia húmeda, nada que ver con un aguacero. La mujer buscó en el carrito, entre sus cosas, una bolsa de plástico vacía, la rasgó de arriba a abajo, y trató de proteger su pámela con esa especie de capucha impermeable. Después, substituyó sus sandalias doradas por sus viejos zapatones. El hombre aguantó la mojadina a cabeza descubierta y, por primera vez, dirigió una mirada rápida y exploradora a la mujer del carrito. Le pareció advertir un estremecimiento en aquel cuerpo que se acurrucaba en la esquina del banco.

De pronto, empecé a verlos como revestidos de majestad, como si hubieran dejado entrar en su ánimo el espíritu de los reyes, Victoria, Alberto, cansados de ser, durante tantos años un par de esculturas de piedra en la puerta de un museo.

El hombre volvió a notar aquel temblor en el cuerpo de ella, o quizá lo imaginó. Algo que quería decir:

—Ven, acércate.

Y sintió la necesidad de llamarla:

—Mi querida esposa...

La mujer de la pámela negra mostraba en su rostro un orgullo de casta. Se miró al espejo y no vio el adefesio pintarrajeado que cubría su viejo sombrero con una bolsa de plástico, sino el rostro hermoso de una mujer exquisita, digna de ser la amante de un rey.

La lluvia cesó de repente. La mujer leyó en los labios de él la frase que deseaba oír:

—Vayamos a mi pabellón, en el jardín.

Había unos arbustos cerca, un muro suficiente para evitar la curiosidad del público. Pero ni siquiera sabía el nombre del amante...

—¿Cómo te llamas? -silabeó, vocalizando exageradamente.

—Alberto.

—¿Y tú?

—Victoria. Y ella se refugiaría allí junto al hombre y el amor estallaría apresurado, siguiendo un ritual caótico, quizá acompañado por los sonos de la guitarra de un músico callejero, y de la mirada curiosa de algún portero de librea de la vecindad. Después, todo se volvería oscuro y, en la noche, ángeles y demonios se confundirían en alguno de esos lugares a los que acude la gente para desprenderse de los males acumulados en el día.

Me acordé de la frase aprendida aquellos días, que la juventud se iba entre «el fog y el smog», e intenté asociarle un significado más intenso y profundo que el que

cabía deducir de esas simples palabras. Volvía a pensarlo ahora que otra vez la mujer de la pámela negra se observaba en el espejo, en silencio, con la mirada perdida en alguna orilla de su mar interior.

El pintor fracasado o el lord asesino, el hombre de la barba, a pesar del esfuerzo de mi imaginación por darle vida, seguía en el banco con su expresión absorta, como un ciego con los ojos abiertos, que agudiza un sentido oculto para reconocer entre los más suaves aromas y los ruidos más imperceptibles, algo o a alguien que le es muy familiar.

Un reloj, a lo lejos, empezó a dar las campanadas de las ocho. Me preguntaba si desde Westminster hasta South Kensington podría oírse siempre con tal nitidez el Big Ben. Nunca me había detenido a pensar en el alcance de su sonido inconfundible, pero en la última guerra la campana anunciaba las noticias de la BBC y supongo que, desde sus cien metros de altura y con la fuerza de sus trece toneladas, es capaz de despertar a los espíritus más dormidos en el tiempo.

Andaba yo en estas absurdas reflexiones cuando observé que la mujer de la pámela negra había recogido su espejo, y en los ojos del hombre de la barba había entrado una luz rara que envolvía como un foco ambarino el cuerpo de la mujer. Los dos se miraron como si el mundo hubiera desaparecido y no quedase nada más allá de aquel espacio, a la puerta del museo, al pie de sus estatuas.

Así que el reloj había marcado, en esta primera oscuridad, labora de su cita. La noche empezaba a envolver a los espíritus, Victoria, Alberto, y había que respetar su incorpórea intimidad. Y me fui despacio, calladamente, como quien sale de una habitación en la que duerme un niño y no quiere despertado, segura de que, al día siguiente, la mujer de la pámela y el vagabundo enigmático, Victoria, Alberto, acudirían de nuevo a «rendez vous» eterno junto al enorme edificio al que puso nombre una reina hace más de un siglo.

El retrato de Lady Wyndham⁵⁶

Ahora iba a llamarse Eleanor Wyndham y una nueva caricatura de su persona aparecería próximamente en una novela. Las cuartillas que Mark había dejado sobre la mesa de su dormitorio la describían superficialmente, pero acentuando su extravagancia. Los sombreros altos como una chistera, los zapatos de punta encorvada y enormes hebillas, sus vestimentas de estilo oriental o griego, túnicas y clámides, vestidos copiados de las *madonnas* de Rafael, de los cuadros de Velázquez, del vestuario de algún recién estrenado ballet. Mark contaba que una vez la encontró en el vestíbulo del Royal Theater llevando un kaftán y un fez de piel negra, de caracolillo, que más parecía una peluca rizada para tapar las canas que la hacían más vieja de lo que era en realidad.

Perlas y brocados acentuaban su aspecto de princesa renacentista o de gitana trotamundos, de una belleza rara y discutible, cubierta de joyas como la amante de un rico mercader. Su andar inimitable, igual que si bailara al compás de una música interior que sólo ella podía oír, esa arrogancia heredada de su estirpe, que había crecido al mismo ritmo que su libertad, hacían más enhiesta su figura, desgajada a veces en el abandono de sí misma. En el rostro destacaban los pómulos, la nariz judía, la boca con sonrisa levemente desdeñosa, los ojos de un verde mar azulado, proyectando la mirada fría que era una inicial barrera entre los otros y el profundo calor de su cuerpo que emanaba de las pasiones ocultas.

Mark no era al principio excesivamente ácido con su personaje. Había elegido para Eleanor Wyndham unos orígenes que no se apartaban demasiado de los de su modelo, una lady que comía nueces servidas en bandejas de plata y semillas de alcaravea para combatir sus intensos dolores de cabeza. Una lady cuya infancia dorada había quedado sumergida en los túneles del viejo palacio donde creció esperando su hora de libertad. De niña, para luchar contra el aburrimiento, había cabalgado por Sherwood Forest en su *poney* blanco como un velo de novia, como un prado de nieve intacta. Ahora, se entretenía cuidando los crisantemos amarillos que crecían alrededor de su casa en Londres o los grandes jardines del *manor*, la mansión que el lord consorte había adquirido para ella y sus juegos de gran señora en Oxfordshire.

Mark era un buen escritor. Antes de descubrir aquellas cuartillas, de sentirse explotada, observada y analizada, absorbida hasta dejarla sin médula para transplantarla a aquella Eleanor Wyndham, qué hombre tan absurdo, antes de aquella mañana en que había ido a buscarle a su dormitorio para charlar íntimamente, ósea hacía unos minutos, ella había alabado sus novelas frente a otros huéspedes de su palacio, y no sólo por ser amable, porque él hubiese elogiado sus bordados la tarde anterior, sino por sincera admiración.

En el folio número tres, un hábil uso del lenguaje convertía la ironía en burla despiadada. No sabría decir en qué palabras precisamente se apoyaba el escarnio,

⁵⁶ Publicado en *Cuentos de Bloomsbury*, 1991, pp.7-8. Isabelle Lemire realiza una traducción al francés: "Le portrait de lady Wyndham", en *Nouvelles de Bloomsbury de Navales: création, récréation, traduction*, McGill University, 1999, pp. 3-12. Aparece también en el recopilatorio *Cuentos de las dos orillas*, 2001, pp. 175-186.

pero ella sentía humillación y rabia cuando aquella lady inexistente, esa tal Eleanor Wyndham, se convertía en una fanática religiosa que explicaba la Biblia a los granjeros, enseñaba a leer y escribir a los gitanos que merodeaban por su hacienda o vivía pobremente sólo por darse el placer de arrojar monedas al aire, como si fuesen caramelos, cuando los niños la seguían por las calles del pueblo para ver su capa negra de vampiro, sus botas rojas de cosaco, su sombrero de larga pluma, su uniforme de mosquetero que ha olvidado en la muralla del palacio el arma de fuego.

El abierto deseo de ridiculizarla se mezclaba con unas gotas de ternura, de cierta poesía que, a veces, se esconde en un relato como los insectos con sus alas plegadas se ocultan entre los pétalos de algunas flores. No se les ve, se les presiente, y uno apenas se atreve a olfatear aquel tulipán cerrado, aquella rosa a medio abrir de la que puede saltar un ser minúsculo dispuesto a clavar su aguijón. Así era la prosa de Mark, belleza y dolor difícilmente separables.

Había algún pasaje inocente, como el del asombro de la lady ante el zepelín. La dama no sabía si era privilegio o reconocido valor lo que unía a esos hombres que se elevaban hasta tocar el cielo con la mano, dentro de aquel enorme balón de rugby.

Después, Mark se ensañaba con una lady absurda y dominante, de escaso talento, incapaz de comprender a Tucídides, preocupada por transmitir, confundiéndolo con su extravagancia, un cierto magnetismo personal, puro oropel. Mark la acusaba de rodearse de seres brillantes, de artistas de genio, para iluminar su vida que se arrastraba por las sombras. Una señora de alcurnia que coleccionaba cuadros y amantes, y se encerraba en su cuarto para leer a Balzac hasta el amanecer.

La lady compraba los cuadros atendiendo más a su precio y tamaño que a la calidad del artista. Diez o quince libras de entonces, de los tiempos del zepelín, era su tope. En realidad se trataba de ayudar al pintor, de solucionarle un pago de facturas pendientes, la adquisición de materiales de trabajo, comida quizá para un mes. Un modo de conjugar su generosidad con el orgullo del artista. Además, solía enviarle, junto al cheque, entradas para el teatro, el ballet o un concierto de balalaica, para que el elegido tuviese muy claros los límites entre lo que es un regalo, un detalle de distinción, algo superfluo, sin sentido práctico, y la compra de ese cuadro que se admira y desea para contemplarlo en los muros de la propia casa. Si no era así, quería hacérselo creer. Para eliminar todo resquicio de duda, para dejar bien entenada su generosidad, la lady cenaba la transacción con una frase solemne: «No hay que luchar por el dinero ni por el poder sino por la libertad individual». No eran palabras suyas, pertenecían a uno de los libros que siempre leía de noche, cuando su lecho estaba vacío y, desde afuera, la lluvia y el viento traían canciones de otoño y de hojas caídas.

Aquella lady era una sentimental. De niña había tenido, en un rincón de la abadía del palacio, lo que ella llamaba la habitación de sus tesoros. Cuando los adultos salían de cacería —lay!, los tristes venados que entraban en la cocina, quietos, rígidos, mirando fijamente con sus ojos tan cristalinos— o jugaban a las cartas alrededor de la chimenea, o se sentaban en tapizadas sillas francesas a oír los gorgoritos de una dama que apoyaba un brazo junto al jarrón del piano, mientras

con el otro hacía aletear su pañuelo de encaje; cuando los hombres paseaban su aburrimiento entre el frufrú de las enaguas almidonadas de las señoras, la lady, pequeña y llena de lazos, se encerraba en su habitación de los tesoros. Allí, en una caja china, guardaba trocitos de seda y terciopelo, de un color amarillo pálido, granate, o de ese plateado opaco que lucían las palomas en los alféizares de las ventanas. Tenía también tarritos de crema vacíos, con dibujos de abanicos en la tapa, y platos de porcelana donde guardaba los pétalos secos de las rosas, los claveles y lirios del valle que alguna vez habían adornado sus vestidos. Allí era como una princesa triste, qué tendrá la princesa, que se entretenía en inventar una caligrafía, ahogada de espirales y palos ganchudos, con la que llenaba su diario en el que escribía su vida con afiladas plumas arrancadas a los pavos reales que merodeaban entre las estatuas del jardín. Era una caligrafía hermosa e indescifrable.

Ahora lady Wyndham tenía otros secretos y se dedicaba a otros juegos. A su habitación de los tesoros le sucedió su gabinete privado, adonde Mark habría tenido que ir la tarde anterior a someterse a uno de esos interrogatorios ridículos y embarazosos con los que lady Wyndham cercaba a sus invitados, sobre todo a aquellos en los que detectaba un poder imaginativo superior, un intenso amor a la vida o una inteligencia especial. Pero también, unos ojos en los que ella creía adivinar extraños misterios, o una sonrisa cautivadora, podrían imponerse a otras más profundas apreciaciones. Los que iban a ser llamados habían aceptado previamente el regalo de sus flores, tulipanes rojos, a veces un ópalo, una alfombra tejida por sus manos, o libros de Gibbon y Ruskin en los que la mayoría de sus huéspedes leían el mensaje no escrito de que su dignidad iba a ser sometida a prueba, quién sabe si también sus dotes de amante.

Mark no había acudido a la cita y ésa era la razón por la que lady Equis, atado el pelo con un foulard de colores como una zíngara, irrumpió aquella mañana en su dormitorio y descorrió con furia, para dejar entrar la luz, las rojas cortinas que contrastaban con el gris brillante de las paredes. El balcón se abría al jardín que terminaba en los linderos del bosque, el día era templado y el sol apenas acariciaba aún las estatuas que rodeaban el lago. El dormitorio estaba vacío. Fue entonces cuando ella advirtió las cuartillas que Mark había dejado sobre el escritorio, sin duda deliberadamente, aquel retrato de Eleanor Wyndham, que era como una larga carta dirigida a ella, que era también su propio retrato.

Cuando lady Wyndham salía de viaje llevaba siempre amplias capas repletas de grandes bolsillos interiores en cada uno de los cuales reposaba un libro de su ajeteo previo, de ese ir y venir de las hojas hacia delante y hacia atrás buscando la frase feliz, el diálogo chispeante, la escena audaz, para darle o no su beneplácito, el favor de su compañía, de su interés siempre impaciente del final. Lady Wyndham leía primero a saltos y luego despaciosamente, si el libro había sabido enamorarla.

Así había iniciado también lady Equis la lectura de las páginas de Mark y ahora estaba, sus perros pequineses buscándola por la casa la habían hallado en el dormitorio gris, acariciando en su regazo a uno de aquellos animales y sujetando la ira mientras leía una caricatura de sí misma, la de una diosa serpiente, y era como mirarse al espejo y ver a una imbécil que sin mayores luces pugnaba por entrar con

su lámpara apagada en las galerías ocultas de los hombres hermosos para despertar sus sueños.

Lord Equis no quedaba mejor parado en ese relato sobre lady Wyndham. Aparecía como un marido paciente, algunas veces sospechoso, que borraba sus dudas sobre la fidelidad de su lady caprichosa dedicándose a la política, jugando al bridge y coleccionando porcelana china de color azulblanco.

Más de una vez, Mark había esperado en el jardín, junto a otros huéspedes, el retorno de uno de aquellos elegidos por lady Wyndham para un íntimo coloquio en su gabinete. En el gesto de los héroes de la aventura había advertido un cierto malestar, indiferencia en algún caso, pero todos coincidían después en afirmar que el único lenguaje empleado, en ese primer encuentro con la sacerdotisa del amor, había sido la palabra.

Ella, mirando directamente a los ojos del interpelado, solía interesarse primero por su obra artística. Sus preguntas eran convencionales, si escribía mucha poesía en aquel retiro campestre que le había ofrecido, si su pintura progresaba, qué técnicas utilizaba, cuáles eran los colores predominantes en sus cuadros. Después hablaba un poco de ella misma, de los *poneys* de Shetland que adoraba de niña, de los carruajes, de las calesas antiguas que había en su casa solariega, de sus viajes a Marienbad, un balneario que le atrajo por la fascinación del nombre más que por la fe de que con sus aguas o la tranquilidad del recinto podían mejorar sus dolores de cabeza. No ponía demasiado el acento en la salud, ése era un tema que siempre aburre a los que están sanos, pero aludía al radio que tomaba en la leche o en el té, y al borgoña, como dos recursos para aliviar el dolor que le parecían, si no infalibles, de una refinada originalidad.

Lady Equis, lady Wyndham, se movía en un mundo de sensaciones y estaba habituada a preparar el camino para que la pasión pudiera entrar en su casa de un modo natural, agradable, sin esfuerzo ni violencia. Con gesto elegante servía a su huésped una copa de sidra, no había que desperdiciar el champán francés sin estar segura de que la nave llegaría a buen puerto, y fingía acampanar al invitado en aquel rito apenas burbujeante acercando sus labios al fino cristal de la copa. En seguida la abandonaba junto al Kempis que aparecía abierto en la mesa, como al descuido. corno consuelo preparado de antemano por si el elegido, siempre artista o intelectual. no comprendía que ella, en el fondo, no buscaba la vulgaridad del sexo sino compartir la experiencia creativa, la inteligencia, de aquel genio que ya se había bebido la copa de un solo trago La lady quería comprobar, y aún no lo había conseguido. si es posible inventar el amor sin agotarse en el intento.

Envuelta en terciopelo y entre cojines de seda, lady Equis hablaba de Italia. o de cualquier otro país luminoso y lejano. donde el sol sale más pronto en el horizonte y permanece más tiempo colgado del cielo, y ofreciendo un cigarrillo de la caja pintada con el ave fénix en todos sus costados, decía. alzando las negras sombras de sus ojos. que la pasión tenía lugares de privilegio en el mundo.

El juego era muy similar con unos y con otros. Lady Wyndham, que guardaba sus cartas de amor con cintas de raso, que alguna vez se había enrabiado al saber

que sus amantes escribían después a otras mujeres las mismas frases que sólo ella habría debido inspirar, repetía la misma escena con todo aquel que era llamado a su gabinete. Para ella el galanteo tenía sus reglas; otra cosa era el amor.

La sonrisa de lady Wyndham llenaba los silencios del hombre, sometido a un embarazoso *tête à tête* con la gran señora que no soportaba que le hablasen de la lluvia, de los desastres del jardinero, de los libros de cuentas o del menú que la cocinera debía preparar para la cena. Lady Wyndham quería hablar de poesía, de pintura, de la filosofía de Spinoza; lo fascinante era ese interés en la vida de los otros, en sus pasiones, en sus enamoramientos, en todo aquello del más alto nivel espiritual que impulsaba el genio creador al que ella no tenía acceso. Entre ella y el mundo había echado un telón de seguridad formado por cientos de plumas de pavos reales, el sol iluminando la magia de aquellos colores y el amor extendiendo su maquillaje brillante en el rostro de la vida.

Lady Wyndham era una fanática religiosa, una romántica excéntrica, una mujer generosa y sincera, que no era comprendida en el deseo de lo transcendental y provocaba la burla de sus protegidos, los que acaso envidiaban su alcurnia, su posición, cuanto les hubiera permitido a ellos, con su talento, gozar plenamente de la existencia.

Allí estaba Mark, en el césped, tendido en una tumbona, escuchando a un amigo, escritor de escándalo y de ingenio, que desearía hacer el amor con lady Equis, con toda su fuerza, removiendo hasta el fondo su instinto animal, porque siempre le había obsesionado una relación de ese tipo entre un hombre de origen vulgar, salido del corazón del pueblo, y una mujer de rango.

Lady Wyndham ojeaba la presa en sus tertulias y saraos at home, pero, respetuosa con su hogar, o precavida, se mantenía firme ante cualquier asalto impetuoso del amante. Allí, no. Nada que pudiera atentar contra la dignidad del lord. Se podía flirtear, tener privados coloquios, insinuantes atenciones, algo que era habitual en la alta sociedad, toda la ceremonia iniciática del cortejo que, inevitablemente, conduciría al lecho del amor; pero el escenario de las grandes pasiones debería estar fuera, lo más lejos posible. La atmósfera de su casa no podía ser contaminada con el gas letal de la infidelidad.

Así, los encuentros de lady Wyndham con sus amantes se producían a la luz del día y en los lugares más concurridos para no atraer la atención: un andén del metro, la sala de espera de una estación de ferrocarril, Whitehead's House, o el kiosco de refrescos de algún parque de la ciudad. Ella, con los ojos pintados de un blanco grisáceo, los labios rojos, embutida en una de sus túnicas o cubierta con una llamativa capa bordada, iba radiante de maquillaje a la cita con la vida.

Eleanor Wyndham era una sacerdotisa dispuesta a officiar, al aire libre o en el primer altar improvisado, una ceremonia de amor, un exorcismo, para que la pasión saliese de las tinieblas, de aquel pozo en que estaba hundida gritando voces de auxilio, sin que nadie más que ella se acercase a salvarla. Después, entre burlas, más de uno decía que lady Wyndham era una tea apagada, una hoguera de la que sólo quedan cenizas. Otros, los que quizá de verdad la habían amado, no pensaban

lo mismo de aquel fuego que les había destruido, dejándolos en la nada, en la oscuridad de sí mismos.

Lady Equis siguió aún leyendo las cuartillas de Mark, que cada vez se iba ensañando más con su personaje, pero no llegó al final. Encendió un cigarrillo y, presintiendo su llegada, levantó el visillo de organza para mirar al jardín que él estaba cruzando para entrar en la casa. Dejó sobre el escritorio aquella caricatura de sí misma, aquella ignominia, y ahuecó los cojines de seda del sofá antes de adoptar una pose elegante, escondiendo sus manos, tan largas y huesudas, tan agigantadamente feas, entre los pliegues de su vestido.

Cuando Mark entró, con su traje de caza, brillándole los ojos, el pelo tan negro y la boca tan sensual, carnosa y húmeda, ni siquiera le dejó hablar. Con su tono más dulce, con ademanes de exquisita educación, lamentó que él tuviera que marcharse, sabía que lo comprendería, el lord estaba a punto de llegar con el primer ministro y la casa estaba tan llena...; ése era, sin duda, el mejor dormitorio, había que alojar allí al nuevo invitado. Dijo todo aquello como el que recita la letra de una canción poética y tierna. Mark, entre tanto, iba recogiendo sus libros.

Lady Equis se retiró a su gabinete privado y se sumergió en la lectura del Kempis. Al año siguiente, cuando se publicó la novela de Mark y empezó a leerla ávidamente, comprobó con sorpresa que el retrato de lady Wyndham había sido sustituido por una carta de amor.